Los giros del amor: Una variación de Orgullo y prejuicio

KIMBELLE DEASE
TRADUCIDO POR KRISTINA JUELSZ



Los giros del amor

Una variación de *Orgullo y prejuicio*

by Kimbelle Pease

Traducido por Cristina Huelsz

Título original: *Love by Turns*
Traducción: Cristina Huelsz © Cris Translates

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
© Copyright 2022 Kimbelle Pease
© de la traducción 2024 Cristina Huelsz

Esta novela está dedicada a quienes tienen la suerte de encontrar la amistad en un rincón inesperado y a quienes han tendido la mano de la amistad a alguien que tiene dificultades.

Me gustaría darle las gracias especialmente a mi amiga Kelly, que se sentía tan insegura de mí como yo de ella cuando nos conocimos. Han pasado casi dos décadas y cuatro hijos, y seguimos robando momentos para disfrutar de una taza de café o ponernos al día con una copa de vino. Gracias por tu amistad, señorita Kelly. Siempre has sido una gran fuente de inspiración para mí, aunque no es ninguna sorpresa, porque eres una inspiración para muchos. También me gustaría expresarle mi agradecimiento a mi editora de contenidos, Stacey Corriveau, que se ha convertido en una grata voz de amistad y razón.

Prólogo

Rosings Park, Kent

—Señor Collins, ¿supongo que tiene un propósito para esta inesperada visita? —La patrona del señor Collins, la señora de Rosings Park, lo miró con el ceño decididamente fruncido.

—Me disculpo por no cumplir con el horario, madame, pero usted me pidió que le informara tan pronto como el coadjutor pudiera encargarse de los sermones durante un mes. Es mi esperanza, ahora que él está disponible, ir a Hertfordshire para poder visitar a mi familia como usted tan amablemente me aconsejó—. El señor Collins se inclinó en deferencia a su benefactora.

—¿Tiene todos los asuntos cubiertos para los de esta parroquia? No, no repase la lista conmigo ya que tengo cosas que requieren mi atención inmediata esta mañana. Usted debería haber hablado primero con el mayordomo antes de venir al salón si había alguna preocupación.

—Fui muy explícito en mis indicaciones y le proporcioné a él una lista de las horas en que debe atenderla, señora —se apresuró a prometer el señor Collins. No visitarla en el horario designado podría resultar en repercusiones que uno no quería repetir. Sólo se arriesgó a la visita porque ella deseaba saber tan pronto como los planes del coadjutor le permitieran una estancia en su parroquia.

—Como él sólo nos ha visitado en contadas ocasiones, asegúrese de que lo entienda, espero que tenga su sermón listo para mi revisión el miércoles por la tarde y no el jueves. Tendremos la revisión final a la hora acordada, el sábado. Él le ayudó el pasado martes por la mañana cuando vino con las preocupaciones por los necesitados, y para todos los asuntos que había que tratar, es ese mismo horario al que debe atenerse. Mi mayordomo puede intervenir mejor si tiene tiempo de hacerlo antes del sábado. Espero que se una al grupo aquí para cenar los domingos y los miércoles.

—Verificaré que mis instrucciones reflejen estas expectativas—. El señor Collins asintió enérgicamente.

—¿Y cómo va a viajar, señor Collins?

—Tomaré el carruaje de posta de Kent a...

—Puede tomar uno de los carruajes pequeños hasta Bromley. Dispone de cuatro semanas, como ya le he dicho, pero sería mejor que regresara antes... y con una joven que se ajuste a mis especificaciones como su compañera. Infórmele a mi mayordomo de las fechas de su viaje de regreso a Kent para que disponga del carruaje en Bromley y lo traiga de regreso a Rosings. ¿Le ha escrito a su primo? —inquirió ella, haciendo un gesto con la mano para que él respondiera a su pregunta en lugar de ofrecerle su gratitud por el uso del carruaje.

—Como usted me sugirió, le escribí hace más de tres semanas para comunicarle mi intención de visitarlo —le aseguró el señor Collins a su benefactora, profundamente complacido de responderle con un relato completo de su pronta disposición.

—¿Y ha recibido respuesta? —preguntó ella, molesta por tener que insistirle para obtener información. Esperaba que llegara pronto la siguiente candidata para el puesto de ama de llaves. Rosings necesitaba cubrir el puesto, ya que la mujer que había servido a la familia durante tres décadas se había marchado inesperadamente para ayudar a cuidar de sus nietos.

—Fui muy minucioso al detallar mis esperanzas de sanar la brecha en nuestra familia, especialmente porque era la primera comunicación que compartiríamos—. El señor Collins se inclinó ante ella.

—¿Y él respondió con una invitación, señor Collins? —preguntó ella con impaciencia.

—No, madame, pero no era necesario ya que sólo le informaba de mi intención de visitarlo y de las esperanzas particulares que traía conmigo—. Su voz se fue haciendo más baja a lo largo de su respuesta, mientras los ojos de ella se entrecerraban con desagrado.

—¿Me está usted diciendo, señor Collins, que no sólo se autoinvitó a la casa de un hombre al que su padre agravó, sino que lo hizo sin verificar si era o no un momento conveniente para visitarlo? —El hecho de que él no se atuviera a las reglas de la sociedad educada se reflejaba en ella como su patrona. —Le sugerí que se pusiera en contacto con él y luego determinara cuándo podría ser un momento aceptable para visitarlo, y de la posibilidad de que pudiera elegir entre sus hijas a una como compañera.

—Me apresuré a seguir su excelente sugerencia de cerrar la brecha para poder, por fin, conocer a mi familia y que se alegren de que elija a una de ellas como esposa —dijo él con toda la deferencia que pudo reunir. Ella le miró durante un largo momento, mientras le informaban de que la siguiente candidata estaba esperando en el vestíbulo.

—Supongo que ya no hay remedio. A Hertfordshire entonces. Cuando vuelva, nos ocuparemos de lo que no se haya podido gestionar en su ausencia—. Le hizo un gesto para que saliera de su salón. —Un mes, señor Collins. Tiene sólo un mes antes de que espere su regreso. Para entonces, espero que comparta la noticia del restablecimiento de sus lazos con su familia. Si puede traer a una de sus primas para que se reúna conmigo y yo pueda determinar si está dispuesta a desempeñar el papel que le he señalado, sería ideal.

—Gracias—. Se abstuvo de decir nada más cuando ella desvió su atención hacia la carta de recomendación que había dejado sobre la mesa contigua.

Aun así, hizo una reverencia al marcharse, y luego casi corrió a la casa parroquial de Hunsford para terminar los preparativos de su viaje. Su prioridad era escribir sus indicaciones adicionales en sus notas para el coadjutor.

Menos de dos horas después, el señor Collins aguardaba cerca de la entrada cuando un carruaje con el escudo de los de Bourgh se detuvo. Se quedó mirándolo mientras cargaban sus baúles para el viaje, incapaz de comprender cómo había sido tan bendecido como para tener una patrona que le permitiría a él, un simple clérigo, viajar en uno de sus carruajes.

Su benefactora era tan sabia en sus consejos como atenta en ellos. El día que le ofrecieron el beneficio eclesiástico aquí, en Kent, fue el día que consideró el más afortunado de su vida. Necesitaba estar a la altura de las expectativas personales que ella le había dado.

El viaje a Hertfordshire para reunirse con su primo Thomas Bennet y su familia no fue más que un ejemplo del sabio consejo de ella. Su patrona le aconsejaba que predicase con el ejemplo como hombre de Dios y que sanase las fracturas que se habían producido en el seno de su familia. Y el señor Collins no pudo menos que considerar su benevolencia, al ser ella la que le pidió que emprendiera esta tarea cuando sólo podía beneficiar su felicidad. Si no podía hacer las paces con su propia familia, ¿cómo podría aconsejar a otros que lo hicieran?

Sí, en efecto, le debía a la dueña de Rosings Park su lealtad y aprecio por su guía en todos los asuntos, grandes y pequeños.

Capítulo 1

Longbourn, Hertfordshire

—¡Mary, desiste de ese incesante ruido con el pianoforte! ¡Sabes que mis nervios no deben agitarse tanto! ¿En qué está pensando tu padre para decirme justo ahora que viene ese hombre? —La señora Francine Bennet, Fanny para los allegados, le chilló a su hija a más de tres habitaciones de distancia.

Si bien ella había formulado la pregunta en voz tan alta que todos los que estaban dentro de los muros de Longbourn la habían oído, también era cierto para los que estaban en la residencia que darle una respuesta era un ejercicio inútil.

La señora Bennet era una mujer efusiva en sus expresiones, rasgo exasperado por el hecho de que era de poco entendimiento cuando uno la comparaba con su esposo, su hermano e incluso sus propias hijas. Su padre, el señor Joseph Gardiner, era un abogado que se había trasladado a Meryton al enterarse de que existía una comunidad lo bastante grande como para mantener un servicio de ese tipo, pero que no tenía a nadie que lo prestara. Ella sólo llevaba dos años en sociedad cuando se casó con el señor Thomas Bennet, un feliz acontecimiento que había ocurrido hacía veintitrés años, aunque esa opinión dependía de cómo se definiera el término de *felicidad*.

El señor y la señora Bennet tuvieron cinco hijas de edades comprendidas entre los veintiuno y los quince años. Eran la mayor fuente de orgullo de la señora Bennet y su mayor fuente de disgustos, lo cual es cierto para todos los hijos.

Si se le preguntaba, la señora Bennet sería muy expresiva al relatar que ella, de todas las madres entre las cuatro y veinte principales familias con hijas solteras de su vecindario, se enfrentaba al más difícil de los retos. Lady Lucas, la primera amiga que hizo después de que su familia se trasladara a Meryton, sólo tenía dos hijas a las que casar. A pesar del desafortunado inconveniente de tener que competir por conseguir esposos para sus hijas, la señora Bennet diría que, aparte de su hermana Grace, ahora la señora Philips, que se había casado con el hombre que se había hecho cargo del negocio de su padre, Lady Lucas seguía siendo su amiga más querida.

Ella y Lady Lucas no eran más que dos de las madres de su entorno que tenían hijas solteras, lo que naturalmente las convertía en competidoras a la hora de llamar la atención de los hombres elegibles. La pequeña heredera, la señorita King, con su dote de diez mil libras, estaba entre las jóvenes en edad de casarse y se alojaba con su tío en Meryton. También estaban las dos sobrinas de los Long, una que ya estaba en sociedad y la otra que pronto lo estaría, y las hijas de los Goulding. Y aunque todas tenían una gran necesidad de casar a sus hijas, ninguna de ellas podía decir *cómo* encontrarían esposos adecuados para ellas, ya que sólo un puñado de hombres de su entorno eran considerados solteros elegibles.

Como si eso no fuera suficiente para llevar a una mujer a la angustia, el mismo hogar del que había sido señora durante los últimos veintitrés años le iba a ser arrebatado, porque estaba vinculado a la línea masculina, y la única manera de asegurarse un futuro seguro en Longbourn era tener un hijo. Le pesaba que Dios no hubiera tenido a bien concederle ese regalo.

Para colmo de sus quejas, su esposo permanecía constantemente en su biblioteca. En su opinión, esto no era del todo malo, porque cuando salía, no hacía más que irritarla aún más

diciéndole cosas que sabía que la pondrían nerviosa. Anunciar que su heredero estaba a punto de aparecer en su puerta, el mismo hombre que la echaría de esta casa antes de que su esposo se enfriara en la tumba, era el último de muchos ejemplos.

Su única esperanza era que sus hijas se casaran bien, o al menos una de ellas lo consiguiera. Qué afortunada era por ser la madre de Jane, su hija mayor. La gentil y serena Jane era exquisita, tanto que era considerada la belleza del condado.

Jane comprendía cuál era su deber: conseguir un esposo rico al que se pudiera convencer de que mantuviera a los miembros de la familia que quedaran en Longbourn cuando el señor Bennet muriera. Sólo entonces la señora Bennet consideraría gestionadas sus mayores preocupaciones de la mejor manera posible. Ella no creía nada, pero esperaba que un hombre cuidara del resto de las mujeres de la familia a cambio de obtener a Jane; no había de otra forma. Dada la bondad de Jane, la señora Bennet creía que sería mejor que Jane no estuviera al tanto de su intención, pero incluso si lo estuviera, Jane lo aceptaría como lo que le correspondía por ser su madre y se aseguraría de complacer aún más a su futuro esposo para que su familia estuviera atendida.

En cuanto a su segunda hija, Elizabeth, la señora Bennet sabía muy bien que tendría suerte si algún hombre se la quitaba de las manos. Era de carácter fuerte y decía lo que pensaba: dos rasgos que uno no podía considerar una bendición en una joven. Además, se parecía demasiado a su padre, tanto que habría sido mejor hijo que hija. Al igual que su padre, Elizabeth siempre estaba leyendo, y también había heredado su ingenio. Los dos estaban siempre riéndose juntos de cosas que la señora Bennet rara vez encontraba divertidas.

Sobre su hija del medio, Mary, había poco que considerar. Sabía tocar el pianoforte bastante bien, pero siempre estaba sermoneando. Y a pesar de sus excelentes consejos, Mary vestía como si fuera una dama de compañía a sueldo. Aunque era improbable que Elizabeth consiguiera un esposo, al menos Mary tenía su utilidad; sabía tocar una jiga para que sus otras hermanas, más bellas, pudieran bailar.

Su segunda hija menor era Kitty, o Catherine, pero como ella no había elegido ese nombre, la señora Bennet se negaba a usarlo. El nombre procedía de una tía del señor Bennet que emprendió tales acciones con un hombre que obligó a su padre a poner el vínculo en la propiedad. Dada su situación, y que ella podría ser desechada sin contemplaciones tras la muerte de su esposo, llamó a su hija Kitty y nunca usaría el otro nombre. Cualquier mención del nombre de Catherine podía ser borrada de la Biblia familiar por lo que a ella le importaba. La tos incesante de Kitty y sus tontas quejas la ponían nerviosa. No podía imaginarse a ninguna otra madre en toda Inglaterra que tuviera que soportar a unas hijas que la perturbaban tan continuamente con asuntos tan insignificantes. Lo único que la señora Bennet estaba segura de que Kitty podía hacer bien era mantener a su quinta hija cerca.

Ah, Lydia. El mayor placer para ella era Lydia, su bebé. Lydia, a la que puso el nombre de su querida tía, de la que guardaba los mejores recuerdos, era muy parecida a ella misma en temperamento. Lydia era tan alegre y exuberante que no podía dejar de iluminar cualquier habitación en la que entraba. Puede que su padre la llamara una de las chicas más tontas de toda Inglaterra, pero era en broma. La señora Bennet se había dado cuenta por fin de que estaba bromeando cuando decía esas cosas, pues él no había hecho nada por corregir ninguno de los comportamientos de Lydia. Eso, por encima de todo, le demostraba que todo era tal y como él esperaba que fuera.

Dado que en ese momento no había pretendientes para sus hijas y ella se enfrentaba a perder Longbourn, la señora Bennet había emprendido una cruzada para recordarle a todas las

madres que conocía que Jane era la joven más hermosa del condado. Por lo tanto, era lógico que debiera ser la primera en tener un esposo. A pesar de sus esfuerzos, la señora Bennet sabía que las otras madres tratarían de reclamar cualquier posible futuro esposo para sus hijas tan pronto como alguno fuera presentado en su pequeña sociedad.

La señora Bennet tenía la ferviente esperanza de que sus plegarias hubieran sido por fin escuchadas, pues había llegado a la vecindad un hombre soltero de buena fortuna, que sin duda estaba necesitado de una esposa. El señor Charles Bingley se había fijado inmediatamente en Jane en la asamblea de Meryton, y ella esperaba oír que él deseaba cortejarla. Una vez que su honor se viera comprometido con una prometida, la señora Bennet pensó que podía estar razonablemente segura de que no sería arrojada a los arbustos cuando su esposo muriera, ¡lo cual muy bien podría ocurrir muy pronto! De hecho, todos eran muy afortunados de que el señor Bennet aún no hubiera abandonado este mundo. Ella sabía que, si él tuviera el control de su fallecimiento, moriría antes de que alguna de sus hijas se comprometiera sólo para reírse a su costa, pues él era muy consciente de que ése era su mayor temor.

Mucho tiempo atrás, la señora Bennet había determinado que, de haber sabido lo del maldito vínculo de la propiedad, no se habría sentido tentada a hablar con el señor Thomas Bennet en la velada a la que ambos habían asistido poco después de mudarse a Meryton. En su intento de hablar con él, había caído accidentalmente en su regazo, lo que había resultado ser el mayor de los escándalos de su pequeña sociedad, o lo sería siempre, si había que darle crédito a quienes hablaban constantemente de ello.

Había observado que todas las mujeres de su pueblo habían sido muy expresivas en su desdén hacia los demás, y ella había empezado a emularlas, haciendo hincapié en sus errores siempre que se le presentaba la oportunidad. Pero con cada hija aumentaba su pánico por el vínculo, y cada vez temía más que tuvieran razón cuando decían que la hija de un abogado no era capaz de cumplir con las obligaciones de la señora de una propiedad.

Aunque su esposo estaba vivo y sano, el funesto heredero estaba en camino y, de hecho, estaría en la puerta de su casa esa misma tarde. Después de todas las dificultades que había soportado, y ciertamente tenía su parte con cinco hijas que criar, ¡esto era casi demasiado pedir de su esposo!

—¡Mary, te ordeno que dejes de tocar! ¡Debes ir a tu habitación y, por una vez, ponerte presentable! —gritó la señora Bennet para que se la oyera por encima de los esfuerzos de su hija por aprender una nueva pieza. Exhaló satisfecha cuando por fin se hizo el silencio.

Mientras la señora Bennet regresaba a su silla, se lamentaba de la falta de interés de Mary por mostrarse más agradable o presentarse de un modo menos severo. De haberlo hecho, la señora Bennet creía que le habría permitido ser la siguiente en casarse después de Jane. Como Mary se obstinaba en no hacer el menor esfuerzo, la señora Bennet se vio obligada de nuevo a aceptar que debía deshacerse de Elizabeth de algún modo. Aquella niña era demasiado inteligente para que la quisiera cualquier hombre, ¡y carecía del sentido común para ocultarlo!

Su esposo había dicho en repetidas ocasiones que el heredero de Longbourn era probablemente muy parecido a su padre y tan tonto que no reconocería el filo de un cuchillo aunque le cortara, por lo que la señora Bennet se preguntó si Kitty sería la elección adecuada para él. Entonces, habiendo asegurado su lugar aquí con Kitty como la señora de la casa -en nombre- mientras ella dirigía la casa, podría centrar su atención en encontrar un esposo para Lydia. Tal vez sería aún más rico que el de Jane, lo que sería una recompensa adecuada por ser Lydia tan buena hija. Si de algo estaba segura era de que cualquier hombre sería afortunado de tener a su querida y dulce Lydia como esposa.

La señora Bennet se habría molestado mucho al saber que era su excesivo elogio de Lydia lo que toda la sociedad de Meryton consideraba su mayor autoengaño.

***

—Me pondré mi traje gris, me recogeré el cabello y me pondré las gafas —murmuró Mary. Mientras subía las escaleras, hizo el suficiente ruido para que su madre supiera que estaba cumpliendo, de modo que la mujer no volviera a gritarle.

—Por favor, no —dijo Jane en voz baja. Había salido de su pequeño santuario, una alcoba junto a la ventana principal, al lado de una chimenea, para interferir en nombre de Mary. Jane se sintió aliviada de que Mary no hubiera puesto a prueba a su madre tanto como era propensa a hacerlo.

Al resto de los habitantes de la casa les divertía ver cómo Mary seguía tocando a menudo después de que su madre le pidiera que dejara de hacerlo, pero también cómo empezaba a cantar desafinando. Sin embargo, esta tarde venía el heredero, por lo que su madre estaba justificada en su inquietud. Se habría ganado fácilmente su simpatía si no hubiera sido tan dramática.

A Mary, Elizabeth y Jane les divertía que su padre aún no se hubiera dado cuenta de que el sentido del humor de Mary y el suyo eran casi idénticos. Favorecía a Lizzy y no se fijaba en el resto, dejándolas a merced de su madre.

—Obedeceré, pero sólo para salvarte a ti, querida Jane—. Mary suspiró. —Tal vez me ponga uno de los vestidos de Lydia para la cena y luego coquetee y me contonee sólo para escuchar una sola palabra amable de ella este año—. Mary agitó los ojos, arrancando una carcajada de Jane.

—Te reto a que lo hagas la próxima vez que nos inviten a Lucas Lodge —se burló Jane de su hermana. —Oh, pero el encaje con el que mamá cubre a Lydia te arañará la piel. Te prestaré el aceite que me dio nuestra tía Gardiner. Me ayudó a vestirme en Londres poco después de llegar a su casa la última vez que la visité. Cuando vio los arañazos y que estaba en carne viva en algunos puntos donde el encaje me había rozado la piel, me lo aplicó inmediatamente en los hombros, el cuello y la espalda para aliviar las molestias. Me ha ayudado muchísimo.

—Sí que duele. Es como si un gato me arañara la piel —dijo Mary con rotundidad.

—Sé que es por el encaje por lo que luchas tanto contra ella. Tal vez podríamos decirle que has heredado su delicada piel y que eres demasiado sensible para eso, pero que te gustaría que te aconsejara sobre la elección de colores para tus telas. Dale algo para suavizar el rechazo, Mary, y eso te facilitará los encuentros—. Jane cerró la puerta de la habitación de Mary para poder ayudarle a su hermana pequeña a vestirse.

—¿Ése es tu secreto?

—A nadie le gusta que le digan constantemente que no o que la ignoren, Mary.

—Pondré a prueba tu teoría. ¿Cómo está Lizzy?

—Me temo que, si el señor Darcy entrara en la casa en este momento en lugar del heredero de Longbourn, ella expresaría sus protestas más fuerte de lo que mamá ha sido capaz. Estoy de acuerdo en que los desaires del señor Darcy en la asamblea fueron imperdonables, pero ella no le ha dado cuartel ni ha hecho concesiones por lo que pudiera haber influido en el comportamiento de él.

—Es obvio que tú lo ves con más amabilidad que ella o nuestra madre, así que ¿qué has visto tú que no hayan visto ellas? —Mary cruzó hacia su armario para cumplir con las peticiones de su madre, aunque el gris paloma que tenía puesto era uno de los vestidos de colores más suaves que poseía.

—El verde, Mary, por favor. Puede que su estilo sea más antiguo, pero resalta el verde de tus ojos. En cuanto a lo que observé acerca del señor Darcy y su actitud de vigilar a nuestra Lizzy, te lo contaré luego de la cena, cuando nos hayamos escapado.

—¿Por qué el señor Bingley tuvo que traer a su amigo?

—Porque si no lo hubiera hecho, la señorita Bingley no le habría dado tregua a su hermano mayor. Los únicos momentos en que ella actúa como si fuera educada o capaz de un mínimo de respeto es cuando el señor Darcy está en la habitación. Los momentos en los que tiene su atención, obtenida sólo cuando ella lo fuerza a atenderla, son una reminiscencia de cómo mamá atrae la atención de papá. Ella y mamá son notablemente similares en sus expectativas de que todos los demás estén de acuerdo con ellas y se calman de forma similar. La señora Hurst emplea las mismas estratagemas que yo para ganar conversaciones más tranquilas—. Jane sonrió con descaro mientras abotonaba el vestido de Mary.

Mary se rio mientras salían de su habitación, y Jane se sintió satisfecha de que al menos una de sus hermanas la ayudaría a manejar la conversación. La ira de Elizabeth hacia el señor Darcy la llevaba a ser más áspera de lo que acostumbraba en su trato con la familia. Si bien era cierto que sus hermanas menores y sus padres eran a menudo fuentes de diversión en casa, eran una vergüenza para Elizabeth, Mary y Jane cada vez que se encontraban entre sus vecinos.

Por lo general, Elizabeth era la hermana de la que se esperaba que la ayudara a mantener una conversación, incluso cuando su madre estaba disgustada o sus dos hermanas menores se comportaban de una manera particularmente insensata y hacían alarde de decoro. Uno de los rasgos de Elizabeth que más apreciaba Jane era lo mucho que le gustaba reír. Después de los insultos del señor Darcy hacía casi tres semanas, su ingenio había tomado un giro más acerbo. No podía predecir fácilmente si su hermana estuviera irritada o entretenida en un momento dado.

Por suerte, su amigo, el señor Bingley, era tan cordial y amable como el señor Darcy era melancólico y taciturno. El señor Bingley era la clase de hombre que Jane siempre había esperado encontrar. Aunque era egoísta, deseaba con todas sus fuerzas que se fijase en ella. Mientras que los hombres como el señor Darcy eran demasiado propensos a encontrar defectos en las personas que observaban, Jane apreciaba que el señor Bingley siempre buscara el lado más positivo de cualquier situación. Su optimismo la deleitaba.

El continuo disgusto de Elizabeth por los desaires del señor Darcy le demostró a Jane, por encima de todo, que Elizabeth había albergado la esperanza de contar con su buena opinión, por lo que su comentario en la asamblea de que sólo la encontraba meramente tolerable resultó de lo más doloroso. Jane sospechaba que él también lamentaba sus palabras y su comportamiento distante, pero esa situación tendría que dejarla de lado por esa noche.

Jane pensó si sería posible encontrar la manera de que ambos pudieran empezar de nuevo. Estaba decidida a buscar una oportunidad, porque Elizabeth y el señor Darcy parecían estar muy preocupados el uno por el otro. Sería una pena dejar que los prejuicios o el orgullo arruinaran un futuro que podrían compartir dos personas tan dotadas de la misma inteligencia como ellos parecían serlo. Ella pudo observar cuan atraídos parecían estar el uno por el otro la noche en que ella se unió a la velada durante su estancia en Netherfield.

—¡Lizzy! ¡Jane! —El grito de su madre desde abajo sacó a Jane de sus pensamientos. —¡Exijo que le den la bienvenida al señor Collins! Lizzy, tú serás quien se ocupe personalmente de que esté cómodo. Todos deberán estar en el salón cinco minutos antes de su llegada que, según su padre, ¡será a las cuatro de esta misma tarde!

Mary se preguntó a qué hija de en medio culparía su madre en caso de que el señor Collins llegara antes y ellas no estuvieran en el salón cinco minutos antes de su llegada. Y que el

cielo las ayudara a las tres si llegaba tarde, porque su madre se quejaría sin tregua hasta que apareciera. Rezaba para que el señor Collins les escatimara esas quejas a todos al tener que llegar lo más cerca posible de las cuatro de la tarde.

Jane inhaló lentamente, temiendo de nuevo necesitar de todas sus reservas para la noche que se avecinaba.

Capítulo 2

—Señor Collins, sea usted muy bienvenido —dijo el señor Bennet cuando su primo bajó del carruaje. Se sobresaltó cuando el señor Collins lo miró a los ojos, pero no dijo nada, lo que demostraba que sabía que la bienvenida era burlona y poco sentida.

El señor Collins se inclinó ante las damas mientras su primo reconsideraba la forma en que interactuarían. Se sintió complacido de que la reacción del señor Bennet demostrara que ya había logrado desafiar sus expectativas de que se pareciera en algo a su padre. Eso no podía sino ahorrarles algunas dificultades.

El señor Collins centró su atención en la señora de la casa y luego en sus cinco hijas. Estaba claro que la familia había sido bendecida, pues cada una era una belleza. Le fascinaba que la que se esforzaba por pasar desapercibida, tras una inspección algo más prolongada, fuera posiblemente la más bella de todas. Le pareció interesante que intentara ocultarse, ya que durante mucho tiempo había creído que todas las mujeres que poseían tal belleza ansiaban llamar la atención. Una intriga tan poco después de llegar fue un giro sorprendente. Le complacía aún más la perspectiva de conocer a la única familia del Reino de Dios que podía reclamar.

—Señor Collins, ¿tal vez le gustaría tomarse un tiempo para instalarse y quitarse el polvo de encima, ya que han pasado algunos días desde que tuvimos una buena lluvia? —preguntó tentativamente la señora Bennet, insegura de qué hacer ya que su esposo había fallado en las presentaciones.

—Es usted muy amable, madame—. El señor Collins volvió a inclinarse en su dirección, y luego esperó a que ella los condujera, ya que parecía que su primo no estaba dispuesto a hacerle ningún favor.

Fue entonces cuando recordó la preocupación que su benefactora había expresado cuando él había admitido que no había recibido una invitación, sino que se había invitado a sí mismo en su prisa por seguir sus instrucciones de sanar la brecha en la familia. Tal vez era un error tan grave como ella había predicho.

—Hagamos las presentaciones en el salón y luego le mostraremos su habitación —sugirió la hija de innegable belleza y cabellos dorados mientras miraba a su padre y fruncía el ceño decepcionada.

—Gracias, hija —dijo secamente el señor Bennet mientras le indicaba el camino.

—Sí, los modales son la base y la perdición de nuestra existencia, ¿no es así, padre? —preguntó Elizabeth con fingida amabilidad.

La risa franca del señor Bennet resonó en la entrada, pero lo tomó desprevenido cuando estuvo a punto de responder con igual sarcasmo y la vio fruncir el ceño con desdén. ¿Desdén? ¿De él? ¿Qué podía encontrar su Lizzy para menospreciar su comportamiento? Sólo había intentado determinar cómo podría manejar su primo una situación incómoda, ya que seguramente tendrían muchas durante su visita. No había hecho nada tan grave, sólo había puesto a prueba al señor Collins al no hacer lo que se esperaba.

En retrospectiva, el señor Bennet se dio cuenta de que había sido irrespetuoso con su esposa e hijas al no realizar las presentaciones. Y tal vez no le había avisado a su esposa con suficiente antelación de la inminente visita. En su defensa, si le hubiera dado más tiempo para lamentarse por la visita, sus quejas habrían sido interminables. Decidió que compartiría sus

motivos con Elizabeth, para que fueran comprendidos, y una vez logrado, se echarían unas buenas risas. Sin embargo, al ver que Jane lo aguardaba expectante, decidió que era mejor que cumpliera con sus obligaciones como cabeza de familia.

—Señor Collins, permítame presentarle a mi esposa, la señora Bennet, y a mis hijas, Jane, Elizabeth, Mary, Kitty y Lydia. Hay algunos asuntos que tratar respecto de la herencia, pero podremos ocuparnos de ellos más adelante en la semana. Mientras usted se encuentra en su habitación, revisaré el papeleo para asegurarme de que esté en orden—. El señor Bennet abandonó bruscamente la habitación.

—Señora Bennet —el señor Collins se dirigió a la señora en medio del silencio que había reinado tras la partida de su primo—, aprovecharé la oportunidad para cambiarme, pero primero quiero abordar lo que debe ser una preocupación muy apremiante para usted. Me apena, me apena de verdad, que usted no haya tenido un hijo además de las hijas con las que usted y mi primo fueron tan claramente bendecidos. Quiero que sepa que aquí tendrá un hogar mientras decida quedarse. Espero que se lleve muy bien con mi esposa cuando llegue el momento de que me haga cargo de la herencia. Estaremos muy agradecidos de contar con su ayuda—. El señor Collins saludó con la cabeza a su anfitriona y a sus primas, y luego siguió al ama de llaves escaleras arriba.

—Bueno, ahora, ¿quién podría haber predicho un giro como ese? —preguntó Mary, rompiendo el silencio que siguió a la partida de su primo.

Las risas que llenaron el salón hicieron que el señor Bennet se detuviera antes de cerrar la puerta de su estudio. Nunca, en todos estos largos años, había oído reír juntas a las seis mujeres de su casa.

Tras entrar en su habitación, el señor Collins también sonrió antes de cerrar la puerta, gratificado por haberle dado un alivio a esta familia que estaba dispuesto a aceptar en su vida.

—Señor Collins, esperamos que la habitación sea de su agrado —dijo entusiasmada la señora Bennet luego de que se acomodaran en el salón mientras esperaban a que se anunciara la cena. Ella jadeó cuando él hizo una mueca de dolor y comenzó a mirar de una hija a otra, como si ellas pudieran tener una respuesta, antes de que su mirada volviera a posarse en él. —¿Qué ocurre? —preguntó aterrada.

—Nada, señora Bennet, nada en absoluto. La habitación es perfecta y me siento honrado de estar en el ala familiar. Sólo quería asegurarle que si espera compañía, me iré del ala familiar sin quejarme. Pido disculpas por venir sin invitación y tan cerca de las festividades. Mi patrona fue insistente en sus afirmaciones de que un párroco debe ser el mejor de los ejemplos para los de su parroquia. Dada esa expectativa, quiero abordar mis asuntos personales, así como cualquier reparación que pueda ser necesaria. Sólo entonces podré aconsejar lo mejor posible a quienes guío.

—Si llega algún otro visitante, ellos pueden ocupar la habitación de invitados, señor Collins —proclamó la señora Bennet.

Para sorpresa de ella, y luego de que él le asegurara de que ella podía permanecer en Longbourn, oferta que nunca había esperado de alguien con quien no tenía ninguna relación, la señora Bennet descubrió que el señor Collins le caía muy bien. No podía comprender por qué él había elegido permanecer lejos durante tantos años, pero se alegraba enormemente de que hubiese venido a visitarlos. La señora Bennet no podía dejar de creer que emprender un viaje para enfrentarse a un tema tan delicado, y del cual él no tenía ninguna responsabilidad, debía ser

muy desalentador, así que quizás eso explicaba su ausencia durante tantos años.

—Gracias, señora Bennet. Es una amabilidad inesperada que no estoy seguro de merecer, pero le agradezco que ya me considere de la familia.

—¿Nos hablará de su parroquia y de quienes le otorgaron el beneficio eclesiástico que actualmente reclama? —preguntó Mary esperanzada.

—Gracias por preguntar, prima —la miró directamente— ¿Mary, verdad? —El señor Collins exhaló aliviado cuando ella sonrió al recordar su nombre. —Lady Catherine de Bourgh me concedió el puesto hace poco más de un año. No pude creer la suerte que tuve de recibir semejante oportunidad tan poco tiempo después de recibir las órdenes.

—Me dijeron que el puesto era mío y que no habría entrevista. Cuando pregunté por qué se me había tenido en cuenta de entre todos aquellos con los que había recibido órdenes, se me explicó que yo cumplía sus especificaciones y que, al parecer, era el único que las cumplía. Yo no sabía entonces que esas especificaciones eran que yo era más bajo de estatura que ella y también el único al que le gusta el pay de anguila—. El señor Collins sonrió cuando algunas de sus primas se echaron a reír.

—Ahora, eso es ciertamente un conjunto interesante de condiciones por las que uno podría seleccionar a un párroco —dijo Elizabeth. Se arrepintió de su ligereza cuando vio que Jane rodeaba a Mary con el brazo para ofrecerle consuelo, porque le horrorizaba semejante idea.

—La casa parroquial de Hunsford está separada de la gran propiedad en la que reside, Rosings Park, tan sólo por un sendero. He sabido que la señora de Rosings Park exige que el párroco que reside en la casa parroquial de Hunsford cene con ella al menos una vez a la semana, pero el honor de la invitación a cenar se extiende a menudo a dos veces por semana. Una vez que uno encuentra un compañero de cena con gustos similares en una comida favorita, no es ni un desperdicio ni una indulgencia, sino un disfrute compartido. Y para ella, que yo fuera más bajo que ella tenía una importancia crítica —explicó el señor Collins dirigiéndose específicamente a Mary.

—Tiene sentido querer cenar con alguien que también disfruta de un plato favorito —coincidió Mary mientras consideraba los méritos de compartir tal comida en ocasiones en lugar de servirla sólo para el propio placer. —¿Por qué le preocupaba a ella su estatura?

—Lady Catherine fue específica porque los áticos de la casa parroquial tienen vigas bajas. El antiguo párroco estaba rebuscando en una de sus cajas cuando se lesionó la cabeza tras chocar con una de ellas. El golpe fue tan fuerte que quedó inconsciente durante tres horas. Por supuesto, esto le preocupó mucho a mi patrona. Como se mantiene en toda su estatura sin chocar con nadie, estaba segura de que alguien ligeramente más bajo que ella no correría semejante suerte.

—Me disculpo por hacer suposiciones —dijo Mary con franqueza. —Eso es de lo más solícito en lo que respecta tanto al disfrute compartido en una comida como a su estado de salud.

—Le pido disculpas si he parecido irreverente, señorita Mary. Aprecio que se preocupe por el honor del cargo, y me tomo mis obligaciones con la mayor seriedad. Sin embargo, no soy ni falso ni frívolo, sólo comparto una distracción que Lady Catherine también la encuentra divertida. Jamás difamaría a la dama que me eligió para cuidar de aquellos de la parroquia, cuya vida está bajo su responsabilidad, sabiendo que ella espera de mí que la ayude a guiarla en su fe.

—¿Y usted come pay de anguila una vez a la semana, señor? —preguntó Mary, muy divertida ahora que comprendía el humor de su historia.

—Ay, no, señorita Mary. Ahora se reserva para los días en que no se espera que su hija se reúna con nosotros. Mientras que antes eso ocurría con cierta regularidad, me complace poder

informarle de que el plato sólo aparece en contadas ocasiones, ya que la salud de la señorita de Bourgh ha mejorado. Ha sido uno de mis mayores placeres ver la felicidad que ha causado su recuperación.

—La cena está servida —anunció la señora Hill.

La señora Hill había sido el ama de llaves de Longbourn desde antes de que la señora Bennet se convirtiera en su ama. Su esposo era el encargado de todos los trabajos de la propiedad. Los Hill habían servido al padre del señor Bennet durante más de cinco años antes de que el actual amo ocupara el puesto.

—Ve a buscar a tu padre—. La señora Bennet señaló a su cuarta hija mientras conducía a su invitado al comedor. «Sólo hay que mantenerlo alejado de él, pues si cae bajo su hechizo, ninguna otra de mis hijas se fijará en él.» La señora Bennet se mostró complacida cuando él ayudó tanto a Mary como a Elizabeth a tomar asiento.

—Lady Catherine parece una mecenas de lo más considerada y generosa. ¿Es su esposo igual de agradable?» preguntó Mary mientras se acomodaban en la mesa.

—Desgraciadamente, Sir Lewis de Bourgh falleció hace más de ocho años. Lady Catherine y su hija, la señorita Anne de Bourgh, viven más bien tranquilamente con pocas visitas. Me han dicho que los sobrinos de Lady Catherine, el coronel Fitzwilliam y el señor Darcy, vienen una vez al año para ayudar con los planes de plantación y para celebrar la Pascua en Rosings Park—. El señor Collins se calló cuando un tenedor sonó con fuerza.

—¿El señor Darcy de Pemberley, señor? —preguntó Elizabeth con un tono que lo sorprendió.

—¡Sí, prima, ese mismo! Un caballero hecho y derecho y de grandes aptitudes, según tengo entendido. Esta pasada primavera, una situación privó a los caballeros de la oportunidad de visitarnos, así que no he tenido el placer de conocerlo. Sin embargo, como estoy aprendiendo que mi señora casi nunca se equivoca en sus afirmaciones, creo que él debe ser un gran caballero —respondió el señor Collins con entusiasmo.

—Si así fuera, seguramente no habría faltado a sus deberes para con su tía y su prima —replicó Elizabeth. Su ataque a expensas del señor Darcy fue de lo más inesperado, y el señor Collins se sorprendió ante la brusquedad de su tono.

—Odio insistir en un punto que no concuerda con su forma de pensar, prima, pero fue a petición de mi patrona que ellos renunciaron a la visita. La señorita de Bourgh no podía salir de su habitación por estar enferma y se habría sentido aún más afligida por la falta de su compañía —explicó el señor Collins. Lo que más lo confundió fue la mirada de exasperación que su prima Jane le dirigía a su hermana, el ceño fruncido de la señora Bennet ante la mención del señor Darcy y la sonrisa burlona del señor Bennet. —Parece que ustedes conocen al caballero. ¡Qué coincidencia!

—Actualmente es huésped de nuestro nuevo vecino, el señor Bingley, que ha arrendado Netherfield Park, una propiedad a sólo tres millas de distancia. Los conocimos hace dos semanas en una asamblea donde el señor Darcy insultó a Lizzy no una sino dos veces —explicó Lydia tan bulliciosamente que resultó molesto.

El señor Collins se vio sorprendido cuando Lydia soltó una carcajada y, después de un momento de vacilación, Kitty hizo lo mismo. Una mirada alrededor de la mesa demostró que sus primas Jane y Elizabeth estaban mortificadas, y Mary estaba molesta. Se inquietó aún más al observar que la señora Bennet sonreía con indulgencia a su hija menor. No obstante, a su primo Bennet la escena le parecía entretenida.

—Si nos encontramos en su presencia, buscaré una presentación, pues estoy seguro de

que él querrá estar seguro de que las damas de Rosings Park se encuentran bien, o tan bien como cabe esperar —dijo él para disimular la incomodidad de la situación.

—Estoy segura de que sí —dijo Elizabeth cortésmente, aunque su tono demostraba que no creía que el señor Darcy fuera capaz de un mínimo de decencia.

—Le escribiré a mi patrona esta misma tarde para compartir con ella la extraordinaria coincidencia. Estoy seguro de que ella estará muy interesada en este giro de los acontecimientos —se ofreció el señor Collins. —Antes de retirarme por la noche, tal vez podría leerles a todos después de la cena. Traje conmigo... —Lydia resopló tan fuerte que casi resonó en la habitación.

—Siempre que no sean los *Sermones de Fordyce*—. Lydia puso los ojos en blanco. —Ya oímos bastante de eso de Mary.

El señor Collins observó periféricamente que su prima Mary se sonrojó, y Jane alargó la mano para tocar el brazo de Mary en señal de apoyo. Para su consternación, también observó que nuevamente el señor Bennet se reía entre dientes y la señora Bennet también. La angustia de su prima Mary era tan evidente para él que se sintió afligido por ella y estaba bastante disgustado por las reacciones de sus padres, que no hicieron nada por apoyar a su hija mediana.

—Me encantaría hablar de los Sermones de Fordyce con usted más adelante en mi visita, prima Mary, pero esta noche tenía la intención de leer de un texto extraordinario que descubrí en la biblioteca de Rosings Park. No puedo imaginarme cómo llegó allí, ya que fue publicado en las Américas. Creo que un hermano de Sir Lewis de Bourgh estuvo en la Marina, así que tal vez tenga sentido que algunas de las novedades hayan venido de tan lejos. Es un repositorio analítico tanto de filosofía como de religión. Las secciones que leí y estudié me parecieron de lo más interesante—. El señor Collins se alegró de haberle ayudado a su prima Mary y de haber aliviado la tensión que sólo algunos en la sala habían sentido.

—¿En serio? —El señor Bennet miró sorprendido al señor Collins. —Yo también estaría interesado en conocer este repositorio. ¿De las Américas, dice? —La expresión del señor Bennet cambió de sardónica a entusiasta.

—Sí, Lady Catherine fue de lo más generosa al concederme acceso a la biblioteca de Rosings Park el mismo día en que acepté el puesto —replicó el señor Collins, aunque se preguntaba cómo era posible que su primo considerase un panfleto de mayor interés que la angustia de su hija. Acababan de conocerse y ya se sentía protector con todas ellas.

—¿Sucede a menudo tanta generosidad tan rápidamente? Teníamos entendido que hay un período de prueba después de que uno es nombrado para un nuevo cargo como el suyo. Aunque usted no lo tuvo, una confianza tan grande como el acceso a la biblioteca personal suele tardar algún tiempo en ganarse —preguntó Jane para mantener la conversación fluida.

—Confieso que me preocupé cuando el obispo me dijo que el puesto sería mío sin una entrevista. Me pregunté, quien me lo concediera, me parecería una persona dominante o esperaría aconsejarme en todos los aspectos de mi vida y mi trabajo. En cualquiera de los dos casos, el beneficio eclesiástico estaba vacante—. Sonrió cuando sus primas se rieron de su pequeña broma. Una respuesta tan cálida sólo podía aumentar su nivel de comodidad con él.

—Eso haría casi insoportable cualquier puesto —dijo Mary. Su sonrisa iluminó sus suaves ojos grises, y parecía evidente que estaba agradecida por sus esfuerzos para ayudar a cubrir su vergüenza.

—Para mi gran alivio, el obispo que me hizo la oferta me dijo que era pariente de los de Bourgh. Más tarde supe que Lady Catherine es hija de un conde. Me explicó que su necesidad era inmediata y repentina. El párroco que vivía antes que yo se había retirado para ayudar a su hermana, cuyo esposo había fallecido inesperadamente en un accidente en su granja. Mi

conversación le resultó agradable y, puesto que yo era el único que podía reunir además los dos requisitos específicos que Lady Catherine había estipulado, estaba seguro de que yo encajaría—. Asintió hacia sus primas Mary y Kitty cuando parecieron satisfechas con su relato. Lo esperaba de Mary, pero no estaba preparado para que los ojos de Kitty brillaran al reconocer que ella había escuchado su relato.

—Qué suerte —dijo la señora Bennet—, que haya podido encontrar una situación casi perfecta sin tener que buscarla.

—Así fue, ya que no sabía adónde ir después de salir del seminario. En aquel momento, me planteé unirme a una misión, aunque sólo fuera para tener un lugar donde dormir y mantenerme mientras servía tanto a mi vocación como al prójimo —añadió él para ayudarle a su prima a comprender por qué había sido un nombramiento de lo más afortunado, aunque poco convencional.

—Es horrible pensar que una ruptura entre los miembros de una familia pueda tener un efecto tan duradero como para persuadirlo de marcharse al extranjero sin antes venir aquí a quedarse un tiempo —afirmó Mary mientras miraba directamente a su padre con expresión de decepción.

El señor Bennet se atragantó con su sorbo de vino. Nunca sus hijas le habían dirigido un discurso tan reprobatorio, especialmente Mary. Su muestra de desaprobación hacia sus acciones, o en este caso su inacción, era la segunda cosa más sorprendente que sus hijas habían hecho en meses. Ambos casos habían ocurrido en las últimas dos horas, esa misma tarde. Qué irritante que sus hijas de repente se volvieran interesantes mientras esperaban que él se centrara en su primo.

—Estoy de acuerdo, prima Mary, al igual que mi benefactora. Ella suele decir que la familia lo es todo y que hay que valorarla por encima de todo, salvo de Dios. Ella me aconsejó sabiamente que es más difícil para un hombre con familia encontrar tiempo para abordar situaciones difíciles, especialmente cuando la otra parte no ha proporcionado ninguna dirección a la que se pueda enviar una carta. Como pude entender el eminente sentido de su afirmación, no pude sino dar el primer paso—. Hizo un gesto con la cabeza a su primo Bennet.

—Parece que ella conoce sus preocupaciones muy de cerca, señor —señaló la señora Bennet.

La señora Bennet frunció el ceño, y consideró que ella no conocía ninguna de las preocupaciones íntimas de su propio rector. Aunque estaba a menudo en la iglesia de Longbourn, él tenía otras tres parroquias en las que también servía. De hecho, ella sólo estaba al tanto de las preocupaciones de los arrendatarios, y sólo de las que Elizabeth, Jane o Mary le comunicaban. Tras un rápido cálculo, se dio cuenta de que su rector les había servido durante más de una década y, sin embargo, ella sabía muy poco de él o de su situación.

—A menudo sólo somos cuatro en la cena, pues la dama de compañía de la señorita de Bourgh siempre se une a nosotros para que nunca esté lejos de ninguna de las dos damas en caso de que la necesiten—. Inclinó ligeramente la cabeza en su dirección. —Agradezco que ellas me quieran tan felizmente situado como puede estarlo un hombre soltero.

—Eso haría más íntima la conversación —admitió la señora Bennet.

—En nombre de todos nosotros, señor Collins, quisiera agradecerle que le haya asegurado a nuestra madre que no se verá obligada a abandonar Longbourn cuando nuestro padre fallezca —Jane, como hija mayor, habló en su nombre y en el de sus hermanas.

Su voz calmada y tranquila obligaba a todos los demás a moderar su conversación para poder oírla. Aquella era sin duda una táctica interesante, y el señor Collins se propuso emplearla de ahora en adelante. Su respeto por la mayor de las Bennet era inmenso y sin reservas.

Al escuchar el aprecio de Jane, la señora Bennet se dio cuenta de que si hacía sentir bienvenido al señor Collins, tanto más él y su futura esposa podrían sentirse inclinados a reciprocar lo mismo para con ella y sus hijas. Con ese objetivo, se propuso invitar al cura de Longbourn a cenar con ellos durante la visita del señor Collins, pues estaba segura de que ambos agradecerían la oportunidad de disfrutar de la conversación con un colega teólogo.

—Por supuesto. Era natural que el asunto de la herencia le causara gran preocupación a su familia. Estoy seguro de que mi futura esposa esperará que la señora Bennet le enseñe a administrar Longbourn, y espero que su madre permanezca con nosotros el tiempo suficiente para concederle tal amabilidad. Para entonces, ella tendrá muchas opciones, pues no puedo sino creer que algunos de ustedes estarán felizmente casadas y establecidas. Tengo entendido que si hay nietos, es un fuerte incentivo vivir cerca de ellos para poder disfrutarlos con mayor falidad —respondió afablemente el señor Collins.

—Usted no es en absoluto el hombre que esperaba que apareciera en nuestra puerta dada su carta, señor Collins—. El señor Bennet entrecerró los ojos ante su primo.

—Me imagino que usted supone que mi padre fue un padre terrible, y que yo sería similar a él por naturaleza. Dado todo lo que mi madre ha compartido sobre su carácter, no puedo sino concluir lo mismo. El padre de mi madre, mi abuelo, fue la mano que me guio en mi crianza, y fue un hombre amable por cuya influencia sigo estando agradecido. Mi padre murió poco después de que yo naciera—. El señor Collins respondió al desafío directo, proporcionándole al señor Bennet un conocimiento que ya debería haber intentado descubrir por sí mismo.

—Sentimos su pérdida —dijo Elizabeth después de haber observado a su padre el tiempo suficiente como para saber que él no lo diría.

—Cuando estaba lejos de casa, mi madre siempre se quejaba cuando mis cartas no eran lo suficientemente largas. Decía que se enteraba más de cómo ocupaba mis días cuando las cartas eran más largas, aunque contuvieran repeticiones. Le encantaban las pequeñas desviaciones que detallaban nuevos aprendizajes o pequeños cambios en las circunstancias. Al ver que no es así como usted prefiere su correspondencia, pues supongo que se refiere a mi verborrea, abreviaré cualquier correspondencia futura en lugar de escribir con familiaridad —dijo el señor Collins.

Dada la preferencia de su primo por divertirse con cosas que él mismo no hacía, el señor Collins tenía la intención de evitar concederle dichos placeres futuros, si era posible.

—Me divertí mucho —respondió el señor Bennet, asombrado cuando su esposa lo miró con desaprobación.

El señor Bennet frunció el ceño y miró su plato mientras apilaba las papas, las zanahorias y los nabos en el tenedor. Su esposa nunca lo había mirado con desaprobación en todos los años que llevaban casados. Se enfadaba cuando él le negaba el dinero extra, y él sabía que a ella le molestaban sus continuas peticiones de paz para que él pudiera ocuparse de sus asuntos, aunque sólo fuera leer un libro que antes ya había disfrutado. Pero estaba seguro de que ella nunca lo había mirado con lo que podría llamarse decepción, excepto cuando él rechazó su deseo de llevarlas a todas a la ciudad. Como ella era la tercera en hacerlo aquella tarde, él les ofrecería a todas sus damas un obsequio, uno que creía que calmaría cualquier disgusto contra él. Algunos lazos y cintas serían suficiente.

—Tal vez renunciemos a separarnos después de la cena, primo, para que pueda leer para nosotros. Esto nos proporcionará a todos el placer de disfrutar de este escrito filosófico que ha traído, si le parece bien, señora Bennet —inquirió el señor Bennet, guiñándole un ojo juguetonamente.

El señor Bennet se sorprendió aún más cuando ella lo miró sorprendida. Su indignación

ardía, pues estaba seguro de que *siempre* era cortés con su esposa. El sentimiento se disipó tan rápido como había surgido cuando miró a sus hijas y las vio mirándolo con sorpresa y confusión.

—Tal vez no siempre —admitió el señor Bennet.

—Gracias, señor Bennet. Creo que a todos nos gustaría saber qué están publicando en las Américas. El consenso parece ser que son todos unos paganos sin capacidad para poner la pluma sobre el papel —dijo la señora Bennet tras un momento de vacilación.

—No puedo sino estar de acuerdo con usted, señora Bennet —replicó finalmente el señor Bennet.

El señor Bennet se quedó mirando a su esposa como si se preguntara quién era la mujer que estaba al otro lado de la mesa. Desde luego, nunca había pensado que ella pudiera tener semejante opinión.

En las pocas horas transcurridas desde su llegada, su primo se las había arreglado para sembrar tal discordia en su casa que el señor Bennet estaba tentado de echarlo.

Capítulo 3

Longbourn, Hertfordshire
Mi estimada patrona,

En primer lugar, quiero informarle de que llegué sano y salvo a Longbourn y precisamente a tiempo. Dado su aprecio por la puntualidad, me alegró bastante que el viaje se desarrollara según lo previsto. No estoy seguro de lo que esperaba, pero he descubierto que será necesario un cierto esfuerzo antes de que mi primo y yo podamos conversar en términos amistosos.
Sus afirmaciones de que su esposa, la señora Bennet, estaría preocupada por lo que sucedería en caso de que mi primo fuera llamado a su recompensa eterna resonaron en mí, así que le aseguré a la señora Bennet, casi desde el momento en que llegué, que no se esperaría que ella abandone su hogar en caso de que decidiera quedarse.
Su hija mayor, mi prima Jane, se empeñó en expresar su agradecimiento durante la cena de esta noche, y me complace ver que he podido aliviar un poco lo que debe de haber sido una preocupación muy apremiante. La conversación sacó de quicio a mi primo, pero estábamos hablando de lo que ocurriría tras su fallecimiento, así que quizás era de esperarse.
De las cinco hijas de mi primo, las dos mayores, no tardarán en casarse, si se me permite la osada predicción. Se espera que la mayor pronto sea cortejada por un tal señor Bingley, y Elizabeth, la segunda hija, es demasiado vivaz como para no atraer a un esposo. Creo que su hija mediana, Mary, será la compañera más considerada. Le pediré que regrese a Kent conmigo. Entiendo que pueda parecer que he llegado a esta conclusión apresuradamente. Sin embargo, dado que es probable que las dos mayores se casen pronto y que las dos menores necesitan tiempo para asentarse, creo que, además de por su temperamento y disposición, Mary es la elección más evidente. Volveré a escribir cuando esté decidido.
Hay aún otro punto interesante que siento la obligación de compartir. Al parecer, el señor Darcy de Pemberley se encuentra en este mismo vecindario, en estos momentos visitando la propiedad que su amigo el señor Bingley ha arrendado. Espero conocerlo pronto y asegurarle el bienestar de los habitantes de Rosings Park. Dadas todas las afirmaciones de que él valora a la familia tanto como usted, estoy seguro de que él se sentirá complacido al recibir estas noticias.
Volveré a escribirle tan pronto como tenga más detalles que compartir.

Su servidor,
William Collins

***

A la mañana siguiente, cuando depositó la carta en el correo de salida, el señor Collins se sorprendió al ver a su prima Elizabeth caminando hacia Longbourn a una hora tan temprana. Como ella estaba regresando a la propiedad, él no podía imaginarse a qué hora había salido de la casa. Era muy inusual que una joven que no disponía de empleo se levantara antes de que el sol se asomara por el horizonte.

—Prima —dijo el señor Collins cuando ella empezó a quitarse los guantes y el *spencer*.

—Puedo adivinar lo que está pensando—. Elizabeth le sonrió alegremente. —¿Cómo me

atrevo a salir sola a una hora tan temprana del día?

—Confieso que lo hice porque tengo entendido que hay nuevos forasteros aquí en la comarca, prima, ya que durante la cena se mencionó que la milicia está acampando en Meryton. Por mucho que me repugne decir esto, algunos hombres no son los caballeros que pretenden ser. Le prometo que sólo tuve una preocupación inmediata y genuina por su bienestar que me llevó a albergar tal idea.

—No puedo imaginarme que el coronel Forster permita a los de esa calaña en su unidad —dijo Elizabeth sin preocupación.

—Me imagino que él no lo sabría si ya lo hubiera hecho. No es que los que se alistan tengan a menudo otras opciones, prima Elizabeth, y no todos llevamos carteles al cuello que proclamen nuestra honradez o falta de ella. Sólo le pido que tenga cuidado, pues he visto las secuelas del comportamiento de hombres tan indeseables. Aunque no me encuentro a la altura de la tarea de discutir con ustedes algunas de las ramificaciones duraderas que dejaron a su paso, lo digo en serio. El pueblo donde crecí albergaba una milicia, así que no hablo de lo que no conozco. Por favor, tenga cuidado —le pidió mientras le tendía el brazo para que lo guiara hasta el comedor. Cuando entraron, la señora Bennet se iluminó al verlos juntos.

Por su parte, Elizabeth se estremeció al darse cuenta de que la idea de un futuro con el heredero de Longbourn no era un destino que le repugnara.

«Eso es muy desafortunado,» pensó para sí el señor Collins.

El señor Collins admitió que era lógico que la señora Bennet esperase que él se casase con una de sus hijas. Y hacerlo tendría sentido en muchos sentidos, pues tales situaciones solían resolverse con el matrimonio entre una hija y el heredero.

Acompañó a su prima Elizabeth hasta una silla vacía y luego reclamó una lo más lejos posible de ella. Mientras se acomodaban, la señorita Elizabeth pensaba en lo agradable que sería casarse con el heredero de Longbourn, mientras que el señor Collins se preguntaba cómo podría evitar dar lugar a tales expectativas.

—¿Caminamos hasta Meryton, Kitty? —preguntó Lydia cuando terminó de desayunar.

Lydia estaba decidida a ir a Meryton para poder hablar con los oficiales, y no deseaba retrasar la gratificación de tener su atención un minuto más de lo necesario.

—¡Oh, sí! Todos ustedes deberían ir, y estoy segura de que al señor Collins le gustaría ver la campiña. Mi Lizzy sale a pasear todos los días, señor, y será la más adecuada para responder cualquier pregunta que usted pueda tener a lo largo del camino —comentó la señora Bennet con entusiasmo. Si notó que su hija menor fruncía el ceño ante su sugerencia de que fueran todos, ella, por una vez, lo ignoró.

—Estaría encantado de pasear por el pueblo con mis primas —accedió el señor Collins. Estaba más dispuesto a proporcionarle a sus jóvenes primas cualquier medida de protección que pudiera permitirse, pues había visto la expresión de desagrado de Lydia cuando le sugirieron que las acompañara. Sospechaba que sus primas no solían considerar necesaria ninguna medida de seguridad más allá del mero hecho de estar juntas.

Mientras se ponían la ropa de abrigo, el señor Collins se alarmó aún más cuando oyó a su prima menor preguntarle a su hermana Kitty cómo podrían adelantarse para poder hablar con los oficiales sin ser regañadas. Se sintió gratificado cuando la señorita Kitty le contestó que no podían, y le aconsejó sabiamente a su hermana que no debían hacer un espectáculo de ellas mismas.

Lydia frunció el ceño, pues estaba decidida a que se divirtieran a pesar de la presencia de Mary, Kitty y su primo. Lydia había añadido que como su madre estaba muy satisfecha con sus intentos de conseguir esposo, estaba decidida a continuar como hasta entonces.

Para el señor Collins, su prima menor era propensa a actuar sin decoro. Observó como Elizabeth y Jane animaban discretamente a Lydia y Kitty a que se atuvieran a los límites del decoro. Incluso había oído decir a Lydia que ya nadie se preocupaba por ese tipo de cosas, pero él estaba seguro de que si sus hermanas mayores la hubieran oído, le habrían dicho que la verdad era todo lo contrario.

***

De camino al pueblo, el señor Collins disfrutó de la compañía de las tres hermanas mayores. Jane habló de la belleza del día, Elizabeth compartió una historia de su juventud, y él y Mary discutieron sobre la creación del mundo en seis días. Mantuvieron una larga discusión sobre si ya había formas de vida o si eso vendría una vez que se asentara la agitación posterior a la creación. Él no recordaba la última vez que había disfrutado de una conversación tan estimulante.

A cada paso, Elizabeth se sentía más y más abatida ante la evidente falta de interés del señor Collins por ella. Primero, el señor Darcy la había considerado apenas tolerable, y el señor Collins también prefería a otra de sus hermanas. Razonablemente, ella comprendió que Mary era más adecuada para la vocación de él. Las conversaciones que compartirían, si decidían construir una vida juntos, serían mucho más agradables que cualquiera que ella pudiera ofrecer. Su vanidad, endeble en el mejor de los casos bajo las constantes reprimendas de su madre, estaba por los suelos.

Cuando llegaron al centro del pueblo, Lydia empujó a Kitty delante de las demás. Presionó a Kitty para que se moviera más deprisa hasta que superaron a sus hermanas por casi una docena de pasos, de modo que pudieran ser las primeras en ver qué oficiales estaban en Meryton y no en el campamento en servicio.

—¡Denny! —gritó Lydia en un tono parecido a la frenética necesidad de su madre de ser reconocida. Lydia agitó la mano, llamando la atención de uno de los oficiales, como si gritar su nombre lo bastante alto para que todo Meryton lo oyera no fuera suficiente.

El señor Collins se mordió la lengua para no preguntar si aquello era normal cuando oyó la áspera exhalación de Mary. Su vergüenza y su valiente intento de disciplinar sus facciones a pesar de su evidente bochorno demostraron que, por desgracia, eso se trataba de algo habitual.

Dada su comprensión de los estragos que un regimiento puede causar en un pueblo, el señor Collins se acercó a las tres hermanas que tenía más cerca mientras todas observaban al hombre con uniforme cruzar la calle hacia ellas. Le acompañaba un hombre que no llevaba uniforme.

—Buenos días, señoritas—. El teniente Denny se inclinó ante las señoritas Bennet. —¿Puedo presentarles a George Wickham? Tiene la intención de unirse a nuestro regimiento mañana y nos dará mucha distinción, me atrevo a decir—. El teniente Denny indicó con una floritura de su mano a dicho caballero. Luego presentó a cada una de las damas por turno.

Alertada por el inesperado endurecimiento de la expresión del señor Collins, Mary se mostró cautelosa mientras miraba discretamente a su primo, quien observaba las presentaciones con decidida preocupación. Era evidente que el señor Collins estaba agradecido por la interrupción cuando dos caballeros a caballo se acercaron al grupo.

—¡Buenos días, señorita Bennet! Me dirigía a ver si se encontraba bien —anunció el caballero que iba a la cabeza, con una sonrisa cada vez más amplia al ver que ella le devolvía la

sonrisa.

—Gracias, señor Bingley. Estoy bastante recuperada —respondió Jane, con un ligero rubor en las mejillas que demostraba su complacencia por las atenciones del caballero.

Al observarlos, el señor Collins pudo ver fácilmente por qué la señora Bennet tenía motivos para albergar esperanzas. Desvió su atención de ellos a tiempo para captar la animosidad entre el caballero que estaba con el señor Bingley, probablemente el señor Darcy, y su nuevo conocido, el señor Wickham. Este último se había puesto decididamente pálido. El señor Collins frunció el ceño cuando el señor Wickham se controló lo suficiente como para devolverle la mirada al señor Darcy mostrando toda su sardónica diversión.

Si eso no era un mal presagio, el señor Collins no supo que podría serlo, lo cual confirmaba quién era ese tal señor Wickham. Lady Catherine se había disgustado seriamente cuando le contó la historia de su sobrino pagando las deudas del señor Wickham, todas las cuales se había acumulado utilizando el apellido Darcy. Aunque ya había pasado casi una década, sin duda explicaba perfectamente la animosidad del señor Darcy. «Oh, vaya». Era muy alarmante tener en Hertfordshire a un hombre que había perjudicado demasiado a la familia Darcy, justo cuando el propio hombre estaba también visitando a su amigo.

El señor Collins notó como los ojos del señor Darcy se desviaban hacia Elizabeth y reparó en que ella también observaba el intercambio entre los hombres. Su alarma aumentó cuando vio que Elizabeth miraba con el ceño fruncido al señor Darcy, atribuyéndole claramente la culpa, aunque ella no conocía ninguno de los detalles.

«Oh, cielos». El señor Collins observó como su prima miraba con desdén a tan gran hombre que, según todos los indicios, era ejemplar y, de acuerdo con el relato que su patrona le había compartido, la parte que había sido agraviada más de una vez. «Esto no presagia nada bueno».

No hubo oportunidad de conseguir una introducción, pues el señor Darcy demostró ser un caballero del más alto grado y prefirió marcharse a caballo antes que alentar un enfrentamiento frente a las damas. Esto no le sorprendió al señor Collins, pues coincidía exactamente con lo que Lady Catherine siempre había profesado de su carácter. El señor Bingley añadió que se disponía a entregar las invitaciones para un baile, y las damas estaban tan entusiasmadas al respecto como cualquier jovencita podría proclamar.

Una vez que ambos caballeros se hubieron marchado, Lydia preguntó si al señor Wickham le gustaría unirse a la velada de naipes que se celebraría esa noche en la residencia de su tía Philips. Al oír que él aún no había sido invitado, su atrevida y joven prima le extendió ella misma la invitación.

El señor Collins se sintió aliviado cuando el señor Wickham mostró un mínimo de decencia al rechazarla, pero prometió que acudiría si recibía una invitación formal. Y así fue, al menos en su opinión, muy desafortunado que justo después de que el señor Wickham se anduviera con rodeos, la propia señora Philips acudiera para determinar qué era lo que estaba retrasando a sus sobrinas y le extendió al hombre una invitación verbal.

Durante el camino de regreso a Longbourn, el señor Collins preguntó si los dos hombres eran, en realidad, el señor Bingley y el señor Darcy, lo que dio lugar a un completo recuento de los desaires del señor Darcy contra su prima. Tras hacer un relato detallado de lo ocurrido la noche de la asamblea, Elizabeth incluyó otras transgresiones que le atribuyó al caballero durante el tiempo que ella estuvo atendiendo a Jane en Netherfield.

Al escuchar su versión de la situación, no pudo sino estar de acuerdo en que las acciones del señor Darcy no lo situaban bajo una luz favorable. Sin embargo, discrepaba en privado de

que el señor Darcy se fijara en Elizabeth sólo para buscarle defectos. Aquello no era lo que él había comprobado al ver al señor Darcy contemplar a su prima Elizabeth cuando descubrió que estaban en compañía del señor Wickham.

Reflexionando un poco más, el señor Collins estaba seguro de que la diversión del señor Wickham significaba que él también veía cómo el señor Darcy se preocupaba por el bienestar de Elizabeth. El señor Darcy no le había prestado atención a ninguna de las otras damas durante su breve encuentro en la calle. El señor Collins contempló que si él fuera un hombre que saca conclusiones apresuradas, un hombre con falta de carácter como el señor Wickham, las inferencias que podrían extraerse ante una mirada tan marcada no serían insignificantes.

***

De vuelta en su habitación, y después de haber observado las fijas atenciones hacia sus primas por parte del señor Wickham en la fiesta que el señor y la señora Philips habían ofrecido, y tras haber estado lo suficientemente cerca como para no poder dejar de escuchar las conversaciones de sus primas Elizabeth y Lydia, que mostraban signos de simpatía hacia dicha persona, fue que el señor Collins tomó una decidida decisión.

Aunque era un gasto que no había previsto, se aseguró que un expreso era apropiado. Sabía que el precio de no hacerlo podría muy bien ser mucho mayor que la moneda que pagaría para que su carta fuera rápidamente recibida, pero era uno que, de no actuar, podría costarle todo a sus inconscientes primas. De hecho, esto planteaba un mayor número de complicaciones de las que nunca se hubiera imaginado que podría encontrar durante esta visita para conocer a su familia por primera vez.

El señor Collins se retiró en cuanto volvieron de la fiesta de las cartas, pues tenía intención de levantarse temprano y escribirle a su patrona.

Capítulo 4

Dos semanas después, en el día del baile de Netherfield

—Señor Bennet, tengo aquí una misiva de Lucas Lodge —anunció el señor Hill cuando el amo le indicó que entrara en su estudio.

—Bueno, eso es de lo más inusual—. El señor Bennet le hizo un gesto al señor Hill para que se la entregara. —Me imagino que él espera pasar la mayor parte del tiempo que estemos en el baile esta noche escondido en la sala de cartas. Tengo la mitad de ganas de hacer lo mismo, ya que disfrutaría de una conversación que, por una vez, no girara en torno a los oficiales—. El señor Bennet soltó una risita. Sabía que su mujer se disgustaría sin duda si lo hacía, pero eso no lo disuadía tanto como cabría imaginar.

El señor Bennet sonrió divertido mientras abría la misiva.

Lucas Lodge

Bennet

Aunque hoy es el día del baile de Netherfield, te ruego que nos acompañes a mí, al señor Long, al señor Goulding y a otros miembros de nuestra comunidad en la posada. He conseguido la habitación más grande para nuestro uso este día.
Nunca antes había tenido ocasión de combinar mis funciones de magistrado y alcalde. Sin embargo, requiero tu presencia en la reunión, ya que me han llegado algunas preocupaciones sobre una persona en particular con la que nuestras hijas se están asociando.
Mi carruaje partirá casi tan pronto como envíe a un lacayo con esta misiva, y me dirigiré a Longbourn para que puedas trasladarte a Meryton conmigo. Confieso que es tanto para asegurarme tu asistencia como para prepararte para lo que se discutirá.
Es un asunto que no podría, en conciencia, retrasar ahora que ha salido a la luz.

Alcalde y Magistrado de Meryton,
Sir William Lucas

El señor Bennet frunció el ceño al releer las palabras de la hoja de papel. En todos estos años, nunca había recibido una misiva tan formal de Sir William. Era más alarmante que Sir William lo obligara a actuar con rapidez y que tuviera la intención de compartir algunas de las preocupaciones con él antes de reunirse con los demás hombres de su sociedad.

—¿Padre? —Elizabeth llamó a la puerta; su expresión denotaba confusión y consternación.

—Supongo que el carruaje de Lucas está esperando, ¿no? —inquirió él secamente.

—¿Ocurre algo? ¿Está bien Charlotte? ¿Puedo ayudar? —preguntó ella con creciente preocupación.

—No me han informado que algo ande mal en Lucas Lodge —respondió el señor Bennet mientras se colocaba su abrigo. —Para serte honesto, Lizzy, no parece que el asunto concierna a

su propiedad o a la nuestra, pero esta citación se relaciona con una discusión que los hombres deben tener. Dado que recientemente se ha acuartelado la milicia en Meryton, no puedo evitar pensar que se trata de los oficiales que deambulan por las calles día y noche.

—Entonces, ¿cree que alguien se quejó de su presencia? La milicia empieza y termina su entrenamiento a diferentes horas del día. Es lógico que estén siempre presentes. Puedo adivinar quién es el responsable de presentar la queja y le pido que no permita que el señor Darcy arruine las posibilidades del teniente Wickham también en esto, padre —dijo Elizabeth con rotundidad, sorprendiendo a su padre por el nivel de resentimiento que relampagueaba en sus ojos.

—No tengo ni idea de qué se trata, Elizabeth, pero dale un poco de crédito a tu viejo padre. Sabes que nunca acepto nada ciegamente a menos que todos los puntos estén argumentados y resueltos cuando se presenta el asunto. Tal vez sea algo que tú también debas considerar.

El señor Bennet ignoró la indignación de su hija mientras le besaba la parte superior de la cabeza antes de caminar hacia la puerta principal. Pensó en lo mucho que se alegraría cuando la milicia, el señor Collins y el grupo de Netherfield Park se marcharan de Hertfordshire para que la vida en Longbourn volviera a la normalidad.

El señor Bennet estaba igualmente seguro de que sus hijas apreciarían volver a sus rutinas en lugar de andar de una fiesta a otra y encontrarse con quienes las habían visto sólo el día o la semana anterior.

Por lo que a él respectaba, ¡los numerosos visitantes que se alojaban en ese momento en su pequeña comarca no podían marcharse lo bastante pronto!

***

Cuando el señor Bennet regresó por la puerta principal de Longbourn, su expresión era semejante a la de una nube negra de tormenta. Nadie en Longbourn lo había visto antes en semejante estado.

Otra anomalía fue que sujetaba con fuerza el brazo de Lydia mientras la hacía entrar, obligándola a permanecer a su lado incluso cuando ella se lamentaba por el *pobre señor Wickham* mientras intentaba zafarse del agarre de su padre. La siguió una muy callada Kitty, que evitaba mirar a nadie a pesar de que tanto su madre, angustiada por la aflicción de Lydia, como Elizabeth, casi igual de alterada al enterarse de que, en efecto, algún mal destino había caído sobre el señor Wickham, le imploraban que se explicara.

El señor Bennet miró fijamente al señor Collins, como si estuviera sopesando la conveniencia de discutir un asunto familiar íntimo con él en la habitación. Exhaló con frustración, pues sabía que los muchos defectos y locuras de la familia habían estado a la vista durante más de dos semanas, y no ganaba nada pidiéndole que se marchase.

—Sin duda asistirá al baile de Netherfield, señor Collins, así que le pediré que me ayude a asegurarme de que ni Jane ni Elizabeth se vean obligadas a bailar con alguien con quien se sientan incómodas. También le insistiré en la importancia de que no estén en ningún momento sin supervisión si salen al balcón. Las otras tres se quedarán en casa hasta que demuestren sensatez y decoro —anunció el señor Bennet ante la estupefacción de todos los presentes.

Soltó el brazo de Lydia, haciendo caso omiso de su berrinche y de sus súplicas de que se le permitiera asistir al baile y de cómo se sentía en deuda hacia los oficiales con los que había aceptado bailar.

La señora Bennet se quedó, por primera vez, congelada en silencio. Deseaba ceder a las súplicas de Lydia, pero su esposo nunca había tenido un aspecto tan premonitorio.

—No estoy de acuerdo, padre. Mary es muy sensata y es un modelo de decoro, quizás más que yo. En cuanto a mis dos hermanas menores, he empezado a preguntarme si ya es hora de corregir su comportamiento —dijo Jane en defensa de su hermana mediana.

Utilizando un tono modulado del que pocos la habían considerado capaz, la señora Bennet le exigió a su hija menor que se callara para poder escuchar a la mayor, ¡aunque lo que oyó la tenía casi indignada!

—¡Ellas son el orgullo de tu padre y el mío! ¡Incluso el señor Collins dijo que mis hijas y yo seríamos bienvenidas a quedarnos en Longbourn! Dado que traen felicidad y placer dondequiera que van, ¡puedo entender que incluso él espere que lo hagamos! —reprochó la señora Bennet, pues la insinuación de que algo fuera deficiente en su Lydia era poco menos que absurda.

—Realmente odio estar en desacuerdo con usted, madame, pero veo que éste es el momento de ser claros, ¿no es así, primo Bennet? —preguntó directamente el señor Collins.

—Por supuesto, señor Collins. Su llegada ha alterado la dinámica de esta familia en formas que nunca me hubiera imaginado. Pero asegúrese de ser franco para que no haya posibilidad de que mi esposa lo malinterprete. He luchado para determinar qué clase de hombre es usted, y me alivia tener ahora mi respuesta.

—Con suerte demostraré ser alguien que usted estará orgulloso de reclamar como un conocido e incluso algún día reconoceme como uno de la familia, primo—. El señor Collins se dirigió entonces a su anfitriona. —Cuando le aseguré que sería bienvenida a quedarse, señora Bennet, me refería específicamente a usted. Sus dos hijas mayores sin duda se casarán, pues son el ejemplo mismo del decoro, y como usted suele decir, ambas son extraordinariamente bellas.

—Jane lo es, sin duda —coincidió la señora Bennet, recelosa de aquel hombre que le había agradado bastante apenas tres minutos antes. —Oh, ya basta —le espetó a Lydia cuando la niña volvió a pedir que soltaran a *su* Wickham.

—Y esa es la razón por la que no le extendí la invitación a su hija menor. Es coqueta hasta el punto de humillar a sus hermanas y a ella misma, y está al borde de la ruina. En mi opinión, con la milicia aquí, es sólo cuestión de días o semanas antes de que consiga avergonzar a su casa. No voy a discutir la culpa, pero estoy seguro de que ella nunca estará cerca de mis hijas si soy tan bendecido. Dije que la instrucción sobre cómo administrar la propiedad sería bienvenida e invaluable. Dado el espectáculo que ha dado su hija, su influencia no se extenderá a mis hijas —afirmó el señor Collins con calma pero con decisión. Contuvo la respiración, esperando plenamente ser expulsado y perder todo contacto con la única familia.

—Gracias, señor Collins—. El agradecimiento de Jane sorprendió a todos en un silencio continuo. Incluso Lydia cesó sus chillidos, aunque no dejó de sollozar. —Llevamos años intentando en vano que nuestros padres se interesen activamente por nuestras hermanas menores. Elizabeth, Mary y yo hemos intentado guiarlas, pero como Lydia no consideraba *divertido* ninguno de nuestros esfuerzos, y nuestros intentos no contaban con el apoyo de nuestros padres, fuimos ignoradas. Ha sido una lucha porque las queremos. Son nuestras hermanas. Sin embargo, a nuestra hermana menor se le permite, incluso se le anima, a humillar a la familia en todo momento.

—¡Eso no es cierto! —La señora Bennet rebatió con vehemencia la afirmación de Jane.

—Estoy al tanto de sus esfuerzos, prima Jane —replicó el señor Collins como si la señora Bennet no hubiese hablado, pues él ya había escuchado lo que ocurría cuando ella se sobreexcitaba. —La he visto a usted, a la prima Elizabeth y a la prima Mary haciendo repetidos intentos por guiar a la señorita Lydia —asintió solemnemente el señor Collins. —Lo que me

confunde es el carácter de la señorita Kitty, pues no quiere seguir a su hermana en la locura y trata de guiarla con una fortaleza que encuentro en pocos, sean caballeros o damas.

—Yo también le agradezco, señor Collins, por ver lo que pocos ven. Kitty no es tonta y merece ir al baile con nosotros esta noche, aunque no puedo decir lo mismo de Lydia —intervino Mary, haciendo que su madre jadeara ruidosamente de indignación. —La reputación de una dama no es menos quebradiza que hermosa. ¿Qué pasará cuando nuestra hermana menor nos arruine a todos? ¿Por qué debemos cargar con su vergüenza? Incluso si no fuera tan completamente tonta, la *suposición* de que es una mujer caída destruiría tan fácilmente nuestro futuro —dijo Mary solemnemente. —Kitty hace todo lo que puede para mantener a salvo a nuestra hermana menor a pesar de las intenciones de Lydia.

—Crees que Kitty no es... —Jane se apagó cuando Mary negó con la cabeza.

—Es sólo nuestra hermana menor la que me preocupa —aclaró Mary. —De nuevo, digo que Kitty debería poder asistir al baile de esta noche en Netherfield.

—El rencor que surge entre los miembros de una familia una vez que una hermana es considerada arruinada puede ser extremo —señaló el señor Collins en voz baja, preocupado nuevamente al no escuchar nada de parte del padre.

—¡Pero ahora todas mis hijas deben encontrar esposos, ya que usted las echará de esta casa antes de que el señor Bennet esté frío en su tumba! —exclamó la señora Bennet.

—Me duele que usted piense tan mal de mí. Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de discutir un cronograma para su partida de Longbourn en caso de que ocurra lo que cada uno de nosotros teme —dijo el señor Collins al encontrarse con los ojos de la señora Bennet.

El señor Collins sintió algo de satisfacción cuando ella cerró la boca después de que él le informara tan sumariamente de que ella no tenía ni idea de sus intenciones y de que él se oponía a sus insinuaciones. Se sintió aliviado de que ella no insistiera en el asunto en ese preciso momento, ya que bien podría hablar precipitadamente con sólo sus observaciones actuales para influir en su opinión. La gente cambia, y él no sería digno de su profesión si no creyera fundamentalmente que eso fuera posible.

—Es cierto, todas queremos encontrar un esposo, para no ser una carga, ¡pero sus hijas menores podrían ser más decorosas! —Elizabeth hizo caso omiso de la afirmación de Mary de que sólo debían preocuparse por Lydia, ya que no tenía pruebas con respecto a Kitty. —Es muy desagradable estar en su compañía. Tanto es así, que el número de invitaciones que hemos recibido se ha reducido a la mitad, madre, ¡a la mitad! No es porque nuestros vecinos no sigan disfrutando de la sociedad de los demás.

—Elizabeth, Jane y Mary tienen razón—. El señor Bennet habló finalmente, pasando por encima de su esposa cuando ella estaba a punto de desatar la desesperación sobre su segunda hija. —Y sabiéndolo, aceptaré de fe lo que Mary diga en nombre de Kitty. Ella puede asistir, pero Lydia permanecerá en sus habitaciones.

—¡Perdóname, pero no sabes nada de lo que hablas! —La señora Bennet fulminó con la mirada a su esposo.

—De hecho, sí sé que mucho de lo que hablan es cierto—. El señor Bennet levantó la mano para alentar a su esposa a no replicar y poder explicarse. —El carruaje de los Lucas llegó justo después de que yo recibiera un expreso. Para tranquilizar a cualquiera que esté preocupado, todos los que están en Lucas Lodge se encuentran bien. No hay ninguna enfermedad ni ningún herido —explicó, reconociendo la inquietud de sus hijas mayores por su amiga.

—Gracias, padre, eso es un gran alivio —respondió Elizabeth, sorprendida cuando sonrió, aunque él no le devolvió la sonrisa. Fuera cual fuese el asunto, lo había disgustado, pues

siempre había disfrutado de sus miradas secretas y de sus diversiones compartidas.

—Creo que tu alivio no durará, dadas las noticias que debo compartir, pero deseaba ofrecerles ese pequeño consuelo. Ahora —el señor Bennet volvió a dirigirse al salón— Sir William me pidió que lo acompañara a una reunión que convocó como nuestro alcalde, a la que se solicitó la asistencia de todos los terratenientes y comerciantes.

—Qué extraño—. La señora Bennet frunció el ceño, pues nunca había oído hablar de algo así. No se había producido ninguna ni siquiera cuando ella había estado en casa de su padre, y como abogado, sin duda él habría participado en una reunión así.

—Como era la primera reunión de esta naturaleza que se convocaba, su observación es acertada, señora Bennet —dijo secamente el señor Bennet. —Y a pesar de mis recelos iniciales, ya que nuestra sociedad nunca había necesitado llegar a tales extremos, ahora agradezco que Sir William se tomara la molestia.

»El coronel Forster también estuvo presente, y se le dio cuenta de las deudas contraídas por sus oficiales. Fui informado por el propio coronel Forster de la miseria que los milicianos ganan como salario, si se le puede llamar así. Nuestras hijas reciben casi la misma cantidad de dinero para su uso personal. Dígame, señora Bennet, ¿cómo podrían mantener un hogar con la mitad del dinero que reciben al año, ya que eso es lo que podría quedar después de pagar la comida y lo esencial?

El señor Bennet se sintió satisfecho de que su esposa se sorprendiera en silencio. Pudo verla calcular todos los gastos y lo que eso significaría, y vio sus ojos abrirse de par en par cuando se dio cuenta de que sería un estilo de vida muy inferior al nivel al que sus hijas estaban acostumbradas.

—¿Tan poco? —preguntó Jane.

—No olvides que en su mayoría son los segundos hijos, y hoy se ha reiterado que la milicia no se parece en nada a los dragones, las tropas armadas, que es donde se alistan muchos que de verdad quieren servir al Rey y a la patria. No, en la milicia en su mayoría son hijos de la alta burguesía terrateniente que no heredarán. Animar a nuestras hijas a perseguir soldados sin dinero es, como poco, imprudente. El coronel Forster me miró fijamente cuando dijo eso, y entendí bien que se refería a mis hijas menores. Ciertamente no le daría la bienvenida a mi casa a una niña que se comportara tan tontamente, y sin embargo usted no ha hecho más que alentar su mal comportamiento, señora Bennet.

—Usted tampoco ha hecho nada para frenarlas, padre —dijo Mary. —Usted proclama que sus tres pequeñas son las niñas más tontas de toda Inglaterra cada vez que Lydia se comporta de forma escandalosa. Y aunque eso fue todo lo que vio, no se tomó la molestia de ayudarnos a mejorar, así que debe estar complacido por tener tal distinción bajo su techo —agregó sin rencor. —Y antes de que intente echarle toda la culpa a nuestra madre, le recuerdo que *usted* es la cabeza de familia, no ella.

El señor Bennet se quedó perplejo al ver que Mary atribuía la mayor parte de la culpa a su inacción y, al hacerlo, lo obligaba a darse cuenta de que había cometido un grave error al no implicarse en su educación. ¿Hasta qué punto sus insensibles palabras habían perjudicado a sus hijas? Temía que ya conocía la verdad de esa respuesta.

—Aunque eso nos ha disgustado durante mucho tiempo a Mary, Jane y a mí, lo que me ha hecho temer que decida casarme tan pronto como mamá hubiera esperado es cómo la ridiculiza abiertamente. No sólo lo hace en casa, delante de nosotras, señor, sino que también lo hace delante de los demás y ante otros conocidos nuestros —dijo Elizabeth, aunque se ruborizó ante la idea de admitir que su padre poseyera algún defecto. —No me gustaría encontrarme en un

matrimonio así después de contar con su respeto.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par y el corazón empezó a latirle con fuerza en la garganta. Él estaría en su derecho de castigarlas por su falta de respeto, tal vez decirles que no podrían ir al baile, pero ella tendría la satisfacción de saber que había dicho su verdad mientras su familia finalmente rendía cuentas de sus fechorías.

Si el señor Bennet pensaba que eso era estremecedor, le esperaba un disgusto aun mayor, y de una fuente que, en aquel momento, hubiera creído de lo más improbable.

—Es cierto, que como hija de un abogado, mamá no tuvo ninguna educación sobre la administración de una propiedad. No hace ni la mitad de lo que debería hacer una señora, ni usted trabaja para mejorar nuestras perspectivas gestionando adecuadamente Longbourn. De haber tenido algún cuidado, podríamos haber tenido de qué vivir después de que nuestra hermana menor nos arruinara. Después de todo, ¿cuáles serán nuestras perspectivas una vez que ocurra lo inevitable? Usted es negligente con nosotras, excepto con su Lizzy—. La mirada de Jane lo hizo apartar primero la vista, pero su indignación aumentó tras haberlo hecho.

—Jane, no permitiré... —El señor Bennet se vio sorprendido cuando, siguiendo su ejemplo de pedirle a su esposa que no hablara, Jane levantó la mano para pedirle silencio mientras se volvía hacia su madre.

—Y las únicas dos que le importamos somos su egocéntrica hija menor y yo, porque supuestamente somos tan hermosas que cree que puedes vendernos al mejor postor. No voy a ser objeto de trueque a cambio de conexiones, riqueza o su seguridad, especialmente ahora que sabe que se le permitirá quedarse aunque ninguna de nosotras se case bien.

»Una palabra más, madre, una palabra sobre mi belleza física, y me iré a buscar empleo. Le aseguro que me llevaré a Lizzy, Mary y Kitty conmigo. Usted y padre pueden quedarse y manejar la vergüenza que usted y su quinta hija traen a esta casa. Haré lo que deba para asegurar que estén a mi cuidado. Habrá amor por mis hermanas en mi casa, algo que ha sido negado durante mucho tiempo en la suya.

El acero de su voz hacía juego con la ira de sus ojos mientras miraba a cada uno de sus padres. Cuando terminó su advertencia, su pecho se agitaba y sus ojos eran tan grandes que parecía que no sólo había asustado a todos los presentes, sino a sí misma.

Si el señor Bennet pensaba que *eso* era sorprendente, le esperaba un disgusto aún mayor, y de una fuente que hubiera creído incluso menos probable.

Capítulo 5

Elizabeth rompió el silencio. —Bueno, eso se estuvo acumulando durante casi diez años.

—Kitty, has empezado a decir algo más de cinco veces. Es ahora o nunca —dijo Mary mientras miraba directamente a su hermana pequeña.

—Gracias. Lo que más me molesta es que nunca me hablen o se fijen en mí sin que esté atada a Lydia. Usted —Kitty miró directamente a su madre— *me exigía* que la mantuviera ocupada, tranquila y que la divirtiera cuando era más pequeña. Yo no soy su madre. Cuando necesito paz, ella se queja contigo, y usted me dice constantemente que la apacigüe. Es una consentida, y todo lo que puedo hacer es frustrar su insensatez sugiriéndole actividades alternativas para distraerla. Yo, al menos, no estoy ciega ante el hecho de que los oficiales apenas nos toleran, por no hablar de todos los demás miembros de nuestra sociedad, debido a su forma de actuar. Pido quedarme en casa para no estar atada a sus indiscreciones, pero siempre me obligan a acompañarla.

—Kitty, ¡cállate! —Lydia jadeó indignada. —¿Cómo te atreves? —Siseó, con los ojos entrecerrados por la ira cuando Kitty se apartó de ella.

—Ella es a menudo cruel. Casi me ahogo de celos por ti, Lizzy, porque tienes a Jane, y tu abierto desdén hacia nosotras y los intentos de Jane de corregirnos a cada paso me han dolido más de lo que puedo contar—. Kitty miró hacia arriba en un intento de dominarse a pesar del constante torrente de lágrimas en sus mejillas.

—¿Está orgulloso de sus niñas tontas, padre? —preguntó Mary con rencor.

—Nunca lo he estado más —contestó él en voz baja, encontrándose con su mirada aunque ella lo observara con incredulidad.

—¡Ninguna de ustedes estaría diciendo esto si no estuvieran tan celosas, pero Wickham ha prometido casarse conmigo y con nadie más cuando vayamos a Brighton! —Lydia se burló de sus intenciones. —La señora Forster me invitará a mí y no a cualquiera de ustedes. Cuando regrese, seré la señora Wickham, ¡y todas ustedes estarán por debajo de mí en estatus! —exclamó Lydia. —¡O lo habría sido de no ser porque el malvado Sir William lo detuvo como resultado de una estúpida mentira que se inventó el señor Darcy, así que ahora nuestros planes están arruinados!

—¿Qué? ¡Padre, le pedí que no dejara que el señor Darcy siguiera dañando al señor Wickham! — jadeó Elizabeth con justa indignación.

La señora Bennet observaba en silencio la escena que se desarrollaba en su salón. Para ella estaba bastante claro que se había equivocado en algunas cosas, sí, pero saber que sus vecinos no los invitaban a propósito a un evento por culpa de Lydia y su comportamiento explicaba por qué no había recibido más que dos invitaciones en casi medio año y por qué muchas de las que había extendido habían sido rechazadas.

Consideradas individualmente, las razones tenían sentido. Pero el hecho de que, por primera vez, considerara la situación en su conjunto y viera el significado era algo totalmente distinto. ¿Cómo no lo había visto antes? Y sus cuatro hijas mayores no sólo estaban disgustadas, sino enfadadas con ella por presionarlas para que encontraran un esposo, exigiéndoles que fueran asertivas. Las había presionado más allá de lo soportable, y ella tenía que actuar si quería salvar a su familia de tanta aspereza. Pero ¿acaso era demasiado tarde para enmendarse?

—Lydia, cesa o vete a tu cuarto —le exigió la señora Bennet a su hija menor.

La señora Bennet se quedó estupefacta cuando se oyó a sí misma, pues no sólo era el tono más tranquilo en el que había hablado en más de veinte años, sino que era como si de repente se reconociera por primera vez en tanto tiempo. Se preguntó cómo se había perdido tan fácilmente, pero lo dejó a un lado para pensarlo cuando se retirara a descansar.

Se alegró aún más al darse cuenta de que estaba tranquila porque alguien tenía que estarlo y se sintió satisfecha cuando Lydia cesó en su rabieta. Lo que no le satisfacía era que la expresión de su hija menor se recompusiera tan rápidamente. Eso le demostraba que su hija era a menudo melodramática para salirse con la suya. Sus dos hijas mayores llevaban años diciéndole que los berrinches de Lydia no eran reales, sino intentos de manipulación. De eso también se ocuparía más tarde.

—Lo lamento, Kitty —dijo Jane en voz baja mientras se acercaba a Kitty y la abrazaba, una acción que recordaba a lo que haría una madre.

La señora Bennet las observó, intentando recordar la última vez que había abrazado a sus hijas, aparte de Lydia, o la última vez que una de ellas había intentado abrazarla. Le dolió y entristeció que la respuesta no llegara de inmediato.

Por la expresión de la cara de su esposo, la señora Bennet podía ver que él estaba pensando casi lo mismo. Era perturbador que cada uno de ellos hubiera evadido tanto sus deberes y, sin embargo, hubieran estado seguros de que todo en su hogar estaba siendo atendido como era debido. Había mucho que conversar, pero su esposo había iniciado esta reunión, y ella se dio cuenta de que no les había dicho el por qué el señor Wickham había sido detenido.

—Quizás, señor Bennet, ¿podría contarnos qué ocurrió en el pueblo? —sugirió la señora Bennet.

—Sí, eso debe ser discutido, señora Bennet. Será muy angustioso para nuestras hijas, y necesitaremos apoyarlas. No esperaba tal giro en la conversación, y creo que, querida, deberíamos discutir más a fondo las preocupaciones de nuestras hijas para poder determinar el mejor curso de acción. Desgraciadamente, eso tendrá que esperar porque esto no puede retrasarse—. El señor Bennet suspiró pesadamente. —Lizzy, tal vez quieras sentarte, pues creo que esto te disgustará en gran medida, aunque la exhibición de Lydia nos proporcionó cierto entretenimiento.

—No puedo imaginarme por qué —rebatió Elizabeth su insinuación. —Ya me ha dicho que el señor Darcy ha vuelto a frustrar los intentos del teniente Wickham para ganarse la vida —añadió con rencor, pero cumplió sentándose en el borde de una silla.

Alertada por la petición de su padre, y porque Lydia había dicho que el teniente Wickham había sido detenido, Jane se volvió para ocuparse de Elizabeth. Se sintió muy aliviada cuando Mary levantó una mano para indicarle que se quedara con Kitty mientras se movía para colocarse junto a Elizabeth.

Y si el señor Bennet pensó que *eso* era impactante, le esperaba un disgusto aun mayor, y de una fuente que nunca hubiera considerado probable.

—Sir William —empezó a decir, pero fue interrumpido por el resoplido de burla de Lydia.

—Por favor, espere un momento, señor Bennet —le pidió cortésmente la señora Bennet mientras se ponía en pie. —Lydia, ven conmigo.

La señora Bennet acompañó a su hija menor fuera del salón, pidiendo que buscaran a la señora Hill y la acompañara escaleras arriba. Las protestas de Lydia se oyeron por toda la casa, y luego cerraron su puerta para que nadie pudiera oír su histeria.

—El té está listo, señora. Lo traeré —le ofreció la señora Hill a la señora Bennet en la puerta del salón una vez que regresaron.

—Gracias, Hill—. Respondió la señora Bennet mientras volvía al salón, incómoda por la sorpresa con que todos la miraban.

«Siempre soy cortés con la señora Hill, ¿no es así?» Tras pensarlo un momento, ella se sonrojó avergonzada al recordar que su voz resonaba en esta misma sala reclamando sus sales, los frecuentes ataques de nervios tan patentes para llamar la atención como los arrebatos de Lydia.

Aquella reflexión era profundamente humillante, y el hecho de que decenas de aquellos recuerdos afloraran en su mente la ponía casi enferma. Lydia no era la única que necesitaba mejorar. En cuanto a sus propios actos, podía trabajar para controlarlos, y tenía la sensación de que era el primer día en muchos años que se sentía dueña de sí misma.

Una vez preparado el té y cerrada la puerta del salón, la señora Hill le sonrió a su esposo, que también se encontraba en el vestíbulo. Nunca, en todos sus años de servicio, se había sentido más orgullosa de las niñas. Y nunca había esperado que su señora tomara a la más joven en sus manos como lo había hecho aquel día. Era el día que los sirvientes marcaron como el punto de inflexión para los residentes de Longbourn.

—Permítame—. El señor Collins aceptó las tazas que Mary sirvió para él y la señora Bennet, acercando una a la dama. Se colocó a un lado para poder ser de utilidad en caso de que alguna de ellas lo necesitase.

—Espero que ella no estropee otro de tus cuadernos de dibujo, Kitty —comentó Mary al ver la expresión entristecida de Kitty.

—Gracias—. La señora Bennet expresó su agradecimiento al heredero de Longbourn mientras tomaba un sorbo y luego dejaba su taza de té sobre la mesita a su lado. —Cualquier cosa que ella rompa —los ojos de la señora Bennet recorrieron a los presentes. —Lydia deberá pagar por ello. Si es tuyo, Kitty, ella se encargará inmediatamente de reemplazarlo. Quiero una lista de lo que ella ha tomado de cada una de ustedes, incluyendo los objetos que les dije que le dieran. Por favor, sólo incluyan en su lista artículos de estos últimos cinco años, o me temo que estaremos malgastando fondos en lo que ahora nadie usaría o incluso disfrutaría.

La señora Bennet se sintió secretamente complacida por el asombro en la expresión de su esposo. Él estaba solo en un rincón del frente, y ella estaba sola aquí, en el rincón que ocupaba su silla, pero por ese momento estaban en perfecta sintonía el uno con el otro.

El señor Bennet pudo ver que la señora Bennet estaba complacida por haberlo tomado tan desprevenido, y no pudo evitar soltar una risita. Observaron a sus cuatro hijas restantes para ver que en un lado de la habitación, Kitty estaba con Jane, y en el otro Mary se encontraba junto a Elizabeth. Detrás de Mary estaba el señor Collins, que observaba a Kitty y Mary con evidente preocupación.

—¿Puedo proceder, señora Bennet? —preguntó el señor Bennet a su esposa, sin dejar de divertirse cuando ella fingió reflexionar. Estaba agradecido de que ella hubiera aliviado parte de la tensión de la habitación, pues ya temía la siguiente conversación.

—Puede hacerlo. Le pido disculpas por el retraso—. La señora Bennet asintió con la cabeza.

El señor Collins sonrió para sus adentros al observar este primer momento de respeto y armonía que había presenciado entre su primo y su esposa. Aquello no podía ser sino un buen presagio, a pesar de las difíciles circunstancias que sospechaba se avecinaban.

—Gracias, señora Bennet—. El señor Bennet se volvió de su esposa a su segunda hija.

Elizabeth se percató de la gravedad de la situación cuando él no le dedicó una sonrisa socarrona.
—Lizzy, ¿exactamente a cuántos en nuestra sociedad profesaste que el teniente Wickham era la parte perjudicada en sus interacciones con el señor Darcy?

—¡A todo el que quiera escucharme, padre, pues ha sido lastimado por el señor Darcy, y tan gravemente que sufrirá por ello toda su vida! —Elizabeth se defendió de la insinuación de que había hecho algo malo.

—Me temo que en tu afán por acumular más razones para que no te agrade el señor Darcy, le diste al teniente Wickham una oportunidad, y él jugó con tu sentido de la justicia. Comprendiendo que no sería fácil persuadirte de una nueva perspectiva sobre esto, le pregunté a Sir William si podía prestarme la carta que fue el catalizador para convocar la reunión.

»En circunstancias normales, nunca te dejaría leer una carta como ésta, y menos una dirigida a alguien que no sea yo, sin embargo, defiendes vehementemente al teniente Wickham. Incluso ahora lo haces, a pesar de saber que el líder de nuestra sociedad lo ha detenido. Te mantienes firme en tu opinión de que el señor Darcy es el enemigo y mantienes esa postura sin conocer la historia completa. Sir William recibió una carta por expreso esta misma mañana. Venía de Londres, no de Netherfield. Léela en voz alta, Elizabeth—. El señor Bennet se la extendió a su hija.

Por mediación del bufete de abogados Hartwick & Sons
Londres

Sir William,

Le pido disculpas por una acción tan atrevida como enviarle un expreso de alguien que le es totalmente desconocido, pero mi conciencia no estaría tranquila si no le advirtiese acerca de un tal señor George Wickham de Derbyshire.
Cruzando a lo largo y ancho de Inglaterra, el señor Wickham ha reclamado tener una conexión con la familia Darcy de Pemberley. Constantemente deja deudas a su paso, que el actual señor Darcy siempre se ha encargado de pagar. Lo hizo por respeto a su propio padre, quien, decidido a recompensar a su fiel administrador por sus años de excelente servicio, pagó por la educación del joven George Wickham para que pudiera acceder más fácilmente a una profesión.
En la escuela, el señor Wickham (el hijo) se jugó más de cuatrocientas libras, y desde entonces, han sido miles más. Sin duda se preguntarán cómo pudo obtener tal suma para apostar, pero fue bastante sencillo para alguien tan hábil en el arte del engaño. Aunque no me encuentro en Hertfordshire, puedo imaginarme perfectamente que todavía sigue contando la historia de que el actual señor Darcy le negó un beneficio eclesiástico, ya que es poco imaginativo a pesar de creerse muy inteligente.
Recibió tres mil libras en lugar del puesto que le había prometido el señor Darcy padre y, al mismo tiempo, recibió un legado de mil libras, según consta en el testamento del señor Darcy padre. Lo perdió todo en tres años y comenzó a acumular deudas que espera que el señor Darcy continúe pagando por él.
Sólo le pido que ponga en alerta a quienes están bajo su protección. Hay rumores de que él no limita sus pecados a los asuntos financieros que he esbozado, pero como no conozco ninguno de los detalles, no los incluiré aquí. Dejo esta carta sin sellar y se la envío a mi abogado con la petición expresa de que añada cualquier otra transgresión demostrada, para que usted conozca la naturaleza sin escrúpulos de este hombre y pueda tomar las medidas necesarias para mantener a salvo a los miembros de su sociedad.

Gracias por su atención.

Addendum
Despacho de abogados Hartwick & Sons
Londres

Sir William,

El señor George Wickham ha sido rastreado hasta el pueblo del que usted es magistrado o lo había sido en el momento de mi investigación con el abogado de Meryton, el señor Philips.
El autor de esta carta desea permanecer en el anonimato, pero remitió una carta a mis oficinas con el consentimiento expreso de que yo pudiera añadir más pruebas de las transgresiones de George Wickham de Derbyshire. Ejerzo esa libertad para ayudar a la justicia y a mis clientes. Deseamos que sea consciente de la urgente necesidad de aprehender al señor Wickham. Es con permisos separados y preventivos que puedo comunicarle los siguientes detalles.
Si él se está uniendo a la milicia actualmente acampada en Hertfordshire, no puedo sino creer que el señor Wickham debe una gran deuda en una casa de juego o a un individuo de mala reputación que probablemente ahora espera el pago. Esto por sí sólo sería suficiente para condenar al hombre, pero sus pecados son mucho más graves.
No piensa en nada, e incluso podría decirse que se divierte privando a las jóvenes de su virtud. Al igual que con las otras deudas del señor Wickham, el señor Darcy se ha encargado de saldar no sólo sus deudas de honor, sino que ha colocado a más de cuatro de los hijos ilegítimos de Wickham en hogares situados en su propiedad, proporcionando un estipendio a los hogares que aceptan acoger a un niño. Sus madres suelen ser tratadas con la mayor crueldad por sus familias y no sólo son abandonadas por éstas, sino también por el señor Wickham. Así es nuestra sociedad. Además, el señor Darcy, en su infinita bondad, las ayuda a encontrar un empleo.
De la misiva anterior se me ha dado a entender que el señor Darcy se encuentra en Hertfordshire, pero no he recibido de él permiso estricto para proporcionar datos concretos, aunque tengo permiso permanente para declarar lo que es de conocimiento general. El señor Darcy no emprendería tal medida, aunque con toda seguridad, si bien discretamente, pagaría las deudas del señor Wickham a los tenderos y cobraría las facturas para que pudieran seguir en el negocio, que es justo lo que ha hecho durante casi una década. La deuda del señor Wickham con la familia Darcy supera las seis mil libras, aunque el propio señor Darcy no quiere revelar toda la verdad al respecto.
Envío esto a través de un agente encargado de apresar al señor Wickham para que responda por algunos de sus crímenes. Me han dicho que éstos incluyen al menos tres casos de robo a damas que fueron lo suficientemente ingenuas como para dejarlo entrar en sus casas cuando usó el nombre de Darcy para obtener una invitación. Entre estos objetos se incluyen piezas de plata, un collar de diamantes y un reloj, que acabaron siendo empeñados. Sólo puedo suponer que los fondos obtenidos de las ventas se utilizaron para viajar a Hertfordshire y para ayudar en la compra de su comisión.
Espero que comprenda la urgencia de mi petición de ayuda para su detención.

Atentamente,
Alfred Hartwick, Abogado

Capítulo 6

—No puede ser —murmuró Elizabeth mientras sacudía la cabeza.

—Me temo que el hecho de percibir su preferencia por tu compañía ha satisfecho tu vanidad tras los desaires del señor Darcy en la asamblea, querida—. El señor Bennet intentó calmar la angustia de su hija.

—No ayuda que a diario escuchemos que no somos nada comparadas con Jane. Somos dolorosamente conscientes de que no somos hermosas. Si los insultos del señor Darcy hubieran sido dirigidos a Kitty o a mí, nos habrían reducido a lágrimas—. Mary se dirigió a su padre, aunque sus palabras eran para su madre.

—No estoy de acuerdo—. El señor Collins intervino. —No he conocido personalmente a muchas jóvenes, pero creo que soy sincero cuando digo que mis cinco primas son hermosas.

—Entonces, ¿por qué... —Elizabeth había empezado a preguntar por qué él no la había considerado para ser su esposa, pero cuando miró a su primo, vio que su atención estaba fija en Mary. Cuando se interrumpió a sí misma, Elizabeth admitió que Mary era la elección perfecta para él, pues tenía intereses afines a los suyos.

—Aunque reconozco que no se me destaca por derecho propio, le agradezco el cumplido, señor Collins. Exceptuando las afirmaciones de Jane de que lo soy, nadie me ha dicho nunca que soy hermosa —dijo Kitty en voz baja, pero su padre tuvo la impresión de que sus palabras llevaban tanta fuerza que le arrancaban el aliento de los pulmones.

—Eres preciosa, Kitty. Me sorprende que todas seamos tan diferentes en apariencia, pero no hay duda de que eres tan hermosa como cualquiera de nosotras, tal vez incluso más —le aseguró Jane a Kitty mientras apretaba la mano de Kitty, que sostenía entre las dos suyas.

—No hay duda de ello, ¿verdad? —Elizabeth bajó la mirada hacia la carta que aún sostenía.

—Se lo llevaron encadenado los agentes de Bow Street, y dijeron que no se detendrían hasta llegar a Londres y poder encerrarlo como es debido. Al parecer, en el pasado ha recurrido a mentiras y engaños para salir airoso de situaciones similares. El coronel Forster envió soldados con ellos, con los que Wickham tenía deudas de honor. Estos hombres ayudarán a los agentes y se asegurarán de que no se escape esta vez. El coronel Forster estaba tomando notas de sus deudas a los propietarios de las tiendas de Meryton cuando tomé prestado el carruaje de los Lucas y regresé a casa —explicó el señor Bennet.

—¿Por qué iba a permitir el señor Darcy que él continuara perjudicando a los demás y adquiriendo nuevas deudas si sabía que posiblemente arruinaría, tal vez para siempre, el sustento de los propietarios de las tiendas locales? —exigió Elizabeth.

—¡Basta, Elizabeth! —exclamó Jane. —¡Ya basta! Comprendo que te sintieras herida cuando te despreció en la asamblea, pero el señor Darcy *no* es el diablo encarnado. Preferiría que te ausentaras del baile de esta noche si no puedes apreciar que ese hombre ha acogido a niños y ha ayudado a muchos que habían confiado en el señor Wickham para que pudieran recuperarse de sus pérdidas.

—Si eres demasiado testaruda para admitir que el señor Darcy es un hombre de buen corazón, déjame preguntarte lo siguiente, querida hermana. ¿Por qué intervienes constantemente en favor de nuestra madre o Lydia cuando se muestran demasiado entusiastas en compañía de

nuestros vecinos, o por qué suavizas los comentarios cáusticos y cortantes de nuestro padre que dirige al resto de nosotras, aunque él lo llama burlas? Lo haces casi todos los días. Dime, ¿por qué? ¿Por qué no les echas en cara sus crueldades? Dime, Elizabeth, ¿por qué? —preguntó Jane cuando Elizabeth no hizo ningún esfuerzo por enfrentarse a la mirada directa de su hermana.

—No es lo mismo —dijo Elizabeth.

—Tienes razón. No lo es. Los actos del señor Wickham son infinitamente peores que un desaire en una asamblea, los desprecios de nuestra madre o incluso los insultos hirientes de nuestro padre, aunque sean humillantes. Sin embargo, proteges a nuestros padres, así que dime por qué lo haces —exigió Jane.

—Porque son familia—. Elizabeth se secó las lágrimas.

Ella nunca había sido reprendida por Jane, y fue humillante darse cuenta de que había estado tan empeñada en ver al señor Darcy como un villano que le adjudicaba todos los males. Y al darse cuenta de ello, empezó a aceptar que se había equivocado en sus afirmaciones porque su vanidad le había impedido ver con claridad. Era más consciente de lo que debía de ser para Lydia y Kitty que ella estuviera constantemente corrigiendo su comportamiento, a menudo sin apenas compartir otra conversación con ellas en el transcurso de un día.

—Pregúntate, Lizzy, ¿es tan ilógico que el hijo del administrador de su padre haya crecido con él como un hermano? Su propio padre pagó por la educación del teniente Wickham. Sólo eso dice mucho acerca del excelente servicio que el padre de este hombre le brindó. Parece que el difunto señor Darcy se preocupaba mucho por él y lo consideraba como si fuera de la familia -prosiguió Jane, insistiendo en su razonamiento-. «Antes de que comiences a levantar sospechas, no olvides que esta carta fue escrita por otra persona. Es muy poco probable que el señor Darcy favoreciera de repente la intervención directa por primera vez en más de una década en lugar de seguir su patrón bien establecido.

—La mitad superior parece escrita por la mano de una mujer. Tal vez su pasado lo haya alcanzado por fin —dijo Mary mientras estudiaba la carta.

—Creo que me abstendré de ir al baile —susurró Elizabeth mientras parpadeaba rápidamente para dominar sus emociones.

—Lloren todo lo que deseen, primas. Como párroco, llevo en el bolsillo no menos de seis de estos accesorios tan útiles en cualquier momento, más el mío propio, que también estaré encantado de darles a alguna de ustedes en caso de que lo necesiten—. Le guiñó un ojo a Elizabeth mientras le pasaba un pañuelo, y se alegró cuando ella le devolvió una pequeña risa incluso mientras moqueaba.

—Gracias, primo —dijo Elizabeth en voz baja mientras se secaba los ojos. —¿Cuántos de estos ha perdido a lo largo de los años? —Se aferró a la distracción en un esfuerzo por recuperar el equilibrio.

No era difícil llegar a la conclusión de que Jane estaba en lo cierto en sus afirmaciones. Era probable que el señor Darcy y el teniente Wickham hubieran crecido como hermanos, y ella no podía ver otra cosa que el bien que el señor Darcy había hecho para mitigar la miseria que el teniente Wickham había dejado a su paso. Aunque hubiera sido mejor abordar la situación en lugar de reparar los daños causados, ella podía entender que él siempre tuviera la esperanza de que el hombre al que alguna vez pudo haber considerado un hermano se convirtiera en el hombre que su propio padre esperaba que el teniente Wickham llegara a ser algún día.

—Tengo unos cuantos pañuelos, pero mi patrona es previsora y no podría ser más amable. Tiene docenas de modelos sencillos que envía a una de las damas de nuestra parroquia que casi no tiene ingresos —compartió el señor Collins con la esperanza de que les diera a todos

tiempo para asentarse de nuevo antes de enfrentarse a cualquier asunto adicional. —La señora borda mis iniciales en cada uno de ellos y a veces añade un pequeño adorno. Es el servicio que presta a cambio de su alquiler.

—Me siento animado a entregarlos al menor indicio de lágrimas. Por lo tanto, todas mis primas son bienvenidas a tener uno. Como guardo celosamente la privacidad de mis feligreses, nunca podré revelar quién puede tener uno en su bolso o bolsillo, pero en sus viajes, puede que ustedes se crucen con alguien que también tenga uno que lleve mis iniciales. Si se encuentran en compañía de alguien que lo tenga, tal vez encuentren un momento de afinidad cuando más lo necesiten y se vean motivadas a reír en lugar de llorar—. Mientras el señor Collins se explicaba, los sacó con una floritura, haciendo ademán de entregárselos a todas las damas de la sala.

—¿Puedo tomar dos? —preguntó Kitty. —Hace muchos años que no tengo uno propio y, a veces, soy como una regadera.

—Sería un honor—. Él le ofreció dos y el suyo propio. —Tengo otros seis en mi baúl —susurró cuando ella intentó devolverle el tercero.

—Le agradezco su amabilidad, señor—. Kitty lo miró como si fuera su héroe.

Él sonrió suavemente, satisfecho de que ella se hubiera conformado con su amabilidad. Dado lo que él había visto de su bondad, se preguntó si ella preferiría ir a Kent con él. Aprovecharía la oportunidad para conocer mejor su carácter aquella noche, ya que estaba convencido de que todo lo que había visto de ella hasta la fecha no era un fiel reflejo de quién era. Incluso sospechaba que a ella le vendría muy bien pasar un tiempo lejos de su familia para tener la oportunidad de descubrir por sí misma quién era.

—Si mi prima Lydia lo necesita, lo tendrá, pero debo dárselo yo mismo. De lo contrario, no sería una oferta de comprensión de un párroco —bromeó el señor Collins en voz baja, como si se tratara de un gran secreto. Cuando Kitty se echó a reír, decidió que el hecho de que ella lo acompañara a Kent podía ser realmente lo mejor, ya que no la había oído reírse así desde su llegada. Era obvio que las veces que se había reído con Lydia habían sido fingidas, pues su verdadera risa era melódica y suave. —Prima Kitty, ¿está libre esta noche su segundo set? Le he pedido el primero a Elizabeth, he reservado el set de la cena con Mary, y el tercero con Jane, pues ya está comprometida para el primero y el segundo.

—Se lo agradezco, primo, pero me pregunto si es prudente que asista esta noche, dado lo que sé que todos piensan de mí —expresó Kitty mientras un rubor de vergüenza enrojecía sus mejillas.

—Kitty, casi sin ayuda de nadie has evitado que nuestra hermana menor acabara en la ruina. Creo que no te valoras lo suficiente—. La respuesta de Mary fue tanto para calmar como para animar a su hermana menor.

—Yo soy la que habría sido una vergüenza esta noche —dijo Elizabeth en tono seco, acompañado de una débil sonrisa.

—Lo habría sido, que es tiempo pasado, Lizzy—. Jane le sonrió cálidamente a su querida hermana.

—Jane, no sabía que fueras capaz de soltar una reprimenda como la que recibí —Elizabeth se dirigió a lo que probablemente estaba en su mente.

—Todo el mundo se siente molesto a veces, Lizzy. Cuanto más callado es uno, más temibles son sus reacciones cuando le provocan un arrebato. El tuyo nunca será tan grave porque a menudo te desahogas ante pequeñas provocaciones. ¿Y las que no lo hacemos? No te fíes de nosotras —se burló Jane de Mary señalándola no tan disimuladamente con el dedo.

—Qué graciosa, Jane—. Mary puso los ojos en blanco.

—Vamos, Kitty, es hora de prepararse para el baile. Te vestiremos como una joven de diecisiete años en lugar de como la sombra de una joven que no tiene más que quince, suavizaremos el aspecto de Mary y causaremos sensación en el baile al no causar un espectáculo—. Elizabeth se puso de pie y luego rodeó a Mary con su brazo.

—Gracias, señor Collins—. Mary hizo una reverencia antes de que ella y Elizabeth siguieran a Jane y Kitty fuera de la habitación.

—Creo que daré una vuelta por los jardines. No me llevará más de media hora quitarme este traje negro y cuello blanco para ponerme mi otro traje negro y cuello blanco.

Y dejó al señor y la señora Bennet para pasar un tranquilo cuarto de hora para reflexionar sobre la idea de que su prima Kitty también regresara con él a Kent.

—Parece ser, querida, que hemos sido mucho más bendecidos con nuestras hijas de lo que creíamos —dijo el señor Bennet mientras observaba a su esposa desde su posición al otro lado de la habitación.

—Así parece ser, señor Bennet—. Ella miró fijamente a la puerta por la que habían salido sus cuatro hijas mayores.

—¿Señor Bennet, y no Thomas, aunque estemos solos? —preguntó, él haciendo una mueca de dolor cuando los ojos de ella se entrecerraron hacia él. —Eso estuvo mal hecho. Te pido disculpas, Fanny. Sé que no he estado a solas contigo, salvo algunas conversaciones en el estudio, en muchos años.

—Tú eres un extraño para mí. Nuestra hija me informó de que me ridiculizas ante los demás como si yo no tuviera el sentido común de saber que lo haces. Has pasado por alto mis efusiones igual que yo he pasado por alto tus crueldades. Tal vez fuimos demasiado lejos al justificar nuestros comportamientos —dijo la señora Bennet.

—Desde la llegada de mi primo, tienes la costumbre de sorprenderme con tu capacidad de evaluación y discernimiento. No había determinado ni la mitad de bien lo que nos ha llevado a nuestra situación actual —confesó. —Son facetas de tu carácter que nunca me habías revelado en más de veinte años de matrimonio.

—Sí, bueno, no me diste esa oportunidad. Me acompañaste, me presentaste al ama de llaves y luego te encerraste solo. Pasaron algunas semanas hasta que por fin pudiste aceptarme lo suficiente como para... —Parpadeó para ahuyentar las lágrimas.

—Te pido disculpas, Fanny —le ofreció él mientras se sentaba en la silla más cercana a ella.

—Nunca quise aterrizar en tu regazo, señor Bennet. Mi intención era sentarme a tu lado. Esperaba que pudiésemos encontrar suficientes intereses comunes como para mantener una conversación entretenida. Te había visto comprando un libro de poesía en el que a menudo yo había leído un pasaje cuando visitaba la librería. Mi intención era hacer un trueque contigo para que me lo prestaras, con suerte a cambio de mermelada o de la cena del domingo para que no tuvieras que cenar solo. En aquel momento creía en la poesía como alimento del amor y esperaba ser la esposa de un hombre que me amara. Me has hecho pagar esa creencia equivocada cada día con amargura y resentimiento—. Cerró los ojos un momento para fortalecerse.

—Discúlpame, Fanny—. Se calló cuando ella levantó una mano para indicarle que dejara de hablar.

—Ya que aparentemente es un día para la honestidad, señor, dime de quién te alejé. ¿De quién estabas tan enamorado? ¿A quién era yo tan desigual? ¿Quién tenía tu corazón? Llevo mucho tiempo preguntándomelo, porque lo más seguro es que nunca haya sido yo—. La señora

Bennet formuló la pregunta que, hasta ese día, había tenido demasiado miedo de vocalizar. Sintió que sus temores ya no tenían importancia. Pensándolo bien, se dio cuenta de que no era que sus temores no tuvieran importancia, sino que ya no temía la verdad. Necesitaba saber a la sombra de qué memoria había estado todos estos largos años.

Durante un tiempo creyó que se trataba de su amiga Pauline, ahora Lady Lucas. Luego se preguntó si habría sido Samantha, que ahora era la señora Goulding. Durante un tiempo muy doloroso, había pensado que él había preferido a su hermana, ahora la señora Philips, porque ella también había sido una gran belleza. Después de una cuidadosa observación, se había visto obligada a descartar cada posibilidad porque él nunca miraba a ninguna de ellas como si lamentara lo que nunca había llegado a suceder.

—Nunca ha habido otra mujer que me llamara la atención.

—¡Oh, mi Dios de los Cielos! ¿No te parezco atractiva porque prefieres a los hombres? —jadeó horrorizada.

Le resultaba igualmente aborrecible que él hubiera tenido que imaginarla como un hombre cuando estaba en su cama. Parecía que estaba desesperado por evitar la cama de cualquier mujer. Pero sin duda eso explicaba su reticencia y por qué no había acudido a ella en los últimos diez años o más.

La señora Bennet fue sacada de sus pensamientos por la bulliciosa risa de su esposo, que estaba tan abrumado que se estaba riendo a carcajadas. Se reía de ella como si fuera una tonta, cuando estaba hablando muy en serio. No pudo soportarlo ni un momento más, y cuando se levantó, él se levantó con ella y la estrechó entre sus brazos, casi aplastándola con su abrazo.

—¡Oh, Fanny, eres una delicia! —El señor Bennet continuó riéndose.

—No tienes nada que temer de mí. No se lo diré a nadie —replicó secamente la señora Bennet, apartándose de él para poder salir de la habitación antes de enfermarse.

—Querida, ni una sola vez he mirado a un hombre con interés sexual —dijo él mientras intentaba recuperar el aliento. Frunció el ceño al ver que ella apartaba la mirada de él. Tomó su cara entre las manos y la inclinó para poder ver sus ojos y evaluarla mejor. Las lágrimas se habían acumulado en sus mejillas y el dolor que leyó en su interior borró toda alegría, pues le sentó como una fuerte patada en el estómago. —Nunca he querido a nadie más, Fanny, ni hombre ni mujer —y le secó suavemente las lágrimas.

—Entonces, ¿estás diciendo que aunque no destruí por error tu oportunidad de estar con alguien a quien amabas, has sido mordaz y sarcástico conmigo todos los días de nuestro matrimonio porque pensabas que era todo lo que yo valía? Gracias por su honestidad, señor—. La señora Bennet se apartó mientras se derramaban más lágrimas. —Y pensar que estuve a punto de empujar a mis hijas a la misma situación a la que yo me vi obligada, está casi más allá de mi capacidad de soportarlo.

»Jane tiene su corazón comprometido, así que la llevaré al baile. Kitty también tendrá que venir. Si se esconde ahora, puede que nunca se atreva a salir de nuevo. Elizabeth pensará que es imperativo que se disculpe con el señor Darcy, y el baile le dará la oportunidad de ofrecérselo, o no conocerá la paz. Y Mary merece la oportunidad de demostrarnos que nos precipitamos al desecharla. Me avergüenzo de haberlo hecho yo también hasta esta tarde, cuando ella se ha enfrentado a nosotros con tal serenidad, seguridad y fuerza que, por primera vez, ha captado plenamente mi atención. Estoy segura, que preferirá quedarse en casa, señor. Ha sido tu inclinación desde hace mucho tiempo—. La señora Bennet se apartó de él y salió del salón.

Avergonzado por el daño que les había causado a las mujeres a las que amaba y cuyo cuidado era su responsabilidad, Thomas Bennet se dejó caer en la silla de la que minutos antes casi se había caído de la risa. El día había dado muchos giros inesperados y su mente daba vueltas al considerar los puntos críticos.

Era humillante imaginarse lo que su esposa debía de haber sufrido al preocuparse por el hecho de que él amara a otra. Su hija más optimista, Jane, había llegado a perder los estribos. Saber que había pasado por alto a Kitty era vergonzoso en demasiados sentidos. Era una hija a la que había contado en número, pero a la que nunca había considerado como persona. Y Mary, como decía su esposa, había demostrado ser un pilar de fortaleza y era tan hermosa como Jane, pero él tampoco se había fijado en ella.

El ridículo con él que había tratado a su esposa, tanto dentro como fuera de su casa, había marcado tanto a su amada Elizabeth que ella temía contraer matrimonio sin tener la seguridad de que un hombre la amara profunda y duraderamente. La mayoría sabía que esa profundidad de sentimientos sólo solía encontrarse después del matrimonio, si es que llegaba a desarrollarse. Y su mayor fracaso, aparte del trato que le dio a su esposa, fue descuidar por completo a su hija menor y casi presenciar su ruina.

Cada vez que se daba cuenta de algo, su cabeza se hundía un poco más hasta caer en sus manos, y por primera vez en su memoria se echó a llorar. No levantó la cabeza, pero soltó una carcajada cuando sintió la mano de su primo caer sobre su hombro y le apretó un pañuelo en la mano.

Cuando dejó de llorar, vio que su primo ya no estaba con él. Miró al pañuelo y al ver la *W C* bordadas se le dibujó una sonrisa incontenible. Aquella diversión le permitió recomponerse mucho más fácilmente de lo que generalmente sería capaz una persona tan destrozada.

El señor Bennet se puso de pie, firme en su decisión de que le pediría al señor Collins algo de tiempo para mañana. Su intención era ofrecerle el agradecimiento debido a su primo después de que le hubiese asegurado a la señora Bennet que podría quedarse en Longbourn para ayudar a la nueva ama.

De hecho, tenía mucho que decirle a su primo, y el señor Collins había esperado pacientemente a que él se ocupara de los asuntos inherentes al vínculo. El señor Bennet se avergonzaba aún más al pensar que había pasado más de veinte años pensando mal de aquel hombre que había estado solo y había tenido que encontrar su propio camino, una comprensión a la que él debería haber llegado muchos años antes. Y enterarse de que su primo era, en verdad, un buen hombre que hacía la obra del Señor mejor que muchos de los que elegían ese camino era una prueba más de su insensatez al permitir que la ruptura se prolongara tanto como lo había hecho.

El señor Bennet consideró con pesar el hecho de que, en efecto, cada día había algo nuevo que observar, pero él no había sido tan observador como lo había creído.

Tenía toda la intención de acompañar a su esposa y a sus hijas al baile. A esa afirmación le siguió otra, en la que declaraba que le debía a su esposa una gran disculpa. Se quedó pensativo, preguntándose si no quedaría algo entre las joyas de los Bennet que él había guardado para una ocasión especial, pues hacía muchos años que no abría la caja fuerte.

Entró con impaciencia en su estudio, pensando que podría darle el objeto elegido a la señora Hill para que se lo llevara a la señora Bennet y tuviera algo nuevo que ponerse. Esperaba que este detalle probara que estaba comprometido sólo con ella. Al abrir la caja fuerte, se quedó estupefacto al ver que, aparte de las perlas y el anillo que le había regalado a ella el día de su boda, todas las piezas que habían reunido su madre y sus abuelas seguían allí.

Estaba muy avergonzado de sí mismo. Su madre no lo había educado para ser tan mezquino, ni su padre para ser indolente. Era cierto que se había resentido cuando le negaron la oportunidad de seguir estudiando en Cambridge, porque siempre había creído que estaba hecho para ser profesor. Aun así, había sido necesario que aprendiera a administrar un patrimonio para cuando llegara el inevitable momento de heredar.

Cuando murió su padre, se vengó mezquinamente haciendo sólo las tareas absolutamente necesarias, y su vergüenza aumentó de nuevo al aceptar que nunca se había obligado a ir más allá del mínimo esfuerzo. Se había dicho a sí mismo en privado, una y otra vez, que cuando se despertara a la mañana siguiente, empezaría a gestionar la propiedad como debía... siempre mañana. Una promesa que nunca cumplió.

Buscó uno de los collares, pero su mano se congeló sobre ellos al no saber qué pretendía ponerse su esposa. Sacó un collar y unos pendientes de lágrimas de diamantes, un collar y una pulsera de zafiros, y esmeraldas y diamantes a juego en un collar y un pendiente, con la esperanza de que alguno le quedara bien. Mientras cerraba la caja fuerte, juró que en adelante sería mejor administrador, padre y esposo.

***

Al entrar en su habitación, el señor Collins se sorprendió al ver una carta sobre el pequeño escritorio. Aliviado por saber por fin cómo prefería su patrona que él manejara las situaciones de las que le había informado, la abrió rápidamente.

Rosings Park

Señor Collins,

Bien puede imaginarse mi sorpresa al saber que Darcy se encuentra en Hertfordshire. Estoy esperando que nos visite en Rosings Park esta Pascua, y no dude en manifestarle mis sentimientos. Dígale que deseo que me informe de sus planes tan pronto como los haya fijado, pues sólo faltan unos meses. Si usted se encuentra en la situación de recordarle sus deberes para con su familia, hágalo en cuanto se le presente la oportunidad. Ayúdele para que pueda arreglar las cosas lo antes posible.
Supongo que para usted es más evidente cuál de sus primas es la más adecuada para un futuro en Kent. Aunque aún debo dar mi aprobación, creo que no llevará mucho tiempo determinar si usted ha elegido bien. Si usted regresa con dos jóvenes, lo cual prefiero, podré evaluar quién es más adecuada para quedarse. La otra podrá regresar con su familia con nuestro agradecimiento. Como usted traerá a su prima a petición mía, le daré un pequeño estipendio de monedas por sus molestias.
No pierda de vista la fecha, señor Collins. El coadjutor es ansioso en sus deberes, y sus sermones son a menudo más punzantes en su entrega. Para su viaje de bodas, requiero que escriba los sermones antes de su partida y los deje para su reemplazo.
Le ruego que nos visite en Rosings Park tan pronto como llegue, para que yo pueda juzgar si la dama o damas que traiga con usted son de mi satisfacción.

Dos semanas, señor Collins.

El señor Collins consideró la petición de ayudarle al señor Darcy a cumplir con su deber hacia su

familia. Poco podía hacer para aliviar el sufrimiento de la señorita de Bourgh, así que, si podía ayudarla hablándole tranquilamente al caballero, el señor Collins sabía que lo haría sin dudarlo.

Con o sin una introducción.

Capítulo 7

Netherfield Park

El señor y la señora Bennet, Kitty y el señor Collins se dirigieron a un lado del salón de baile una vez que hubieron pasado por la fila de recepción. El señor Bennet miró a su esposa con creciente preocupación, pues ella apenas había pronunciado una palabra desde su partida de Longbourn.

A su llegada, se percató de la sorpresa de los que estaban en la fila de recepción cuando su esposa se limitó a saludar brevemente y en voz baja al señor Bingley. Fue igualmente notable que sólo hiciera un cumplido en voz baja sobre el esplendor general a la anfitriona antes de conducirlos al salón de baile con Kitty del brazo, en lugar de permitir que él la escoltara.

Una vez que ella entró, se dirigió directamente al espacio con mayor cantidad de sombras. Era dolorosamente evidente que agradeció que Lady Lucas y su familia se hubieran situado cerca. La señora Bennet saludó a Lady Lucas y le ofreció una reverencia antes de reanudar su silenciosa vigilia. Él exhaló aliviado cuando su esposa rompió por fin el silencio en el que había estado inmerso su familia.

—Kitty —la señora Bennet se volvió hacia su cuarta hija—, será difícil, pero esta noche quiero que olvides todas las disputas que han tenido lugar hoy. Depende de nosotras causar nuevas impresiones en nuestros vecinos. Debemos presentarnos de la manera que deseamos que nos vean en adelante. Lo mejor y lo peor de vivir en un pueblo pequeño es que nuestros vecinos y amigos nos conocen íntimamente: nos conocen desde hace tanto tiempo que su percepción de nosotros está bien establecida.

—Ojalá pudiera huir y esconderme de quien suponen que soy—. Kitty suspiró.

—A todos nos sucede, mi amor —dijo la señora Bennet.

Cuando el señor Collins se unió a ellos y se encontró con la mirada directa del señor Bennet, vio por primera vez que era bienvenido. Por fin, el señor Collins se sintió a gusto, esperando que aquello lo llevara a ser tratado más como un miembro de la familia que como un huésped no invitado. Aunque técnicamente, si le hubiesen preguntado, habría tenido que admitir que era un huésped no invitado.

Jane, Elizabeth y Mary entraron y, tras echar un vistazo a la estancia, se dirigieron obedientemente hacia sus padres. Se habían quedado un momento más en la fila de recepción para felicitar a la señorita Bingley, que era la única forma segura de ver algo que no fuera una mueca de desprecio en su expresión, a menos que el señor Darcy estuviera cerca.

El señor Bennet observó cómo todos sus conocidos sonreían y elogiaban a sus tres hijas mayores a medida que se acercaban, y nunca se había sentido tan orgulloso de sus hijas. El cambio de actitud de la señora Bennet fue tal que todos los asistentes al baile especularon sobre las razones que había detrás. Sin embargo, las jóvenes siguieron avanzando por el salón como si nada, con la cabeza alta y una sonrisa sincera y cálida.

Se detuvieron cuando llegaron con Charlotte Lucas, ya que su amistad era la más antigua y querida tanto para Jane como para Elizabeth. El señor Bennet no había creído que nada más pudiera sorprenderlo aquel día, sin embargo, se quedó atónito cuando Charlotte besó la mejilla de Mary al igual que Jane y Elizabeth. Charlotte sonrió en un genuino ofrecimiento de amistad y bienvenida.

Era evidente que Charlotte reconocía a *esta Mary*, la joven que le había robado el aliento a la señora Bennet cuando había entrado en la habitación con un vestido rosa pálido de Jane y había revelado que eran casi idénticas en estatura y aspecto. La tez de Mary era un tono más oscuro, lo que la convertía en la imagen misma de la mujer que su esposa había sido cuando era más joven. El señor Bennet podía dar fe de que su esposa era una belleza poco común tanto entonces como ahora. Mary llevaba una cinta enhebrada en su cabello, tirabuzones en las mejillas y el cuello, y su único adorno era la cruz de perlas que su padre le había regalado por su decimosexto cumpleaños.

—Ojalá pudiera hablar con Maria—. Kitty miró con nostalgia al grupo, muy decidida a no precipitarse como lo habría hecho Lydia, pero casi desesperada por hablar con su amiga.

—Sería un honor acompañarte, prima —dijo el señor Collins. Sonrió cuando ella asintió agradecida mientras apoyaba la mano en el brazo que él le ofrecía.

—Kitty—. Maria tomó la mano de Kitty cuando estuvo a su alcance. Imitaron los modales de sus hermanas mayores al saludar, aunque su conversación se desvió inmediatamente hacia la que no estaba presente. —¿Dónde está Lydia?

—Tengo mucho que contarte, Maria, pero puedo decirte que Lydia ya no me tendrá como su cuidadora —le explicó Kitty estando emocionada, aunque en voz baja para que nadie más pudiera oírla.

—¡Es un giro extraordinario de los acontecimientos! —exclamó Maria. A decir verdad, ella también habló para que sólo Kitty pudiera oírla. Las dos habían pasado muchas tardes y noches emulando a sus hermanas mayores cuando Kitty se quedaba en Lucas Lodge una vez que ellas se habían retirado a descansar.

—La verdad es que hoy ha habido mucho tumulto en Longbourn —susurró Kitty. —Confieso que es un gran alivio saber que ahora ella estará estrechamente atendida por toda la familia, excepto por mí.

—Me alegra mucho oír eso, ya que llevamos tiempo preocupados por su comportamiento. Hoy no ha sido una excepción, con el arresto del teniente Wickham —confesó Maria con incredulidad, pues no había ocurrido nada parecido en todos sus años.

—Nosotros, por exigencia de Lydia, habíamos estado en el pueblo. Nuestro padre nos hizo presenciar su arresto, en el que no quiso intervenir a pesar del espectáculo que dio Lydia. Luego nos condujo a casa —explicó Kitty, claramente avergonzada al recordar la exhibición que su hermana había montado en el pueblo.

—Me alivia que se le mostrara la verdad. Mi padre también nos informó de las malas acciones del señor Wickham cuando él regresó hoy a casa. Aunque siempre era tan agradable bailar con él, parece que tenía otros designios para con tu hermana.

—Es fortuito que la verdad saliera a la luz cuando lo hizo, pues sospecho que tienes razón. Su arresto puede haber evitado que mi hermana se comportara de una manera que habría traído vergüenza y consecuencias irrevocables a nuestra familia —dijo Kitty mientras apretaba la mano de su amiga en agradecimiento por la opinión compartida.

—Charlotte, me gustaría presentarte a nuestro primo, el señor Collins —comentó Elizabeth en cuanto el señor Collins se puso a su lado, ya que iban a formar pareja para el primer baile.

—Mis primas hablan muy bien de usted, señorita Lucas. He estado esperando nuestra presentación, particularmente—. El señor Collins se inclinó sobre la mano de Charlotte.

—Dudo que pueda estar a la altura de las amables palabras de Eliza, porque estoy segura de que me ha retratado como todo un ejemplo. Ahora debo compartir la realidad, pues no soy

más que una mujer de Hertfordshire que la quiere tanto como podría quererla una hermana —refutó Charlotte los elogios que estaba segura de que Elizabeth había vertido sobre ella, y riéndose con Elizabeth cuando ésta le rebatió que cada palabra había sido verdad.

—¿Puedo solicitar el cuarto set con usted, señorita Lucas? —preguntó esperanzado el señor Collins.

—Sería un honor, señor—. Charlotte le sonrió.

Elizabeth estaba muy satisfecha con este primer encuentro entre Charlotte y el señor Collins. Sabía que lo mejor sería que mantuvieran una relación amistosa, ya que Mary seguramente invitaría a Charlotte a Kent para una visita ocasional.

Después de completar esta tarea tan agradable, era hora de abordar la tarea más desagradable de ofrecer la disculpa que le correspondía. Tenía la intención de proporcionarle a su amiga un poco de diversión a su costa, ya que Charlotte le había aconsejado más de una vez que sería prudente considerar ambos lados de la historia que el teniente Wickham había compartido con ella. Charlotte también había intentado suavizar sus afirmaciones sobre el carácter del señor Darcy cuando hablaba con sus vecinos.

—Charlotte, necesito disculparme ante el señor Darcy sin causar demasiada vergüenza ni provocar un espectáculo. Además, espero concluir este asunto con él fuera de la vista de la señorita Bingley, pues no deseo atraer más rencores. Recibí más de lo que me correspondía cuando me quedé en Netherfield para ayudar en la recuperación de Jane —le dijo Elizabeth en voz baja. Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par, sorprendida por aquel giro inesperado, y vio como Elizabeth se ruborizaba de vergüenza.

—El arresto del teniente Wickham puso en evidencia que una versión de la historia no crea una verdad —aceptó Charlotte con suavidad.

—Yo misma puse en duda su nombre. Fue muy grave que permitiera que mi opinión se viera influida por las palabras del teniente Wickham, y por eso debo disculparme. No será fácil, pero sé que no lograré calmar mi mente a menos que lo haga. Es, por supuesto, una cuestión de orgullo. El suyo puede ser grande, pero en esto, mi vanidad comprometió mi orgullo —admitió Elizabeth.

—Sólo han pasado diez días desde que rechazaste su oferta de bailar en la fiesta que celebramos en Lucas Lodge, así que tal vez podrías proponérselo —bromeó Charlotte para que su amiga se riera de tan ridícula idea, lo que la ayudaría a tranquilizarse. —Estoy dispuesta a ayudar en lo que necesites.

—Yo también —añadió Jane en voz baja. Sus ojos se abrieron de par en par cuando el señor Bingley entró en el salón de baile y buscó entre los ocupantes, y su rubor se encendió mientras exhalaba aliviada cuando él se movió en su dirección. —Señor Bingley, le agradezco que haya ofrecido un baile a nuestra pequeña sociedad. No puedo imaginarme cuándo se celebró el último en nuestro vecindario—. Jane sonrió cuando él entró en su círculo.

El señor Bingley se asombró al ver el nivel de calidez que podía leer en su expresión, y fue obvio para todos que se tranquilizó cuando estuvo junto a Jane.

—Mamá está preocupada por algo. Iré yo —les dijo Mary a sus hermanas, y luego se dirigió hacia su madre con una sonrisa serena.

—Sé que debería disculparme por no haber visto lo mucho que te pareces a mí en apariencia, hija, pero estaba pensando que tal vez era mejor para ti que no lo hiciera—. La sonrisa de la señora Bennet se diluyó al pensar en lo disgustada que se habría sentido Mary al ser exhibida y alabada como lo había hecho con Jane.

—Madre, por favor, no hagamos esto aquí. Si quieres saber la verdad, me complacería

oírte decir mi nombre sin una pizca de ira —dijo Mary con una sonrisa acuosa.

—Oh, mi querida Mary, por supuesto, serás tú, al final, a quien más odiaré dejar marchar. Parece que no sólo te pareces a mí en apariencia; también compartimos el mismo sentido del humor. ¿Cómo no me he dado cuenta? —La señora Bennet moqueó.

A Mary siempre le había parecido que su sentido del humor era similar al de su padre. Sin embargo, al descubrir que su madre poseía uno, empezó a ver que el suyo estaba más en sintonía con el de ella.

En la casa de los Bennet seguiría siendo motivo de bromas durante bastante tiempo el hecho de que tanto el señor como la señora Bennet estuvieran igualados en inteligencia e ingenio, y ella había optado por mantener este hecho oculto a sus hijas durante tantos años. Pero ese descubrimiento no iba a producirse ese día.

La señora Bennet y Mary sacaron cada una de su pequeña bolsa un pañuelo para la otra, y ambas no pudieron evitar reírse al ver las iniciales W y C artísticamente bordadas en la esquina de ambos pañuelos. La señora Bennet se inclinó y besó la frente de su hija mientras decía algo que nadie más podía oír.

—Estoy de acuerdo—. Mary sonrió. Se guardaron los pañuelos innecesarios y Mary rodeó a su madre con el brazo para que pudieran tomarse de la mano mientras hablaban de las decoraciones. —Madre, tengo una confesión —susurró Mary cuando estuvo segura de que nadie podría oírla.

—No hay absolutamente nada que puedas decirme en este momento que me haga entrar en histeria, Mary. Me resulta muy curioso que digas tener otra más, dadas las verdades que han salido a la luz hoy—. La señora Bennet se rio para sus adentros mientras invitaba a su hija mediana a compartir todo lo que se sintiera inclinada a decirle.

—En realidad sé tocar el pianoforte y cantar casi tan bien como Elizabeth, aunque Elizabeth protesta que he superado su habilidad. Sólo finjo lo contrario para fastidiarte de vez en cuando, sobre todo cuando reprendes a Kitty o a Elizabeth, o si eres demasiado efusiva con la belleza de Jane. A ella le desagrada mucho eso —admitió Mary.

Si alguien hubiera estado observando la escena que estaba teniendo lugar entre madre e hija, se habría quedado asombrado por la intimidad que compartían. Además del cambio de aspecto de Mary y el comportamiento tranquilo de la señora Bennet, ésta se estaba riendo de una anécdota privada con su hija mediana, un espectáculo que nadie había presenciado antes. Si hubiesen estado lo suficientemente cerca para escuchar el intercambio, se habrían sorprendido de su melodía cantarina en perfecta armonía con la de Mary.

—¿Tocarás para mí mañana? —le preguntó la señora Bennet, con los ojos brillantes de alegría.

—Quizás pueda ser persuadida. También compartiré la novela que casi he terminado, pero debes ocultársela al señor Collins —añadió Mary en tono conspirativo. —Dejé a Fordyce hace más de un año por ser un hombre seco y bastante idiota. El relato que estoy leyendo ahora ha causado todo un escándalo, pues el héroe ha besado al objeto de su afecto en el balcón, y ambos están intentando juiciosamente ignorar el hecho de que fue una experiencia bastante placentera. Creo que lo disfrutarías —se burló Mary mientras tomaba el brazo de su madre.

—Estoy segura de que ayer te vi con los *Sermones de Fordyce*—. Los ojos de la señora Bennet se entrecerraron confundidos hacia su hija.

—Hace tiempo que tengo un segundo libro más pequeño, el que estoy leyendo en realidad, convenientemente metido en el libro de las incoherencias de ese idiota. Guardo la novela en el bolsillo grande del delantal y la saco de detrás del texto más grande—. Mary le

guiñó un ojo a su madre de forma conspiradora.

Los primeros acordes de la pequeña orquesta indicaron que pronto comenzaría el baile. Mientras el señor Bingley conducía a Jane hacia el baile, sus miradas no se apartaban la una de la otra y sus sonrisas eran igualmente radiantes.

Cuando el señor Darcy fue seguido por la señorita Bingley, los espectadores no pudieron evitar divertirse ante la disparidad de sus expresiones, pues él estaba frunciendo el ceño, mientras que ella sonreía como si le hubieran propuesto matrimonio. Los Hurst fueron los siguientes en la fila, y tras ellos se fueron colocando el resto de las parejas.

Para sorpresa de la señora Bennet, Mary fue llevada por el capitán Saunderson. Era la primera vez que veía a su hija bailar el set de apertura. Si le hubieran preguntado, habría tenido que admitir que era la primera vez que veía a su hija bailar gustosamente.

—Quiero disculparme en nombre del regimiento ante su familia, señorita Mary —le dijo en voz baja el capitán Saunderson mientras giraban en un círculo.

—Es una situación que usted no provocó. Del mismo modo, yo no estaba directamente implicada —replicó Mary, con la esperanza de tranquilizarlo.

—Sin embargo, usted me mira con recelo cuando nunca le he hecho daño a otro ser en toda mi vida, así que me pareció necesario disculparme.

—Mis disculpas, capitán—. Mary se sonrojó.

—Le agradezco que no haya vuelto a rechazarme—. El capitán Saunderson le dedicó una pequeña sonrisa mientras dejaba caer el tema, y ella se ruborizó de placer mientras sonreía a su vez.

—Sé que debería disculparme con usted por haberlo hecho antes, pero estaba muy decidida a no mostrarle a todo el mundo que un oficial me había hecho girar la cabeza —admitió Mary. —Y no quería que usted pensara que yo era como mi hermana menor.

—Eso no sería posible, señorita Mary. Sus ojos delatan que es usted demasiado inteligente para que su cabeza se incline hacia la insensatez. Era por eso que esperaba pasar tiempo hablando con usted. Disfruto de la conversación franca y del debate filosófico, lo cual les hemos oído decir a usted, a sus hermanas mayores y a la señorita Lucas en más de una reunión. Y confieso que me intriga mucho saber por qué ocultaba su belleza y se vestía como una dama de compañía -la desafió-, aunque me complace ver que ya no lo hace. Es usted tan hermosa. Al verla casi me quedo sin aliento.

—Es sorprendente que usted no vea sólo la belleza obvia —dijo ella. Se alegró cuando él se rio, pero se preocupó cuando llamó la atención de los que estaban bailando.

—Oh, usted es la perfección, señorita Mary. Pero, por desgracia, estamos condenados a ser enamorados separados. Yo voy a la guerra, y usted va a hacer una sensación. Es demasiado prometedora para no hacerlo—. Suspiró dramáticamente.

—¿Una sensación? ¿De verdad lo cree? No puedo esperar a tener a todos los dandis cayendo a mis pies, así podría usarlos para pisar y alcanzar ese libro en el estante de arriba que he estado deseando leer—. Puso los ojos en blanco.

Por segunda vez, el capitán Saunderson soltó una carcajada lo bastante fuerte como para llamar la atención. Eso alertó a casi todos los hombres solteros de la sala, pues no hay nada tan tentador como una mujer hermosa con sentido del humor. En realidad, no es necesario que sea abiertamente bella si tiene sentido del humor, porque todos los hombres saben que la apariencia se desvanece. Una mujer ingeniosa puede retener la atención de su esposo mucho más tiempo

que una que es simplemente hermosa.

A la señorita Mary le habría hecho gracia saber que su padre estaba contemplando con horror el verdadero revuelo que ella estaba causando en su sociedad. No perdía el tiempo preguntándose cuántos pretendientes tendría su hija mediana al día siguiente. Se daba cuenta de que serían más de los que su propia sala podía albergar cómodamente. Le habría sorprendido aún más saber que su esposa estaba al mismo tiempo observando a su hija mediana y pensando: «Esa es mi niña.»

—Señorita Mary, permítame que sea directo, ya que usted parece tener los medios para soportarlo—. El capitán Saunderson contuvo la respiración mientras esperaba su reacción. Exhaló aliviado cuando ella asintió para que continuara. —Espero que me permita escribirle mientras estoy en el continente y en combate. Algunos hombres de nuestro batallón y yo hemos solicitado el traslado a los Regulares porque no podíamos quedarnos en casa en la milicia cuando tantos están en guerra. Sólo tengo un hermano que es un corresponsal desleal—. La estudió esperanzado.

—Pero no tenemos un compromiso, señor—. Mary se ruborizó.

—Cierto, pero el coronel Forster me cortaría la cabeza si pensara que le estoy pidiendo que me espere, ya que nunca hay certeza de que uno regrese de la batalla, y los que lo hacen rara vez son el mismo hombre. Por ahora, busco a alguien más parecido a una prima con quien mantener correspondencia que a una futura esposa.

»Usted tiene cuatro hermanas, pero ningún hermano, y yo tengo sólo un hermano, pero ninguna hermana. Mucho antes de esta noche yo ya sabía que usted era la mujer más interesante en la sala. También creo que ambos seríamos excelentes y confiables corresponsales el uno con el otro, al menos hasta donde la guerra lo permita. Me mantendré firme en mis misivas hasta que, por supuesto, su esposo le pida que ponga fin a nuestra correspondencia. Sólo avíseme cuando esté comprometida, por favor. De lo contrario, pensaré que algo le ha ocurrido y me preocuparé.

—Parece que usted ha pensado mucho en esta petición.

—Tenía muy claro que iba a hacerla, ya que llevo más de un mes intentando hablar con usted. Sus tácticas y su habilidad para la evasión han sido muy divertidas. Después de cada noche que nos hemos encontramos en compañía, me pregunto cómo ha conseguido evitarme de nuevo, y aunque su habilidad ha resultado ser impresionante, también ha sido una fuente de frustración. Estaba decidido a descubrir esta noche si mi esperanza era en vano o si pudiera ganarme su amistad, aunque admito de buen grado que la petición es inusual. La guerra hace que un hombre esté sumamente agradecido por aquellos amigos que puede reclamar.

—Podemos solicitarlo a mi padre, capitán —dijo Mary, aceptando el plan, a la espera de la aprobación de su padre.

Ella no le había solicitado nada a su padre en todos sus años, y tener la oportunidad de darle noticias, diversión y amistad a un hombre que iba a la batalla era una oferta de consuelo a la que no podía negarse. Ya sabía que le escribiría todas las semanas. Las conversaciones silenciosas que se había imaginado cuando ambos intercambiaban miradas desde el otro lado de una habitación eran la prueba de que deseaba compartir sus pensamientos con él como nunca lo había hecho con otra persona.

A Mary le habían intrigado sus continuos intentos de captar su atención. En aquellos momentos, deseó que su hermana hubiera sido menos coqueta. Los peligros para su propia reputación siempre le habían impedido permitir que esas conversaciones tuvieran lugar, pero eso no le impedía desear que se produjeran. Y aunque sabía que no había garantías para el futuro, le complacía que él encontrara en ella a alguien tan interesante e intrigante como ella pensaba que

era él. Aquello no podía ser sino una base excelente para una amistad. Mary sólo se dio cuenta entonces de que el set estaba terminando demasiado pronto para su gusto.

—Gracias, señorita Mary—. El capitán Saunderson sonrió mientras la conducía al lado de la sala donde se encontraban sus hermanas.

—¿Puedo atreverme a pedirle algo, capitán? —preguntó ella, mirándolo con evidente diversión.

—Espero de todo corazón que sí—. Él sonrió.

—Pídame el set de cierre para que se sepa que tenemos una conexión. Se verá que nuestra conversación no tiende a un apego romántico, ya que usted se divierte conmigo más de lo que un amante enamorado se divertiría con su hechicera—. Ella sonrió pícaramente mientras hacía su petición, quedando bien satisfecha cuando la risa del capitán resonó en el casi silencioso salón de baile.

—Si tiene libre el último baile, señorita Mary, ¿puedo reclamarlo antes de que lo haga otro bribón? —preguntó con una floritura de la mano y una reverencia que hizo reír incluso a sus hermanas, primo, amigas y padres.

—El set es suyo, aunque debo advertirle que si se me acerca un gran bribón, no tendré más remedio que bailar con él —respondió Mary mientras agitaba las pestañas.

—No esperaría menos, pues los grandes bribones siempre se llevan a la chica—. El capitán Saunderson le guiñó un ojo mientras le soltaba la mano, y luego se alejó para reclamar el set que le había pedido a la señorita King.

—El secreto ha salido a la luz, hermana, porque aquí vienen los hombres clamando por un baile contigo. Tal vez deberías haber evitado hacer que se riera tan a menudo como lo hiciste —observó Elizabeth juguetonamente.

—No es culpa mía que él sea un hombre fácil de entretener—. Mary frunció el ceño con dramatismo. Suspiró indignada cuando la risa clara y brillante de Elizabeth llenó su pequeño espacio. —No me ayudas a disuadirlos, Lizzy —resopló Mary.

—Vaya, Mary, ahí vienen —susurró Charlotte, riendo en voz baja con las otras cinco damas de su círculo.

¿De verdad Mary estaba atrayendo la atención de todos los hombres presentes? Tal vez sólo Charlotte y Jane, y tal vez su madre, habrían predicho semejante giro si hubiera habido tiempo para considerar la aparición de Mary en Longbourn, aturdiendo a todos los presentes con su belleza y su llegada esta noche.

Elizabeth y Charlotte estaban juntas entre el tercer y el cuarto set cuando, aparentemente de la nada, el señor Darcy se acercó lo suficiente como para invitar a Elizabeth a bailar.

—Acepto —contestó Elizabeth mientras hacía una reverencia, comprendiendo que ella no había merecido más que la brusca inclinación de cabeza con que él había reconocido su respuesta antes de alejarse.

—Él te ha hecho un gran cumplido —le recordó Charlotte.

—Sí, y no puedo adivinar el motivo.

—Vamos, Eliza, no te hagas la ingenua cuando todos sabemos que eres una criatura inteligente. ¿Querrías bailar con la impertinente y sarcástica señorita Bingley, o preferirías a la mujer que ha desafiado tus opiniones argumentando lo contrario? Por lo que has admitido, has tenido varios debates bastante agradables con él, ¿no es así? Decidir entre una mujer que invita a sonreír y otra que provoca la intensa necesidad de huir de su presencia es una elección fácil. No te hagas la tímida, Elizabeth. Aparte de la incivilidad general mostrada en la asamblea,

pregúntate por qué su desestimación te causó tanto agravio.

—No sabría decirlo—. Elizabeth se sonrojó, y Charlotte se inclinó más hacia ella para asegurarse de que sólo su amiga oyera lo que tenía que decirle a continuación.

—Estoy de acuerdo en que no puedes comentarles a todos que se te aceleró el corazón cuando sus ojos se cruzaron con los tuyos, pero yo estaba a tu lado y oí cómo te faltó el aliento. Y él sólo te miró a ti mientras caminaban por el salón. Imagínate su frustración por haberse fijado en ti, sólo para creer que tu incentivo para hablar con él sería probablemente su situación. Al fin y al cabo, la discusión sobre sus diez mil libras al año ya corría como la pólvora por toda la sala.

»Él no sabía que no te dejarías influir por la riqueza o las conexiones. Sé amable con él, Eliza. No sabes cuáles son sus dificultades: los hombres de su riqueza y estatura deben defenderse de muchas señoritas Bingleys. ¿No es lógico que él espere deleitarse con tu naturaleza juguetona y tu bondad innata?

—Charlotte, no es justo que me persuadas de que podría gustarme justo antes de bailar con él. Su aspecto atractivo le da suficiente ventaja—. Elizabeth frunció el ceño con severidad hacia su amiga, lo que provocó que las dos se rieran libremente ante el fingido descaro de Elizabeth.

Mientras tanto, al otro lado del salón de baile

—Perdone que le imponga mi introspección. Sólo tengo las mejores intenciones al romper con el decoro. William Collins a su servicio, señor Darcy. Soy el párroco a quien su tía, Lady Catherine de Bourgh, concedió el beneficio eclesiástico en Kent y me complace decir que, al menos cuando dejé Rosings Park, todos los residentes gozaban de tan buena salud como es de esperar. Soy huésped en Longbourn y quería tener la oportunidad de decir, con toda honestidad, que mi prima Elizabeth se ha sentido muy afligida por haber creído los cuentos que el señor Wickham dijo sobre usted.

El señor Collins tuvo que morderse la lengua para no reírse, pues la tía de Darcy era mucho mejor que su sobrino a la hora de mirar fijamente a alguien hasta el punto de que se sintiera insignificante. Después de haber soportado el ceño fruncido de Lady Catherine durante todo el tiempo que llevaba como párroco, el ceño fruncido de Darcy le resultaba cómico. Admitió que era un valiente intento, y que cualquiera que no estuviera acostumbrado a ser escudriñado por su tía temblaría ante él, sin duda.

—¿Usted se interesa mucho por las preocupaciones de la señorita? —le preguntó bruscamente el señor Darcy.

—Así es, señor. Habiendo observado a las señoritas Bennet durante esta visita con mi familia, he visto que son excepcionalmente buenas de corazón. Soy de la opinión de que todas mis primas son extraordinariamente hermosas, aunque es bien sabido que usted encuentra a mi prima Elizabeth meramente tolerable. Aun así, estoy seguro de que a ella le agradará tener la oportunidad de disculparse por creerlo capaz de crueldades que no cometió. Le imploro que la escuche, aunque sólo sea por obligación. Tener la oportunidad de desahogar su conciencia aliviará enormemente su angustia—. El señor Collins hizo una leve reverencia al señor Darcy e hizo ademán de marcharse.

—Dios santo, ¿ella escuchó eso? —preguntó Darcy, y su expresión de sorpresa se transformó rápidamente en preocupación.

En lugar de permitir que pareciera que Darcy estaba hablando solo, aunque así era, el

señor Collins se volvió de nuevo hacia él. Dada su proximidad, siguió la mirada de Darcy y vio cómo el hombre observaba a Elizabeth conversando con la señorita Lucas. El señor Collins se percataba de cuando la expresión de Elizabeth mostraba su angustia, porque el señor Darcy se tensaba por reflejo. Y era igualmente evidente cuando ella parecía contenta con la conversación, porque él se relajaba.

¿Acaso no era esa una interesante observación que, si se enfocaba con exactitud, podría servir para ayudarle a la señorita de Bourgh con sus deseos, aunque entraran en conflicto con las esperanzas de su madre? En esos casos, él creía que los deseos de los contrayentes eran más importantes que los de sus parientes.

—He llegado a comprender que, al igual que sus hermanas Mary y Jane, la prima Elizabeth es indulgente, verdaderamente amable, observadora y capaz de animar el ambiente cuando entra en una habitación. Cualquier hombre sería realmente afortunado si encontrara su casa llena de una melodía como su risa—. El señor Collins notó cuando el sonido de las dos damas riéndose a poca distancia de ellos los invadió.

—¿Excepto usted? —lo cuestionó Darcy.

—Mi interés está comprometido de otra manera, pero eso es afortunado para mi prima y para mí. Aunque yo la favoreciera, creo que es muy poco probable que el tierno cariño de la prima Elizabeth recayese en mí. Al ver a mi prima incluir tan fácilmente en la conversación a todos los que están cerca de ella, y en su manera natural de tratar a la gente, creo que no puede sino estar destinada a un matrimonio que le daría a un hombre tranquilo la capacidad de encontrar su voz, de ser el instrumento para que disfrute de cualquier compañía, aunque no le sean conocidas.

»Aunque sus dones serían una ventaja como esposa de un párroco, yo querría que mi prima pudiera brindarle su amor a una familia que realmente necesitara su vivacidad para ayudarles a encontrar las alegrías de la vida. También somos muy distintos en nuestros gustos literarios y, por tanto, en los temas de conversación que nos resultan estimulantes. Los debates que ella prefiere entablar son más variados de lo que permiten mis intereses. Por si fuera poco, reconozco que tampoco soy su igual en ajedrez. He visto cómo se enfrentaba a su padre y creo que si jugáramos juntos yo no sería un buen contrincante para ella —explicó el señor Collins en voz baja.

—¿Ella juega al ajedrez? —preguntó el señor Darcy, emocionado por saber esto de Elizabeth.

—Y le encanta leer, desde poesía hasta textos sobre agricultura y filosofía. Si me disculpa, he estado esperando ansiosamente la cena, ya que podré discutir con la prima Mary la maravilla que es el discípulo Lucas. Creo que su historia es una de las que muchos deberían tener en cuenta a la hora de pensar en sí mismos por encima de los demás, pues nadie que camine sobre la tierra está libre de culpa. El truco, he aprendido, es rodearnos de personas que nos animen a ser la mejor versión de nosotros mismos y encontrar la que mejor nos complemente, ¿no es así, señor? —El señor Collins le hizo una pequeña reverencia a Darcy y luego se alejó.

Darcy vio cómo el señor Collins se acercaba al lado de su prima Mary, contemplando la verdad de que nadie estaba libre de culpa. Vio cómo él extendía el brazo para acompañarla a la pista. Aunque tenía que estar de acuerdo en que la señorita Mary era realmente una belleza, Darcy pensó que el hombre estaba loco al centrar su interés en ella y no en Elizabeth, hasta que la vio riéndose. En ese momento, ella estaba tan vibrante, sin favorecer ni a la señorita Bennet ni a Elizabeth, pero de alguna manera impregnada con la esencia de ambas, que tuvo que reconocer que el hombre no era en absoluto insensato.

Darcy volvió a dirigir la mirada hacia Elizabeth. Las razones por las que había decidido pedirle a ella el set de la cena eran dos. En primer lugar, sabía que disfrutaría de la conversación con ella sin importar el tema. Segundo, podría evitar cualquier posibilidad de verse obligado a sentarse en la cena con la señorita Bingley. Si ambos estaban presentes, él siempre se aseguraba de sentarse lo más lejos posible de ella. Si bien era cierto que la encontraba insufrible, la cantidad de perfume que ella se aplicaba hacía que el aire a su alrededor resultara empalagoso, y era difícil respirar cuando estaba sentado a su lado.

Después de días y días de soportar a la señorita Bingley atrapado en la casa a causa de la lluvia, incluso las efusiones de la señora Bennet serían un cambio bienvenido. Aunque le resultara difícil, sería de gran importancia para él aprender a contentarse en su compañía si iba a casarse con Elizabeth.

¿Casarse con Elizabeth? Esa misma mañana había decidido que era imposible debido a sus conexiones comerciales. Además, su familia no respetaba ni las más elementales normas de decoro.

El señor Darcy examinó a la multitud en busca de la familia de la joven para fortalecer sus muros de defensa, que se habían resquebrajado al ver a Elizabeth riéndose mientras hablaba con su amiga. Se sorprendió al comprobar que ninguno de ellos se comportaba de manera indecorosa, sino que, por el contrario, eran la viva imagen del refinamiento.

Entonces sus ojos traicionaron su intento de encontrar defectos, pues volvieron a desviarse hacia Elizabeth. Ella se había desplazado varios pasos, y el ángulo desde el que la vio la situaba frente a un candelabro, envuelta en un círculo de luz. Seguramente ni el mismísimo Dios habría sido capaz de señalársela con más claridad.

Las palabras del señor Collins resonaron entonces en su mente. Elizabeth no sólo le ayudaría a un hombre callado a encontrar su voz, sino que con ella aprendería a disfrutar en cualquier situación social. No podía pasar por alto que ya la conocía como una excelente conversadora, consideración que Collins también le había confirmado. Su vivacidad y generosidad de espíritu lo equilibrarían en todos los sentidos.

Mientras el señor Darcy contemplaba a Elizabeth rodeada por la luz de las velas, su futuro se aclaró de repente. Exhaló lentamente, pues su camino le había sido revelado y sabía cómo debía actuar.

Capítulo 8

El señor Darcy se sintió aliviado cuando la orquesta les indicó que se pusieran en fila para el set de la cena. Se acercó a Elizabeth, con el corazón latiendo al ritmo de la esperanza, y casi gimió de placer cuando ella posó su mano en el brazo de Darcy y él la guio hasta el lugar que les correspondía, junto a Bingley y su hermana Jane.

Al saludarse mutuamente y saludar a aquellos con los que iban a compartir aquel placer, Darcy se sobresaltó al ver el cambio de actitud de Jane. Si no la hubiera estado observando cuando se giró para saludarla, no habría visto que su sonrisa se tornaba juguetona cuando miraba a su hermana, se convertía en una sonrisa cortés y amable para él y luego se impregnaba de calidez cuando miraba al señor Bingley. Los cambios eran sutiles, y él se sorprendió al descubrir que ella era como él, salvo que su máscara era agradable donde la de él era adusto. Y al igual que él, la verdad estaba en sus ojos, pero sólo si ella le permitía verlo.

Contemplaba esa idea cuando empezó el baile, y fue más de un minuto después cuando Elizabeth abrió la conversación al levantar la vista para encontrarse con sus ojos. Se le hundió el estómago ante su distante frialdad, ya que ella estaba influyendo en su actitud cuando a él le apetecía disfrutar de su calidez.

—Por lo que usted mismo ha admitido, tengo entendido que evita bailar, señor Darcy, pero creo que debemos conversar—. Darcy le aseguró que lo que ella deseara que él dijera, sería dicho. —En realidad, señor, aunque me doy cuenta de que usted hubiera preferido bailar con Jane, le agradezco la oportunidad de disculparme.

—No hubiera preferido bailar con su hermana cuando puedo tener el placer de bailar con usted.

—Pero estaba tan segura... —Ella lo miró sorprendida, y sus palabras se desvanecieron ante la profundidad de la expresión con la que él la miraba.

—En cuanto a la oportunidad de disculparse, espero que me permita ofrecerle una disculpa que le debo desde hace tiempo. Por otra parte, usted no tiene nada por lo que deba disculparse, señorita Elizabeth—. Frunció el ceño cuando la expresión de ella se mostró molesta por su afirmación en lugar de aliviada. —Entonces volvamos nuestra conversación a las disculpas y busquemos claridad antes de abordar la filosofía antigua. Creo que ambos hemos cometido errores de juicio, aunque la mayor transgresión está, por supuesto, de mi lado—. Él mantuvo la respiración mientras esperaba su respuesta, rezando por haber dicho lo correcto esta vez.

—La filosofía antigua requiere debate, y no hay mejor lugar para hacerlo que un salón de baile —replicó ella, con los ojos encendidos por la risa.

—Exactamente —concordó él. Se separaron unos pasos, y él conversó un momento con la señorita Bennet sobre el número de parejas y el tamaño de la sala antes de volver con Elizabeth. —No creo que usted tenga realmente motivos para disculparse por nada, señorita Elizabeth, pero le ruego que me ofrezca cualquiera que pueda aliviar su actual angustia. Entonces yo podría disculparme por mi detestable comportamiento en la asamblea.

—Pero sí debo disculparme con usted, señor. En mis conversaciones con otros durante estas últimas semanas, intenté persuadirlos para que lo vieran como un villano. Me he humillado a conciencia y he demostrado que no soy un gran juez del carácter, aunque había estado segura

de mi capacidad para esbozarlos. Puede que usted no sea el más afable de los hombres, aunque incluso en esto, ahora me está demostrando desobligadamente que me equivoqué en mi valoración. Aunque al principio usted se mostró estoico y reservado, no se merecía mis intentos de poner a los demás en su contra. Independientemente de que usted sea afable o no, mi vanidad herida no era excusa para difamar su carácter, ya que es seguro que usted no es un villano. O, si lo es, no es de la clase que yo le he acusado de ser. ¿Existe, por casualidad, otro aspecto de su carácter al que se aplique ese rasgo que me permita aliviar un poco mi vergüenza? —preguntó esperanzada.

El señor Darcy se sintió tan sorprendido por su giro en la conversación que soltó una carcajada que les hizo errar un paso en su baile. Ella esperó, con una sonrisa coqueta y una ceja arqueada, y le siguió la corriente impecablemente cuando reanudaron el baile.

—¿Has estado bebiendo? —le preguntó Bingley en un abrupto susurro cuando se acercó con Jane.

—Mis disculpas, Bingley—. Darcy le sonrió a su amigo sin arrepentirse mientras le entregaba a Elizabeth con destreza, al tiempo que tomaba con delicadeza la mano de Jane.

—Veo que por fin ha llegado a comprender una de las características de mi hermana que yo más aprecio, señor —le dijo Jane en voz baja mientras él los guiaba hacia su giro, y Darcy se sorprendió al ver que ella le sonreía cálidamente.

—En las últimas semanas, he descubierto que hay muchos aspectos del carácter de su hermana que aprecio, señorita Bennet —respondió él con una expresión igualmente cálida y abierta. —Y me complace que mi amigo haya encontrado por fin a la única mujer que puede ser más amable que él.

—Sus halagos no le llevaran a ningún lado conmigo, señor Darcy. Su fama de melancólico es un gran defecto para mí —le advirtió Jane juguetonamente. La carcajada de Darcy tomó por sorpresa a los que estaban cerca. —Desista, señor Darcy, pues hará que la gente piense que usted es una persona amigable, cuando se ha esforzado tanto por establecer una reputación de adusto y taciturno.

—Su hermana se estaba lamentando precisamente de lo mismo. Bingley tiene suerte de haberla encontrado a usted antes que alguien más, exceptuándome a mí, por supuesto—. Sonriendo, Darcy le devolvió a Jane a su amigo, satisfecho de que Elizabeth volviera a estar a su lado.

—Señor Darcy, no puede estar sonriendo a cada paso, eso sólo lo hará parecer accesible, y tendrá que relacionarse con personas que ahora son bastante conocidas para usted—. Elizabeth suspiró exasperada, ganándose de nuevo su sonrisa.

—¿Quizás podamos descubrir si tengo un aspecto de villano en mi carácter mientras cenamos juntos? —le sugirió Darcy, con el pecho lleno de orgullo cuando Elizabeth se rio.

—Eso sería de lo más caballeroso —aceptó Elizabeth mientras lo miraba divertida, asombrada de su entusiasmo por la plática tan agradable. —Pero, por favor, debe fruncir el ceño con severidad para que la señorita Bingley deje de fulminarme con la mirada como si yo estuviera tratando de arrebatarle su puesto de favorita.

—Ella es mi persona favorita a evitar—. Darcy no se molestó en controlar su sonrisa cuando ella volvió a reírse mientras lo miraba.

—Esa es una verdad que nunca le reprocharía. Tendrá que hacerlo mucho mejor durante la cena si queremos descubrir su verdadera propensión a la villanía", se burló.

—Me esforzaré al máximo, señorita Elizabeth, pero en este momento estamos disculpándonos, y es mi turno—. El señor Darcy respiró lentamente y se puso serio.

—Eso no es necesario, señor. Creo que hemos superado nuestros malentendidos iniciales—. Elizabeth no hizo más que intentar ayudarlo a tranquilizarse, pero vio que su expresión se volvía estoica, como si lo que él estuviera a punto de comunicarle fuera un tema difícil.

—El hombre que fue detenido ha sido durante mucho tiempo la cruz de mi existencia. Intentó vengarse de mí por un perjuicio imaginario manipulando a mi hermana, y desde entonces ella está desconsolada. Yo estaba sin ánimos el día que la dejé para unirme a Bingley en Netherfield. En cualquier caso, negarme a invitarla a bailar e insinuar que sólo era tolerable fue imperdonable. Estoy profundamente avergonzado de mis acciones y palabras, pero, aunque usted hubiera sido Helena de Troya, yo, lamentablemente, hubiera hecho lo mismo. Le pido disculpas, señorita Elizabeth, aunque la transgresión fue, es, imperdonable —le ofreció con seriedad.

—¿Intenta decirme que no debo perdonarlo, o espera que lo perdone por hechos que ahora tacha de imperdonables? Se lo pregunto porque creo que nos hemos confundido intencionadamente el uno con el otro, ya sea deliberadamente o porque recién nos conocíamos. Me sentiría agradecida de que tales malentendidos terminaran, de modo que pudiéramos ser afables, tal vez incluso amistosos, el uno con el otro, si es que nuestras esperanzas para Jane y el señor Bingley se hacen realidad —lo desafió con una pequeña sonrisa que él se vio inducido a corresponderle.

—Es muy posible que usted haya malinterpretado mi carácter, madam. Debo admitir, sin embargo, que nunca había disfrutado tanto de una conversación con una persona recién conocida como con usted —admitió, y su expresión se suavizó al aliviarse el peso de lo que tenía que decirle. —Estaría agradecido de recibir su perdón, Elizabeth, aunque no me lo merezco.

—Se lo concederé si a cambio usted hace dos cosas por mí —dijo ella, volviendo a esbozar una pequeña sonrisa.

Cuando ella arqueó una ceja hacia él, quedó atrapado en la maravilla que era Elizabeth Bennet. Su talento para tomarle el pelo lo había sorprendido más de una vez, incluso cuando ella había rechazado su petición de bailar en Lucas Lodge. Ya sabía que, por el mero placer de que ella se burlara de él y en agradecimiento por la audacia que demostraba, le concedería todo lo que le pidiera.

—No tiene más que decirme cuáles son—. Él hizo una leve reverencia.

—Es precisamente por este tipo de respuestas por las que debo protestar durante la cena, pues no se prestan a la villanía, señor. Sin embargo, por ahora es una respuesta perfecta, y se lo agradezco —le advirtió al tiempo que se burlaba de él, y luego su expresión cambió de nuevo a una empañada por la preocupación.

—Estaba siendo sincero, aunque no del todo serio. Por favor, dígame qué dos servicios puedo realizar. Usted, madam, puede pedirme cualquier cosa—. Esperaba poder aligerar cualquier carga que ella llevara.

—En primer lugar, nuestra familia ha sufrido un cambio drástico esta tarde, del que todos estamos aún conmocionados. Al pedirme el set de la cena, se ha asegurado de que se sentará conmigo durante la cena. Esto implica, naturalmente, más de mi familia, ya que ellos y quien sea con quien mis hermanas bailaron durante este set probablemente se unan a nosotros. Le pido que se acerque a la cena sin ideas preconcebidas de cómo podrían actuar. Espero que les dé la oportunidad de causar una nueva primera impresión, por así decirlo, y al hacerlo, tal vez usted, a su vez, se forme una nueva opinión de ellos —le pidió en voz baja mientras buscaba su expresión, una de esperanza y súplica.

—¿Está todo bien? ¿Le ha ocurrido algo malo a su hermana menor? —Era consciente de

que su edad era similar a la de las jóvenes que Wickham a menudo intentaba seducir.

—No está enferma, señor, y le agradezco la pregunta—. Ella apreció la amable pregunta, aunque sabía que él veía a sus hermanas menores como personas demasiado hedonistas.

—Ya he notado un cambio notable en su madre. ¿Está todo bien con su familia? —siguió preguntando, tratando de precisar qué había precipitado ese cambio en ella. Le preocupaba igualmente cómo podría brindarle su ayuda si se lo permitían.

—Creo que nunca ha estado más triste y más feliz al mismo tiempo. ¿No haría eso que cualquiera se sintiera desorientado, señor Darcy? —dijo Elizabeth, al ver que aquello lo confundía y sorprendía a la vez. Esperaba haberle dado motivos suficientes para que superara sus ideas preconcebidas.

—Esa petición es fácil de conceder. ¿Cuál es la otra, Elizabeth? —preguntó él con suavidad, esperando que fuera más difícil para que pudiera sentirse como si hubiera expiado sus insultos.

—Le ruego que no vuelva a llamarme por mi nombre de pila, especialmente cuando estemos en compañía, señor. Aunque ya hemos acordado que esperamos ser conocidos amistosos, eso dará una impresión equivocada, y ¿no es ahí donde empezó todo este disparate? —preguntó ella con ardor.

Ella no esperaba que él se riera, ni se dio cuenta de que el ruido general había disminuido con la música al terminar el baile. Sin embargo, así fue, y en el instante de silencio que precedió al alboroto de la conversación que se había levantado en el salón una vez que la orquesta dejó de tocar, la risa del señor Darcy resonó para que todos la oyeran.

—Desearía que usted me hubiera pedido algo que fuera menos difícil de conceder, como encontrar el Santo Grial, *señorita* Elizabeth. No obstante, me esforzaré por cumplirlo—. El señor Darcy le hizo una leve inclinación para aceptar su petición.

—Señor Darcy, debo insistirle en que recuerde que usted es un hombre adusto y reservado por naturaleza —dijo ella, dando un discreto pisotón mientras fruncía el ceño de manera dramática, lo que provocó que la risa de él se acentuara.

Al sonreírle, Darcy le mostró a toda la sociedad de Meryton sus hoyuelos, porque, sin lugar a dudas, toda la sociedad de Meryton los estaba observando. El señor Darcy le ofreció su brazo, riéndose ante el suspiro de fingida indignación de la joven, que apoyó la mano en su brazo y disfrutó de la diversión que se reflejaba en sus ojos. Darcy le guiñó un ojo, cosa que vieron todos los presentes, y luego la condujo directamente hacia la señora Bennet. Cuando llegaron hasta ella, él le ofreció una pequeña reverencia mientras le preguntaba si también podía escoltarla a la cena.

Por su parte, la señora Bennet apenas podía comprender lo que estaba viendo, aunque estaba más en control de sus facultades de lo que lo había estado en muchos años. Podría decirse que, de todos los presentes, la señora Bennet era la única que no estaba tan conmocionada por este giro de los acontecimientos. Sabía que su esposo desde hacía mucho tiempo alababa el ingenio y la compasión de su segunda hija, por lo que también era consciente de que un hombre serio necesitaba a una mujer que le recordara que no siempre necesitaba serlo.

—Gracias, señor Darcy —respondió la señora Bennet mientras hacía una reverencia antes de aceptar el brazo que él le ofrecía.

—Creo que soy el caballero más afortunado de la sala. ¿Puedo traerle un refrigerio? ¿Cuáles son sus dos platos favoritos, señora Bennet? —le preguntó mientras le tendía la silla antes de ayudarle a Elizabeth a sentarse al otro lado de la suya. Esperó a tener las respuestas de ambas damas y luego se inclinó. —Dependo de usted, señora Bennet, para no permitir que

ningún bribón ocupe mi asiento. Ese señor Hartwell de ahí parece ser justo el tipo—. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a un señor anciano que caminaba junto a su nieta.

Aquellos que estaban presentes y familiarizados estrechamente con los Bennet volvieron a sorprenderse cuando la señora Bennet y Elizabeth se rieron juntas con aparente deleite por algo que el señor Darcy les había dicho. Aquellos que estaban familiarizados con el señor Darcy se quedaron, se podría decir, aún más asombrados cuando lo vieron guiñarle un ojo a la señora Bennet mientras se inclinaba elegantemente ante ella y su hija antes de dirigirse al bufé a por sus platos.

—Oh Eliza, ¿qué le has hecho al pobre señor Darcy? —le preguntó Charlotte con fingida preocupación mientras el señor Collins la ayudaba a sentarse frente a Elizabeth. Él se aseguró de sentarse frente al señor Darcy y de que Mary estuviera frente a la señora Bennet.

—Le prometí que examinaríamos a fondo su carácter en busca de signos de villanía. Sin embargo, me ha menospreciado a cada paso presentándome todas las facetas que contrastan directamente con tales rasgos—. Elizabeth suspiró pesadamente. Hubo un momento de silencio entre los miembros de la pequeña reunión, y luego todos los que rodeaban a Elizabeth se echaron a reír sin inmutarse.

Mientras fingía estar muy indignada por lo que estaban haciendo, Elizabeth miró al señor Darcy y se sonrojó cuando sus ojos se encontraron con los de él. No distinguió si él sonrió porque la había visto sonreírle o porque ella lo había buscado. Pero ¿acaso importaba? Él le sostuvo la mirada, y ella se dio cuenta de que prefería su ceño fruncido, porque su sonrisa lo hacía tan apuesto como ningún demonio tenía derecho a serlo.

¿Y no era eso un giro de lo más inconveniente?

***

Cuando los presentes abandonaron el comedor, el señor Bennet condujo a su esposa a un lado de la zona reservada para el baile. Aunque se encontraban delante de todos, estaban totalmente apartados de los demás. Muchos de los que conocían a la pareja se prepararon para una escena.

—He sido negligente en demasiados aspectos, Fanny, y uno de ellos es en demostrarte que fui el más afortunado de los hombres cuando te sentaste en mi regazo y no en la silla de al lado, como era tu intención. Al mencionarlo hoy, recordé que había empujado la silla a lo largo de la mesa sin preocuparme de ver si alguien tenía intención de utilizarla. Ya no estaba allí para atraparte con seguridad. En su lugar, ese era mi honor. He sido un insensato más allá de las palabras, querida, y te debo más disculpas de las que podamos exprimir en el resto de nuestros años —le ofreció el señor Bennet con seriedad.

Ante la mirada de sus cuatro hijas, Kitty alargó la mano y tomó las de Maria y Mary, mientras las demás hacían lo mismo. Sin que ellas lo supieran, la visión que formaron juntas fue nada menos que impresionante. Cualquiera que observara la escena podía ver al señor Collins vigilando detrás de las damas, entre Mary y Kitty. Detrás de Jane estaba el señor Bingley, y detrás de Elizabeth el señor Darcy.

Lo que no vieron fue que las yemas de los dedos del señor Bingley estaban apoyadas en la parte baja de la espalda de Jane y que las había dejado ahí en un ofrecimiento de apoyo y fuerza, pues sabía que ella se sentiría abrumada por su felicidad. Y tampoco sabían que el señor Darcy estaba lo suficientemente cerca como para que Elizabeth pudiera sentir su calor envolviéndola como un escudo protector o que ella se había inclinado ligeramente hacia atrás para que un omóplato le rozara el pecho. Ella no se apartó, sino que permaneció en silencio, aceptando y agradeciendo su apoyo.

—Es usted un tonto, señor Bennet, pero hace tiempo que se aseguró de ser mi tonto—. Todos los presentes vieron que la sonrisa que la señora Bennet le dedicó a su esposo les recordaba a la de Elizabeth. Y aunque era un poco triste, por primera vez era evidente para todos los que estaban mirando que un verdadero afecto ocupaba el espacio entre ellos. —Deberíamos movernos a un lado del salón —le rogó ella, ruborizándose por estar bajo el escrutinio de sus vecinos.

—No recuerdo la última vez que pedí bailar contigo, cosa que pienso remediar en cuanto los músicos nos complazcan—. El señor Bennet esperaba que ella pudiera ignorar los murmullos que habían comenzado en los extremos de la sala. Entre sus vecinos se habían burlado de ellos muchas veces, pero esta vez él tenía la intención de darles algo de lo que hablar que no incluyera burlarse de su esposa.

—Señor Bennet, de verdad—. La señora Bennet volvió a intentar persuadirlo de que se uniera al resto de su familia lejos de la pista de baile.

—Bingley, ¿qué te parece la idea de intercambiar a nuestras señoritas Bennet para que tú puedas seguir reclamando el último baile con tu señorita Bennet, y yo pueda hacer lo mismo con Elizabeth? ¿Nos unimos al señor y la señora Bennet para formar una fila? —le sugirió Darcy a Bingley en voz lo suficientemente alta como para llamar la atención del salón.

Su intención era ofrecerle un respiro a la señora Bennet, pero el jadeo de Elizabeth demostró que sus palabras se habían adelantado a sus pensamientos. Al repasarlas rápidamente, se dio cuenta de que había vuelto a omitir “señorita”, cuando hacía apenas una hora que había prometido no dirigirse a ella de ese modo cuando estuviera rodeado de otras personas.

El mundo debía saber que, para él, ella era Elizabeth. Se especularía mucho sobre su cercanía, cómo se había producido y durante cuánto tiempo. Puede que ella le infundiera nueva vida y ahuyentara su soledad con un desafío burlón y una ceja arqueada, pero eso no era algo que él quisiera declarar a los presentes. Y era cierto que ella era la sirena que lo arrullaba en sueños atormentados, pero eso también era un asunto privado.

—En nombre del cielo, ¿qué te ha alterado tanto esta noche? —preguntó Bingley mientras miraba a su amigo.

Bingley apenas pudo disimular su sorpresa al ver el contacto físico de Darcy con Elizabeth. No podía creerlo, pero de alguna manera su amigo y la señorita Elizabeth habían pasado de la acritud a reconfortarse con el contacto mutuo en el lapso de una hora.

—Una mujer a la que he admirado durante casi un mes, y mucho, me ha dicho que ya no me desprecia. ¿Qué hombre no se sentiría feliz ante semejante descubrimiento? —preguntó Darcy mientras le daba una palmada en el hombro a su amigo, incapaz de adivinar lo que podría salir a continuación de su boca en su casi estado de embelesamiento.

La sonrisa de Darcy se amplió cuando Elizabeth negó con la cabeza al mirarlo por encima del hombro y suspiró exasperada. Los ojos de Darcy se encendieron con la esperanza de una respuesta mordaz, pero ella se mordió los labios para no darle tal satisfacción, y Darcy no pudo evitar reírse. Parecía que, una vez más, estaba bastante enfadada con él.

—Creo que cambiar de pareja para el próximo set es una idea espléndida —intervino Jane mientras tiraba del brazo de Elizabeth para moverla al otro lado de Bingley, mientras ella se colocaba entre él y Darcy.

—¿Tiene alguna idea de lo que acaba de encender la ira de su hermana hasta tal punto, señorita Bennet? —preguntó Darcy. Su sonrisa era desenfrenada, aunque comenzó a desvanecerse cuando vio que era un raro momento en el que Jane no estaba sonriendo. Al parecer, él había cometido un grave error.

—Seguramente usted se marchará pronto de la zona, y nuestros vecinos se burlarán de nosotras por las esperanzas defraudadas después de una demostración tan pública que usted acaba de dar al llamarla por su nombre de pila. Con tales esperanzas vienen las suposiciones, señor Darcy, de las que usted es muy consciente —replicó Jane.

—Le pediría un cortejo ahora mismo si pensara que ella podría aceptarme —replicó el señor Darcy. Desgraciadamente, sus palabras no fueron pronunciadas en voz tan baja como pretendía, pues se oyó más de un grito de asombre.

Ah, la acústica, una maravilla sobre la que los científicos se han preguntado desde los tiempos de la antigua Grecia, tal vez desde hace más tiempo, y la de un salón de baile es muy diferente a la de una sala de estar.

—¡No lo haría! —rebatió Elizabeth mientras se inclinaba hacia delante para ver al señor Darcy, que permanecía apostado al otro lado de Bingley y Jane.

—Desde luego que lo haría —declaró él, mientras se inclinaba también hacia delante para poder ver a Elizabeth. —De hecho, ¡sí! Le pido que acepte mi cortejo, Elizabeth.

—Aunque usted no lo dice en serio, si yo fuera la clase de mujer que sólo lo desea por su riqueza y sus conexiones, aceptaría esa oferta, ¡y entonces usted estaría atrapado!

—¡Entonces permítame asegurarle que me ha entendido bien! Yo, Fitzwilliam Darcy, deseo cortejarla, señorita Elizabeth Bennet. ¿Acepta? —Él se apartó de la fila para quedar frente a ella. —¿Acepta —dio un paso hacia ella— usted? —dio otro— ¿Me acepta? —Todos en el salón oyeron sus palabras.

—Acepto que me corteje. ¿Y ahora qué, señor Darcy? —Sus ojos eran una ventana a sus cambiantes emociones, y sus mejillas se sonrojaron.

El señor Darcy la tomó suavemente del brazo y la guio hacia él mientras se inclinaba. En algún lugar al fondo, oyó a la señorita Bingley chillar que comenzara el baile. Él no se dejó disuadir, aunque agradeció la intervención de Bingley al hacer señas para que se retrasara. Su intención era simplemente darle las gracias a Elizabeth, pero ella lo distrajo lamiéndose los labios, lo que hizo que la besara. La orquesta tocó una nota que señalaba el comienzo del siguiente baile. La conmoción resultante hizo que más de una mujer casi se desmayara.

—¡Señor Bennet! ¡No puede quedarse aquí viendo cómo un hombre compromete a nuestra hija! Debe intervenir ya que ella aún no sabe que está medio enamorada de ese hombre. ¡Esto puede hacer que se oponga tontamente a la pareja más adecuada para ella! —le imploró la señora Bennet.

—Bien, ahora me has puesto en la situación más difícil, querida. Me has pedido que intervenga cuando sabemos que él haría feliz a Elizabeth, y ellos ya han decidido que van a tener un cortejo. Eso hace que su compromiso no sea exactamente un compromiso, aunque sin duda los vincula a lo que sabemos que será un final feliz para siempre. Permíteme aclarar lo que me estás pidiendo. ¿Me estás sugiriendo que detenga el cortejo y ella quede arruinada, o prefieres que exija que se casen y no permita que ella concluya por sí misma que él es exactamente el hombre adecuado para ella en temperamento y disposición?

—¡Oh, señor Bennet! —disimuló la señora Bennet, para luego suspirar con gran exasperación cuando su sonrisa demostró que él estaba muy entretenido.

—Ahora, Elizabeth —dijo el señor Darcy, desmesuradamente complacido de que los padres de ella vieran lo que él había llegado a comprender durante las últimas semanas desde que se conocieron. —Le pediré permiso a su padre para cortejarla. ¿Cree que mañana estará libre a las diez o sería mejor a las diez y cuarto? —La miró con tanta esperanza que su ira se desvaneció.

Era muy inconveniente que él estaba sonriendo de nuevo. Elizabeth se preguntó si el señor Darcy sabía la ventaja que poseía cuando sonreía de aquella manera, y luego decidió que sí lo sabía. Los hombres así de apuestos *siempre* lo saben.

—Mi padre no suele estar ocupado a las diez de la mañana, señor —contestó Elizabeth con una sonrisa a la vez divertida y feliz.

—Perfecto. ¿Le importaría informarle de que iré a visitarlo?

Le guiño un ojo, muy consciente de que todos en el salón conocían sus intenciones de visitar Longbourn a las diez de la mañana.

—Me aseguraré de hacerlo en el desayuno, señor Darcy.

—Gracias, *Elizabeth*. Ahora, mi amor, debes dejarme ir para que pueda bailar con la que pronto será mi hermana, y tú tendrás la oportunidad de conocer mejor al hombre que, si Dios quiere, pronto será nuestro hermano. Me reuniré contigo al final del set, ya que estoy deseando compartir el último baile contigo.

Abrió suavemente las manos de Elizabeth de sus solapas, besando cada una de ellas, antes de acompañar a Jane a la pista.

Dado el alboroto y la señal del señor Bingley para que la orquesta esperara, no había motivo para apresurarse a unirse a los que formaban un cuarteto.

—Bien hecho, Darce—. Bingley le dio una palmada en el hombro a su amigo, luego se volvió hacia la orquesta e hizo un gesto con la cabeza para que comenzaran.

En ese momento, el hechizo se desvaneció y todos los que no iban a bailar se dieron la vuelta para comentar lo que estaban presenciando.

Para asombro de todos los presentes, la señora Bennet no se mostró efusiva por el hecho de que su hija estuviera comprometida, ni tampoco cacareó que Elizabeth hubiera atrapado a uno de los solteros más codiciados de los más altos círculos de la alta sociedad.

Para sorpresa de nadie, el señor Collins también se mostró muy complacido con los acontecimientos. Sin embargo, se sorprendió al notar la seriedad de la expresión de la señorita Lucas.

—Hubiera creído que usted esperaba conseguir como esposa a una de las dos hermanas mayores de los Bennet —comentó Charlotte, y lo miró directamente a los ojos.

—Supe muy pronto durante mi visita que, aunque me sintiera inclinado, ellas no lo estarían hacia mí. Nunca he apreciado a los hombres que intentan forzar a una mujer a reconocerlo o aceptarlo—. El señor Collins se sonrojó ante la evidente apreciación de sus palabras por parte de ella. —Deseo hacerle una pregunta muy atrevida, sólo con las mejores intenciones hacia usted, ya que es la amiga más querida de mis primas más estimadas.

—Haga su pregunta, porque no creo que usted sea del tipo insensible—. Charlotte tuvo que admitir que ésta era sin duda la velada más interesante que había presenciado en todos sus años en sociedad y no le entristeció tener un momento de intriga para sí misma.

—¿Y si pudiera reclamar un futuro que le ofreciera seguridad para el resto de sus días pero que la alejara bastante de su familia, señorita Lucas?

—¿Usted también pretende un *hecho consumado*? —Ella frunció el ceño mientras miraba a Mary, que estaba bailando con su hermano, John. Charlotte se preguntó a qué estaría jugando este hombre, pues tenía la certeza de que pretendía cortejar a la hija mediana de los Bennet si decidía no perseguir a Elizabeth o Jane.

—Nada de eso. Dado que mi prima estará ocupada mañana a las diez de la mañana, ¿cree que podría venir usted con su padre a Longbourn para hablar de ello a las once? Quiero explicarme ante mi primo, ya que soy su heredero. Y, para mi tranquilidad, me gustaría hacer lo

que esté en mi mano para que no haya discordia entre ambas familias una vez que conozcan mis intenciones, ya que pronto debo partir hacia Kent.

—Mi padre estará allí, señor. Es muy amable al considerar a nuestras familias—. Charlotte exhaló aliviada, sabiendo que, fuera cual fuese su intención, los Bennet entenderían que ella no pretendía robarle el futuro que todos creían que le correspondía a Mary.

—Gracias, señorita Lucas. Me ha dado grandes esperanzas —dijo entusiasmado el señor Collins.

El señor Collins se sintió halagado al creer que su patrona también estaría muy complacida con este giro de los acontecimientos. Sin embargo, después de pensarlo, decidió que aunque le faltaban pocos días para partir hacia Kent, debía enviarle una carta lo antes posible.

El señor Collins bailó por segunda vez con Kitty y Mary antes de cerrar el baile con Charlotte. Mary y el capitán Saunderson bailaron juntos el último set, al igual que Kitty y el heredero de Lucas, a quien Charlotte y Mary sabían, dado el tiempo que ella y Mary habían pasado en Lucas Lodge, que Kitty consideraba como a un hermano mayor.

Capítulo 9

De regreso a Longbourn, Kitty y Mary miraron al señor Collins con tal esperanza en sus expresiones que éste se sintió un poco incómodo. El señor Collins se aclaró la garganta, se removió en su asiento y luego le dirigió toda su atención al señor Bennet.

—Primo, dado que su hora de las diez es demandada, ¿podría unirme a usted en su estudio mañana a las once de la mañana? Espero que la prima Mary y la prima Kitty también se unan a nosotros. He invitado a la señorita Lucas y a Sir William a unirse también a nuestra discusión —dijo el señor Collins con franqueza.

—Si no lo conociera mejor, parecería que está jugando con tres jovencitas al mismo tiempo—. El señor Bennet frunció el ceño severamente.

—Nada podría estar más lejos de la verdad. Espero, entonces, asegurarme de que las cosas se arreglen y de que se entiendan mis intenciones, señor, pues debo partir dentro de una semana.

—Entonces esperaré con impaciencia la hora señalada. Mañana se perfila como un día de lo más interesante, cuando estaba convencido de que nada superaría los acontecimientos de hoy —intentó bromear el señor Bennet con su familia.

—Ha sido un día de lo más extraordinario —asintió en voz baja la señora Bennet mientras el carruaje se detenía delante de Longbourn.

Una mirada por la ventanilla obligaba a observar la luz que brillaba a lo lejos desde una única habitación de Longbourn, en el primer piso, que era un solitario recuerdo de quien no estaba con ellos.

—¿Qué haremos, hijas mías? No quiero castigar a Lydia por nuestros defectos como padres. Sin embargo, una intervención debe ser lo suficientemente extrema como para que ella no tenga ocasión de malinterpretar nuestro significado —dijo el señor Bennet.

—Tal vez nuestro futuro yerno conozca una buena escuela a la que ella pueda asistir, o tal vez pueda explicarle por qué su comportamiento es inaceptable en términos lo suficientemente claros como para que ella pueda escuchar —reflexionó la señora Bennet.

—El capitán Saunderson tiene la intención de pasar por aquí mañana para pedir permiso para mantener correspondencia con él cuando se vaya a la guerra. Mientras esté en Longbourn, él y yo podremos hablar francamente con Lydia —comentó Mary.

—¿El qué? —preguntó el señor Bennet, mirando sorprendido a su hija mediana.

—Como he dicho, tiene la intención de solicitar que se nos permita mantener correspondencia mientras él está lejos en la guerra. Sólo tiene un hermano mayor, un vicario, y ha demostrado ser un corresponsal poco constante. El coronel Forster ha dado a entender a sus hombres que la moral mejora en tiempos de guerra si mantienen comunicación con una mujer a la que estiman. No albergo expectativas, sólo la esperanza de que el capitán Saunderson regrese sano y salvo. Me gustaría que nos concedieras tu permiso sin burlarte de él ni agredirlo con tu sarcasmo, padre, pues no se merece ni lo uno ni lo otro—. Mary miró directamente a su padre.

La apertura de la puerta del carruaje rompió el silencio en el interior, y entonces el señor Bennet soltó una risita. —Mary, hija mía, si Jane no hubiese levantado la voz enfadada esta tarde, creo que te habrías tomado el día como la mayor de las sorpresas.

—Yo hubiera pensado que la solicitud de cortejo del señor Darcy sería la mayor sorpresa

de hoy —rebatió Elizabeth.

—Eso se ha estado gestando durante semanas. No te habrían dolido tanto sus comentarios si no te hubieras sentido atraída por él. Y una vez que vio tu vivacidad, no pudo apartar sus ojos de ti. Lo siento, mi querida Lizzy, pero si me hubiera atrevido, lo habría predicho hace más de dos semanas—. La señora Bennet acarició la mejilla de Elizabeth.

—¡Madre!

—Ahora, todos debemos irnos a la cama. Sin embargo, pediré que todo el mundo esté levantado y en la mesa del desayuno mañana a las nueve—. La señora Bennet empujó a su familia escaleras arriba cuando entraron en la casa, pues ya eran más de las dos.

El señor y la señora Bennet llegaron al final de la escalera, y el ruido de su familia cerrando las puertas de sus habitaciones hizo que el silencio de su ascenso fuese aún más pronunciado.

—Señora Bennet—. El señor Bennet se rio al recordar que ella creía que él se había inclinado hacia los hombres, y sabía que la insinuación lo divertiría durante muchos años.

Lo que hubiera querido decir no lo dijo, y su sonrisa se desvaneció al ver el dolor, la traición y el enojo en el rostro de su esposa cuando la miró a los ojos. Le asombró que se lo hubiera ocultado toda la noche; no sabía que fuera capaz de semejante engaño.

Como no había niñas cerca, se apartó de él y entró en su habitación. Cuando él intentó seguirla, ella le cerró la puerta en la cara con un portazo, un mensaje que ni siquiera él podía malinterpretar.

Se quedó mirando aquello que nunca había estado cerrado para él. Para él, se trataba de un giro inoportuno e inesperado, aunque antes de que su cabeza tocara la almohada, admitiría que era algo que debería haber esperado. Y mientras estaba despierto, sufriendo bajo la ansiedad de intentar determinar cómo podría enmendarse, tuvo que admitir que ella debería haberlo reprendido hace años por su falta de consideración.

Bennet sólo se dio cuenta entonces de que había estado castigándola larga e injustamente por un compromiso que él había provocado. En aquel momento, se había enfadado por perder su libertad de elección, pero la broma era para él. Finalmente comprendió que, aunque hubiera podido elegir, la habría escogido a ella entre todas las mujeres de su sociedad.

La bilis le subió a la garganta al darse cuenta de lo tonto que había sido.

Tan pronto como llegó a sus aposentos esa noche, el señor Collins se sentó frente a su escritorio.

Longbourn

Estimada señora,
Ha habido un giro de lo más inesperado. El señor Darcy, si, el señor Fitzwilliam Darcy de Pemberley en Derbyshire acaba de solicitar cortejar a mi prima, la señorita Elizabeth Bennet. Lo hizo públicamente, y de no haber solicitado el cortejo, toda la situación, orquestada por él, la habría comprometido.
Dudo que alguien pudiera decir que esperaba que el señor Darcy hiciera algo tan imprudente como besarla delante de todos los reunidos en el baile de Netherfield. Sin embargo, creo que ahora es muy poco probable que Rosings Park y Pemberley se unan, lo cual sé que causará gran dolor. Sólo quería prepararla para las noticias que, sin duda, él mismo le comunicará en breve.
Dado el giro que han tomado los acontecimientos, no puedo sino creer que él vendrá con la prima Elizabeth cuando visite Rosings Park en Pascua. Como no me cabe duda de que ella lo

acompañará, sólo puedo esperar que no le cause ninguna dificultad inesperada, aunque alguna pueda ser inevitable. Me ha parecido mejor advertirle de la probabilidad, pues no hay nada que pueda hacerse respecto a su unión, ya que ambas partes tienen ahora su honor comprometido.
Y aún hay más noticias que compartir. He encontrado tres damas de temperamento adecuado para hacer una compañía de lo más placentera y agradable. Espero traer a las tres a Kent para que usted misma pueda decidir de quién disfrutará más de su compañía mientras mi esposa y yo seguimos a su servicio.

Su devoto sirviente,
Collins

***

La mayor parte de la familia estaba en el desayunador a las nueve. Cuando Lydia se reunió con ellos, le dijeron que no debía levantar la voz.

—Te daré una advertencia, Lydia —dijo la señora Bennet mientras acompañaba a su hija al desayunador.

—¡Pero mamá!

—Y le he pedido a Jane que me haga una señal cuando yo misma esté siendo demasiado efusiva. Hemos sido la causa de muchas humillaciones para nuestra familia, y ya es hora de que seamos conscientes de las ramificaciones de nuestras acciones. No te comportes como una niña, Lydia, o te devolveré a la guardería —le advirtió la señora Bennet.

—Me doy cuenta de que no me gustan todos estos cambios—. Lydia frunció el ceño mientras tomaba asiento.

—Hay muchos más en camino. Lydia, hija mía, puede que te haya fallado por encima de todos, excepto a tu madre. No podré perdonarme por ello fácilmente, pero tal vez podamos trabajar juntos en un camino a seguir. Yo también desconfío de los cambios que se están produciendo en la casa y me reconfortaría que los recorrieras conmigo —le pidió el señor Bennet a su hija menor.

—¿Tú también tienes problemas, padre? Me cuesta creerlo, pues hace tiempo que esperabas tener hijas más sensatas.

—Cierto, pero yo también me he comportado sin sentido, quizás más que tú. Mi comportamiento es, en cierto modo, mucho menos aceptable. Creo que hoy tendremos más de una conversación franca, y entonces tú y yo diseñaremos una estrategia sobre la mejor manera de seguir adelante. ¿Qué dices, Lydia, estarás de acuerdo en ayudar a tu viejo papá?

—Yo... gracias, padre—. Lydia había estado a punto de decir que no, de no ser por la esperanza en su expresión dirigida hacia ella. —Ahora, ¿podría alguien decirme qué sucedió en el baile?

—Lo de siempre, supongo —contestó Jane al ver que Kitty no lo hacía. —Nuestro padre bailó con nuestra madre más de tres veces después de la cena, lo que fue de lo más normal. Dados los susurros en el salón, fue inesperado—. Jane sonrió mientras miraba a uno y otro progenitor, confundida porque su padre sonreía ante su relato, pero su madre fruncía los labios como si estuviera reprimiendo un comentario poco amable.

—¿Cuándo fue la última vez que bailaste con nuestro padre, madre? —preguntó Lydia, insegura de qué podía molestarle que bailaran juntos, ya que la expresión de su madre demostraba que algo no le gustaba del todo.

—El primer baile que compartimos después de la cena de anoche en el baile fue nuestro

primer baile juntos, como conocidos y como marido y mujer —respondió la señora Bennet a la pregunta de su hija menor en voz baja.

Todas sus hijas miraron en silencio a su padre, que estudiaba su plato como si fuera la muestra de comida más interesante que le hubieran puesto delante.

—Mary no se sentó ni una sola vez, y lucía tan favorecida con mi vestido rosa que creo que todas las demás damas quedaron eclipsadas por su belleza —continuó finalmente Jane. —Y Elizabeth aceptó ser cortejada por el señor Darcy delante de todos los presentes.

—¿Qué? —Lydia casi gritó en su asombro.

—Eso sí que fue un poco sorprendente, así que lo dejaremos pasar—. Jane sonrió amablemente hacia su hermana menor. —También habrían causado un gran escándalo si ella no lo hubiera aceptado—. añadió Jane juguetonamente mientras recogía su té. Luego miró el café de Elizabeth. Finalmente, sintió curiosidad por probarlo y cambió las tazas.

—¡Oye! Mamá, Jane acaba de tomar mi café —gimoteó Elizabeth, pero en voz baja para atenerse a la petición de moderar sus tonos, por lo que la mayoría no pudo evitar reírse.

—¿Por qué nunca nos habíamos divertido tanto en el desayuno? —preguntó Lydia sin rodeos a Kitty.

—Porque sólo te interesaba lo que era importante para ti —respondió Kitty estoicamente. —¿Me disculpan? —preguntó mientras volvía los ojos hacia su padre. Al ver que seguía sumido en la autocompasión, miró a su madre.

—Sé que tienes todo el derecho a querer irte, Kitty, pero te pido que te quedes —le pidió el señor Bennet.

—No tengo nada que aportar a la conversación de esta mañana, y ustedes están bastante resueltos para trabajar con ella —dijo Kitty mientras empezaba a empujar su silla hacia atrás. Sólo se detuvo cuando Mary extendió la mano y rodeó suavemente la suya.

—Podemos darle mi habitación y yo puedo mudarme contigo. Tendremos nuevos recuerdos, porque podrás enseñarme a dibujar y yo te ayudaré a tocar el piano. Como no tuvimos las mismas oportunidades de aprender que nuestras hermanas mayores, aprovecharemos nuestras habilidades innatas —comentó Mary con tono tranquilizador.

—¿Cómo es que en un día he recibido la mayor amabilidad de la hermana que menos recibió de todas nosotras? Eres demasiado buena, Mary—. Kitty cubrió la mano de Mary y la sostuvo entre las suyas.

—¿Así que pretendes sacarme de nuestra habitación sin tener en cuenta mis pensamientos, Kitty? —preguntó Lydia a su hermana.

—Si no estás de acuerdo, me mudaré con Mary. Estaremos apretadas, pero será una situación mucho más feliz para mí —respondió Kitty sin mirar a Lydia. Luego apoyó la cabeza en el hombro de Mary como si de repente se le hubieran agotado todas las energías.

—¿Kitty? —Lydia empujó para llamar la atención de su hermana. —¡Kitty!

—Kitty, contéstale a tu hermana —dijo bruscamente la señora Bennet.

—Eso, madre, es un ejemplo de su parcialidad hacia Lydia. Kitty no necesita dedicarle su atención a Lydia sólo porque Lydia lo quiera —dijo Jane.

La señora Bennet hizo una mueca de dolor por el descarado favoritismo que había mostrado cuando aquella misma mañana había decidido respetar y mostrar el mismo cariño a todas sus hijas.

—¿Kitty? —Lydia presionó aún más para llamar la atención de su hermana.

—No quiero... no puedo—. Kitty se levantó y salió de la habitación.

—¿Y por qué iba a querer? —preguntó Mary cuando Kitty se hubo marchado.

Mary había observado cómo Jane disfrutaba del café de Elizabeth, así que se acercó al aparador para servirse una taza, que también sería la primera vez para ella. Elizabeth fue a ayudarla para mostrarle a Mary cómo preparaba el suyo, y luego le pidió que lo disfrutara mientras preparaba otro para ella.

—Debería ir tras ella—. La señora Bennet comenzó a levantarse al ver que nadie más seguiría a Kitty.

—Déjala tranquila un rato. Intentaremos disculparnos juntos más tarde —sugirió el señor Bennet.

—Perdóneme, señor Bennet, pero su inacción ha demostrado producir resultados bastante indeseables durante todos estos años. Mary, sé que es injusto preguntártelo, pero ¿cuál es tu opinión? —La señora Bennet se volvió hacia su hija mediana.

—Aliviarías tu conciencia, no las cargas de ella, o así es como yo lo veo. Estarías tratando de aplacar tu culpa por haber favorecido de nuevo las preferencias de otra hija por encima de las suyas —replicó Mary, sin que su tono suave disminuyera la profundidad del reproche.

—Ahora me odia. Nada de esto habría ocurrido si el señor Darcy no hubiera escrito esa estúpida carta —se quejó Lydia.

—No fue el señor Darcy quien la escribió. Fue escrita por la mano de una mujer —replicó Elizabeth mientras daba un manotazo sobre la mesa. —¿Puedes, por una vez, no caer en payasadas dramáticas e infantiles, Lydia?

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Capítulo 10

—Buen día, primas —dijo el señor Collins al entrar en el salón del desayuno. El silencio que se había hecho tras la pregunta de Elizabeth le brindaba la oportunidad perfecta para romper la tensión. —Sé que usted dijo a las nueve en punto, señora Bennet, pero no he podido convencer a mi cabeza para que se levante de la almohada. Tal vez deberían ser un poco menos cómodas para que uno se sienta más inclinado a abandonar la cama—. Le sonrió a la señora Bennet.

—Supongo que eso facilitaría salir de la cama, pero las horas dentro de ella serían mucho menos agradables —replicó Elizabeth. Ella agradecía la oportunidad de hablar con su primo sin ese dolor en el que había estado pensando durante demasiado tiempo, sobre todo porque había llegado a comprender que se lo estaba infligiendo a sí misma. Él prefería a Mary, y así debía ser.

—Dígame, señor Collins, ¿ha disfrutado usted visitando esta casa en nuestra pequeña comarca donde nuestros defectos están a la vista de todo el mundo? —preguntó con tono punzante el señor Bennet.

—Nunca he sido tan feliz —respondió a su primo con total franqueza. —Lamentaré mucho regresar a la casa parroquial de Hunsford y quedarme sin la compañía de la única familia que tengo.

—Espero que nos visite más a menudo—. Jane tranquilizó a todos los presentes con su suave sugerencia.

—Espero lo mismo —dijo el señor Collins, y luego dio un giro a la conversación. —Prima Elizabeth, ¿has considerado una fecha para la boda? —preguntó el señor Collins mientras aplicaba abundante mermelada a una rebanada de pan tostado.

—El señor Darcy y yo apenas hemos comenzado nuestro cortejo. Llevará tiempo determinar si coincidimos—. Elizabeth se ruborizó.

—¿No han renunciado ambos a la opción de rechazar al otro? —preguntó Mary, mirando directamente a Elizabeth. —Él ha sido de lo más admirable al no arrinconarte, lo que, por supuesto, haría que te opusieras a él incluso cuando deseas lo mismo. En realidad, no tienes más opción que casarte con él, pero te ha hecho sentir como si la tuvieras. Debe de quererte mucho para correr el riesgo de que lo taches de granuja y te acusen de caprichosa si lo liberas —reflexionó Mary.

—Bueno, eso sí que lo ha hecho con eficacia—. Elizabeth frunció el ceño.

—Tendrás que mantener la cordura si quieres ser más lista que tu señor Darcy —se burló Jane de su hermana.

—Eso es un buen presagio. Te aburrirías muy pronto con un hombre que fuera fácil de guiar o de burlar. Creo que no hay mejor pareja para ti en toda Inglaterra, Lizzy —coincidió Mary.

—Dudo que su familia sea de la misma opinión —comentó Elizabeth en voz baja.

—Cierto —estuvo de acuerdo el señor Collins. —Lady Catherine ha manifestado a menudo su deseo de que el señor Darcy se case con su propia hija. Pero tengo entendido que la señorita de Bourgh se sentirá complacida si él se casa con otra. Estoy convencido de que ella estará ansiosa por conocerte y darte la bienvenida a la familia, incluso si su madre nunca se reconcilia con tu matrimonio.

—¿Y ustedes tienen una relación tan cordial como para hacer semejante afirmación?

—preguntó Elizabeth.

—Sí. Como Lady Catherine es tan expresiva en sus expectativas, la señorita de Bourgh compartió tranquilamente las suyas una tarde, después de que su madre abandonara el comedor mientras proclamaba que ya era hora de que se casaran. Estoy convencido de que la señorita de Bourgh no se opondría a que compartiera esta información con usted, ya que es una de mis primas más queridas y la misma dama con la que el señor Darcy mantiene ahora un cortejo—. Él sonrió cuando Elizabeth soltó una carcajada.

—El señor Darcy y el capitán Saunderson, señor —anunció el señor Hill al señor Bennet. —Y el señor Bingley está esperando en el salón.

—¿Quién va primero? —preguntó el señor Bennet a Elizabeth y Mary, quienes se dirigieron la una a la otra. —Bien entonces, Mary, Elizabeth, por favor vengan conmigo. Jane, ¿puedes pedir que envíen té y café al estudio? Señora Bennet, ya que estamos discutiendo el futuro de nuestras hijas, le agradecería que se uniera a nosotros para hablar de sus preferencias y preocupaciones.

Aquellos que siguieron al señor Bennet fueron admitidos colectivamente en su estudio. Todos sabían lo que cada uno esperaba, excepto el señor Darcy, que no podía sino respetar el hecho de que el señor Bennet no desestimara de inmediato los deseos de Mary y el capitán Saunderson de mantener correspondencia. Darcy era consciente de que su primo, el coronel Richard Fitzwilliam, dependía de las noticias de sus seres queridos y siempre le complacía recibir correspondencia, incluso de aquellos a quienes no conocía íntimamente, mientras se encontraba en campaña militar en el extranjero. Estaba agradecido de que Mary pareciera decidida a proporcionarle a su capitán tal alivio.

Mientras tanto, en la sala de estar, Jane discutió con Lydia las desventajas de sus efusiones dramáticas y su falta de conciencia de los sentimientos de los demás, que sólo sirvieron para perpetuar la opinión de que era infantil y egoísta. A continuación, relató los momentos en los que ellase había sentido abrumada y explicó por qué se había excusado de la habitación para no avergonzarse no sólo a sí misma, sino también a su familia.

Por ejemplo, explicó sus reacciones ante la noticia de que su antiguo pretendiente se hubiera marchado de Meryton. Aunque para ella fue un alivio que se marchara, su madre se hubiera angustiado si hubiera visto el alivio de su hija.

Jane estaba segura de que su relato invitaría al señor Bingley a hacerle preguntas, pero en ese momento Elizabeth y Mary entraron en la sala de estar con sus respectivos caballeros.

Cuando la señora Bennet se reunió con ellos un momento después, oyó que Mary le daba las gracias al capitán Saunderson por haberla elegido como corresponsal mientras él se encontrara en el continente y probablemente participando en la guerra. No había duda de que Mary temía que le hicieran daño, pero le aseguró con firmeza que le enviaría una carta cada semana.

Darcy, que había observado cómo el señor Bennet manejaba la situación en su propio beneficio, nombrando al joven un hijo honorario para que él también recibiera correspondencia del extranjero, tuvo que admitir que lo había hecho con la intención de ayudar al amigo de Mary. El horror que podía contarle al señor Bennet difería enormemente del contenido y el tono de las cartas que le enviaría a Mary.

—Si a su regreso se encuentra sin ningún lugar a donde ir, capitán, venga a la residencia Darcy en Londres y permítame el privilegio de emplear a mi hermano honorario. A mí también me gustaría ser incluido en el número de sus fieles corresponsales—. Darcy le ofreció su mano, y el capitán Saunderson se la estrechó agradecido.

Luego, Mary expuso sus intenciones de llevar a Lydia al campamento de Meryton y explicarle algunas de las tribulaciones de la esposa de un soldado en la milicia. Su madre estuvo de acuerdo en que ya era hora de que tanto ella como Lydia comprendieran lo que significaba seguir un campamento de la milicia.

—Iré contigo una vez que haya asistido a la reunión con el señor Collins —dijo Mary.

—Yo también estoy de acuerdo en que la señorita Mary venga para que pueda apoyarles a cualquiera de las dos en caso de que lo necesiten. Como he dicho, no es la más acogedora de las situaciones. La mayoría eran damas gentiles que ahora han visto demasiado de nuestra realidad como para sonreír —reiteró el capitán Saunderson.

—Capitán Saunderson, si la prima Mary desea que se una a nuestra reunión, es usted bienvenido —dijo el señor Collins.

—Se lo agradezco, señor, pero no. Ella me dirá la próxima vez que nos veamos lo que requiere de mí —respondió afablemente el capitán.

—Sir William y la señorita Lucas han llegado, señor Collins —anunció el señor Hill.

—Gracias. Prima Mary, ¿podría solicitar que la prima Kitty se una a nosotros? —preguntó amablemente el señor Collins antes de conducir a sus invitados al estudio del señor Bennet para esperar a que todos estuvieran reunidos.

Con toda la conmoción y la sucesión de visitantes, el señor Bennet apenas se dio cuenta de que nadie estaba siguiendo a Kitty, con los ojos enrojecidos e hinchados, para calmarla, y se le revolvieron las tripas de odio hacia sí mismo.

—Debo pedirles que, por ahora, lo que diga quede entre nosotros aquí en esta habitación, ya que mucho depende de su discreción, por la mayor consideración hacia Lady Catherine, y es en nombre de mi patrona que lo hago —dijo el señor Collins.

—Eso permite cierto alivio, pues empezaba a dudar de su integridad en cuanto a sus intenciones hacia nuestras hijas—. Sir William frunció el ceño.

—Permítame explicarle... —El señor Collins se volvió hacia las tres señoritas presentes.

—Señor Collins, lo que usted pide de nuestras hijas es de lo más inusual, tal vez incluso sin precedentes—. El señor Bennet frunció el ceño.

—Puedo figurarme lo que pensó.

—Lléveme con usted, primo, se lo ruego —suplicó Kitty.

—Sólo lo haré con el consentimiento de su padre —replicó el señor Collins, con la intención de tranquilizar a su prima, pero la posibilidad de ser rechazada le causó más angustia. —Uno no debe huir de sus problemas.

—¡Y yo no lo haría! —dijo Kitty con vehemencia. —Yo nunca fui el problema. Y apreciaré mucho la oportunidad de ser yo misma por primera vez. Se lo ruego, señor Collins, ¡lléveme con usted!

—Si su padre está de acuerdo, señorita Kitty, por supuesto que la llevaré conmigo cuando me vaya—. El señor Collins no podía negar que ella necesitaba la separación de su familia para sentirse mejor.

—Acepto la oferta con el entendimiento de que usted debe obtener la aprobación de su señora sobre mí —accedió Charlotte. —¿Cuándo nos iremos? Si dice que mañana, me parece aceptable, incluso preferible.

—Agradezco su entusiasmo, pero si nos vamos, no podremos volver hasta dentro de algún tiempo. Me preguntaba si no querrían irse después de la boda de la prima Elizabeth —sugirió el señor Collins.

—No tiene importancia. Lizzy no se daría cuenta de si estoy allí o no—. Kitty hizo caso omiso de la insinuación. —A menos, por supuesto, que Lydia actuase de nuevo para llamar la atención sobre nosotros.

—Kitty—. El señor Bennet estaba a punto de aplacar a su cuarta hija, pero el abatimiento de ella le robó las mismas palabras que había pretendido pronunciar. Entonces se dio cuenta de que sólo tenía una opción si alguna vez esperaba reconciliarse con ella. Reflexionando, supo que no tenía elección en esos momentos cruciales. —Si te dejo ir, será con la condición de que intercambies una carta conmigo cada mes. Admito que aprovecharé la oportunidad para reparar la brecha que nos separa. Además, exigiré que escribas a una de tus hermanas dos veces al mes.

—Mary estará conmigo, así que le escribiré a Jane. Puedes ponerla al corriente de los detalles de la correspondencia forzada —dijo Kitty.

—Jane no lo verá como tal—. Charlotte intervino, tranquilizando a Kitty con lentas y maternales caricias en la nuca.

El señor Bennet observó cómo Sir William sonreía a ambas, comprendiendo sólo entonces que Charlotte había sido más una figura materna para Kitty de lo que nunca lo había sido su esposa. Se preguntó si estaría casi entumecido, pero aquel golpe lo dejó sin aliento. De no ser por Charlotte, Kitty podría haber buscado consuelo en otra parte, y el miedo a lo que podría haberle ocurrido en su vulnerabilidad lo sofocó.

—Cierto —admitió Kitty en voz baja.

—Entonces, ¿vamos a viajar todos por posta a Kent? —preguntó Mary mientras tomaba la otra mano de Kitty.

Se discutió la posibilidad de una breve estancia en Londres. Bennet envió un expreso a su cuñado Gardiner para preguntarle si podían alojar al grupo durante dos días, de modo que se descansara el Sabbath.

Una vez abordados todos los asuntos, el señor Bennet pidió a Elizabeth y Darcy que se reunieran con ellos en el estudio para que estuvieran al corriente de la situación y para informarle de que Charlotte, Mary y Kitty no asistirían a su boda, ya que se encontrarían en Kent.

—¿Está usted seguro de haber entendido las indicaciones de mi tía, señor Collins? —preguntó Darcy abruptamente. —Ella no es de las que solicitan compañía a menudo.

—Estoy seguro de haber entendido las indicaciones de mi señora. Su intención es disfrutar de la compañía de damas de su misma posición en la sociedad. A nadie le gusta estar siempre solo en su propia compañía. Debe confesar que estas damas aumentarían los placeres de una conversación amable en Rosings Park—. Una mirada disimulada hacia su primo le indicó que aquel giro en la conversación divertía al señor Bennet.

—Sí, pero ¿las ha preparado adecuadamente para su estancia con mi tía? Ella puede ser brusca en el tono, y sus consejos son cuestionables en el mejor de los casos y se imparten sin reservas —explicó Darcy acerca de su mayor inquietud.

—¿Insinúa usted que mis hermanas y mi querida amiga no son lo bastante razonables como para ignorar consejos insensibles y, al mismo tiempo, ser consideradas con quienquiera que se los ofrezca? —lo cuestionó Elizabeth.

—No es así, y vuelvo a recordar que las damas de Hertfordshire son en verdad de una perspicacia y fortaleza poco comunes. Usted no podía haber elegido mejores damas para satisfacer la esperanza de mi tía de encontrar compañía para ella y Anne—. Darcy accedió de buena gana, ganándose la risa de Elizabeth.

—Si usted también desea enviar un mensaje a alguien en Rosings Park, estaré encantado de transmitirlo. Tardaremos varios días en llegar a nuestro destino, pero confío en que las noticias no hayan cambiado para cuando lleguemos —ofreció el señor Collins.

—Haré exactamente eso, señor, gracias—. El señor Darcy extendió una mano al señor Collins.

—Me complace serle útil. ¿Podría felicitarlos a usted y a la prima Elizabeth por su cortejo, compromiso y boda? No puedo sino pensar que ustedes serán un admirable ejemplo de felicidad —añadió el señor Collins antes de soltar la mano de Darcy.

—Gracias, señor. Usted no se parece en nada a su predecesor, y no puedo menos que sorprenderme, aunque también me complace de que se haya instalado en Hunsford. Me siento satisfecho de que mi tía, mi prima y los feligreses tengan un párroco tan dedicado a su bienestar como usted—. Darcy asintió.

—Es un honor y un privilegio. Me siento más bendecido cada día, señor—. El señor Collins se volvió de nuevo hacia su prima. Al hacerlo, se sintió agradecido al ver que la tensión de Kitty se había calmado.

—Si no asistimos a tu boda, quiero que sepas que te deseamos toda la felicidad del mundo a ti y al señor Darcy, Elizabeth—. Charlotte le sonrió cálidamente a su amiga de toda la vida.

—Tendrás a Jane acompañándote, y como ninguna de nosotras habría estado en la ceremonia, ésta transcurrirá tal y como tú ya te la imaginas. Nuestro papel habría sido darte nuestra más sincera enhorabuena, cosa que podemos hacer en cualquier momento. Charlotte acaba de decirte que te deseamos toda la felicidad. Voy a hacer las maletas—. Kitty se levantó y salió del estudio, con el rostro de nuevo impasible.

—Ella no se equivoca—. Mary se encogió de hombros al ver la genuina sorpresa de Elizabeth, y al decirlo provocó que ésta la mirara incrédula. —No pretendo restringir las posibilidades que nos depara el futuro, pues poco ganamos quedándonos aquí. Esperamos con impaciencia la noticia de tu compromiso y los detalles de tu boda—. Mary se puso en pie y luego se inclinó para besar la mejilla de Elizabeth. —Siempre hemos querido que seas feliz, Lizzy. Un hombre que te desafíe a pensar y a ver las cosas de otro modo será tu mayor disgusto y tu mayor recompensa. No dejes que el disgusto te gane tan a menudo—. Mary siguió entonces a su hermana menor.

—Y podemos esperar reencontrarnos con ustedes en Rosings Park esta primavera. Sin duda será un placer para todos los que estén allí anticipar su visita. Si es que no está aún de viaje de bodas —ofreció el señor Collins con simpatía.

—Sí, estoy agradecida de que sea una propiedad que visitarás de vez en cuando, ya que podré verte más a menudo de lo que lo hubiera hecho de otra manera—. Charlotte se levantó para abrazar a su amiga.

—Tengo la intención de que vayamos a Rosings Park en Pascua, como es mi costumbre. El año pasado nos pidieron a mi primo Richard y a mí que no viniéramos debido a una enfermedad, así que no retrasaré mi visita este año, salvo circunstancias inesperadas. Si la señorita Lucas y alguna de mis nuevas hermanas se encuentran en Kent, la perspectiva de la visita es mucho más placentera. Esperaré con impaciencia la posibilidad de estar en términos más

íntimos con aquellos a quienes mi futura esposa ama entrañablemente—. El señor Darcy le sonrió calurosamente a su Elizabeth.

Mientras Charlotte y Sir William se despedían de todos, el señor Bennet prometió enviar una nota tan pronto como recibiera una respuesta de los Gardiner, y Elizabeth se animó lo suficiente como para desearle lo mejor a su amiga. Mientras el señor Collins los acompañaba a la salida, le informó a su prima Bennet que tenía la intención de escribirle una misiva a su patrona comunicándole sus planes de viajar antes de lo que ella esperaba. Cuando salieron de la estancia, Elizabeth se encontró a solas con su padre y Darcy.

—Habría esperado que quisieran compartir conmigo toda la alegría del día de mi boda—. Elizabeth frunció el ceño mientras miraba directamente a su padre.

—Y lo hacen. Tienen razón en que estarás muy ocupada el día de tu boda. Es la naturaleza de los humanos estar envueltos en sus preocupaciones, lo cual, debo añadir, es un pecado mucho mayor en los padres cuando sus preocupaciones suplantan las necesidades de sus hijos. Permíteles la oportunidad de reclamar una pequeña cuota de felicidad, Lizzy, ya que actualmente no hay otros señor Darcy o señor Bingley golpeando la puerta, ni es de esperar que los haya—. El señor Bennet cruzó las manos mientras esperaba la reacción de su hija ante su afirmación. —Están felices por ti, Lizzy, al igual que nosotros.

Consciente ahora de su hábito de no tener en cuenta a sus otras hijas, el señor Bennet vio con claridad su constante desprecio hacia ellas. Sólo ahora comprendía que había alentado a su hija favorita a hacer lo mismo. Mary y Kitty estaban ya haciendo las maletas y él hubiera dado cualquier cosa porque se quedasen para poder enmendarse. Descubriendo a cada paso más de sus fracasos, al señor Bennet le resultaba difícil no ceder a su creciente ira y frustración cuando él mismo cargaba con la mayor culpa de toda la discordia y desarmonía.

—Es horrible darse cuenta de que probablemente ahora pensaré más en ellas que si hubieran asistido a mi boda—. Elizabeth hizo una mueca de dolor al pensar en lo que eso decía sobre sus interacciones con sus hermanas menores. —Aunque, tal vez, estoy siendo presuntuosa.

Darcy no pudo evitar maravillarse ante la mujer que estaba sentada a su lado. Incluso cuando estaba disgustada por no tener a dos de sus hermanas o a su amiga más querida, aparte de Jane, en su boda, era capaz de sobreponerse a su decepción y mirar hacia el futuro.

Él contrarrestó su presunción prometiéndole que visitarían a su tía en Rosings Park y a los demás en Hunsford Parsonage tres veces al año si a ella le parecía bien. No pudo sino deleitarse en la felicidad de ella al asegurarle que le permitiría pasar tiempo con su familia. Aquella mañana le había demostrado que, para Elizabeth, Charlotte era como de la familia, y tenía que asegurarse de no olvidarlo.

Elizabeth se sintió muy aliviada al saber que sería la primera en ver a sus hermanas en Rosings Park. No pudo evitar pensar que era providencial que el hombre que se convertiría en su esposo estuviera íntimamente relacionado con la misma propiedad en la que se alojarían dos de sus hermanas.

Capítulo 11

Cuando Elizabeth condujo a Darcy a la sala, ella se sorprendió al oír que se marchaba el carruaje. Tras averiguar con Jane, Elizabeth se enteró de que Lydia, Mary y su madre iban a visitar el campamento con el capitán Saunderson. Al indagar más, le informaron de que el ejercicio era para ayudar a Lydia a entender cómo sería la vida como esposa siguiendo a un soldado del regimiento y cómo la percibían los demás.

—Tal vez eso es lo que hará falta, porque desde luego no nos ha escuchado —reflexionó Elizabeth.

—Mi querida, ¿te importaría echarle un vistazo a mi carta anunciando nuestro compromiso? —preguntó el señor Darcy con cara de inocencia, y luego sonrió cuando Elizabeth puso los ojos en blanco. Él había saltado del cortejo a un compromiso, pero, en opinión de Mary, había habido un compromiso público, así que era lo mejor.

—Claro que sí, señor Darcy, puede anunciar nuestro compromiso a toda Inglaterra, a todo el mundo, si eso le complace —respondió Elizabeth con una despreocupación que se burlaba de él, pero su felicidad era evidente en su sonrojo.

—Bingley, ¿tienes alguna correspondencia destinada a la ciudad? Podemos enviarla con mi mensajero, y de ese modo tu hombre seguirá disponible en caso de que surja alguna novedad —sugirió Darcy.

—Estaba pensando algo parecido, Darce, con la intención de enviar a uno de los lacayos desde Netherfield para que el tuyo pudiera, esta misma tarde, llevar una carta a los abogados con instrucciones para que comenzaran a redactar las capitulaciones matrimoniales—. Bingley esbozó una sonrisa mientras felicitaba a su amigo. —Eso si la señorita Bennet accede a mis más preciados deseos cuando dispongamos de un momento a solas.

—Ese es un plan mejor que el mío —dijo Darcy, divertido al ver como su amigo había realizado la cuidadosa indagación que un hombre podría intentar para saber si sus intenciones serían bien recibidas.

—Si está considerando las condiciones de nuestro acuerdo matrimonial, ¿puedo preguntarle si tiene la intención de fijar mil libras completas para mí, de modo que podamos darles mi parte a mis otras hermanas solteras? —le preguntó Elizabeth cuidadosamente a su prometido.

Darcy y Elizabeth comenzaron a conversar sobre los artículos matrimoniales y a esbozar sus planes para el futuro. No se podía iniciar una conversación de este tipo sin caer en un profundo ensueño sobre lo que podría depararles. Su conversación era a ratos seria y a ratos alegre. Al ver cómo Elizabeth detallaba con gran entusiasmo su deseo de que la biblioteca de Pemberley contara con una zona de asientos para que ellos pudieran compartirla, Darcy estaba seguro de una cosa: esperaba con impaciencia la vida y la luz que ella traería a su hogar. La luz había empezado a desvanecerse con la muerte de su madre, y durante mucho tiempo había lamentado su pérdida. No había sido capaz de ver un remedio para la situación, pero en ese momento estaba seguro de que Elizabeth sería el medio para restaurar la felicidad en sus hogares.

—¿Qué ha precipitado un cambio tan rápido cuando sólo hace doce horas que aceptaste un cortejo? —preguntó Jane a Elizabeth.

—Durante el desayuno, Mary nos aconsejó que nos considerásemos comprometidos.

Como tenía razón, las dos estuvimos de acuerdo en que los esponsales eran el siguiente paso lógico —explicó Elizabeth.

—Lizzy, sólo tú convertirías un compromiso en algo tan divertido como dulce—. Jane sonrió a su hermana.

—Sí, sí, sé que debería tratarlo con la seriedad de una sentencia de muerte. Sin embargo, como creo que es la siguiente fase de nuestra felicidad, ¿por qué habría de abordarlo con seriedad? —replicó Elizabeth juguetonamente.

—Supongo que hay mucho de verdad en eso, pero es algo serio —comentó Jane.

—Lo es, pero cuando está decidido, sobre todo cuando está decidido por ti, ¿por qué perder el tiempo contemplando todas las cosas que no sucedieron como otros esperan? Yo sé que soy afortunada porque todo estuvo en consonancia con mis esperanzas, así que ¿por qué lamentarse de haberme perdido pequeñas cosas como la petición de visitarme, un cortejo aburrido y una propuesta de matrimonio real? Recuerda que nos han asegurado que la biblioteca de Pemberley es bastante buena, Jane. No quisiera ser adusta y hacer que él se replantee su compromiso conmigo, lo que podría provocar que compartiera semejante tesoro con otra persona.

—Muy cierto—. Jane se rio.

—No quiero que piense que el nuestro será un compromiso aburrido como todos los demás; piense que es un acuerdo para que yo reclame cientos de besos suyos, dondequiera que nos encontremos. Vivir una vida de tanta felicidad no puede considerarse escandaloso.

Darcy esbozó una sonrisa de suficiencia hacia Elizabeth mientras la tomaba de la mano y la acercaba a él. —Y éste es precisamente uno de esos momentos— murmuró, y luego la besó con suavidad.

—Tal vez lo mejor sea una boda antes de Navidad —señaló Jane con poco reproche en su burla. Darcy y Elizabeth también pudieron oír el anhelo en sus palabras, y una mirada a Bingley demostró que él también lo había oído.

—¿Intentamos complacer a su madre y celebramos una boda doble? —le preguntó Bingley a Jane en voz baja, mientras la acercaba a él con un ligero toque en el codo. —Iré ahora a ganarme la aprobación de su padre si acepta ser mi esposa.

—No quiero que tome esta decisión simplemente porque ellos estén decididos en su camino —replicó Jane, poco dispuesta a aceptar que él lo dijera en serio, dada su elección de palabras.

—Tenía la intención de darle más tiempo para que pudiera estar segura de sus sentimientos, pero estoy más cerca de los treinta que de los veinte y nunca antes había tenido tanta esperanza ni había estado tan seguro de lo que quería. Si usted no está segura, no se precipite, pues nunca querría presionarla. Aunque no se me ocurre nadie que pueda gustarme más, esperaré si ese es su deseo—. Bingley le habló a Jane en voz baja.

—Aunque ahora mamá está dispuesta a considerar nuestros deseos, puede que tengamos la boda que queremos en lugar de la que ella desea —susurró Elizabeth en tono conspirativo.

—Es verdad—. Jane asintió con la cabeza mientras consideraba lo acertado de la afirmación, y luego su expresión se iluminó de esperanza. —¡Lizzy, podríamos tener vestidos sin encaje!

—Le daré a ella un presupuesto para la boda en recompensa por el compromiso de su hija—. Darcy le guiñó un ojo a Elizabeth. —Su madre también va a ser la mía, y es emocionante pensar que pueda volver a tener una figura así en mi vida. Estoy deseando dirigirme a ella como madre Bennet, y si de vez en cuando la mimo como debe hacerlo un hijo, no puede ser sino para

el placer de ambos.

—Si sigue alardeando de su riqueza, ¿cómo podrá ella ver más allá? —preguntó Elizabeth con picardía.

—No me importa que nunca lo haga, mientras ella la ame—. Darcy acarició suavemente la mejilla de Elizabeth.

—Señor Bingley, haga el favor de declararse para que yo pueda aceptarlo —le pidió Jane en voz baja, sonriéndole con tanta felicidad que él no pudo evitar una sonrisa.

—Creo que acabas de proponerme matrimonio, Jane. Acepto. Me has hecho el más feliz de los hombres —susurró Bingley mientras se inclinaba para besar la mejilla de Jane. Tenía toda la intención de pedirle matrimonio después de besarla, pero ella giró la cabeza para que sus labios se encontraran por primera vez.

Darcy vio que Jane rodeaba el cuello de Bingley con los brazos, por lo que hizo que Elizabeth saliera de la estancia para dejarlos un momento a solas.

—Darcy, gracias por esperar —dijo el señor Bennet. —¿Por qué están los dos en el pasillo?

—Bingley le está proponiendo matrimonio a la señorita Jane, ahora que ella le ha sugerido que se lo pida. Si desea volver al estudio, creo que él no tardará mucho en pedirle su consentimiento —respondió Darcy al señor Bennet y no pudo contener su sonrisa de satisfacción cuando el señor Bennet frunció el ceño.

—No le estará proponiendo matrimonio de la misma manera en que usted pidió un cortejo, ¿verdad? —El señor Bennet fulminó a Darcy con la mirada.

—No, señor, sus palabras fueron más bien largas y elegantes. Le ha asegurado muy noblemente que está dispuesto a arrendar Netherfield durante el tiempo que sea necesario para que ella esté segura de él —Darcy compartió el *on dit*. —En cuanto oímos eso, los dejamos solos, aunque puede ver que la puerta está ligeramente entreabierta. Elizabeth no hubiera permitido otra cosa.

—Pero fue Jane quien le señaló que las palabras tienen poco valor en algunos casos—. Elizabeth se encontró con los ojos de su padre. —Es un buen presagio que haya llegado a animar al señor Bingley, lo que me dice que está entusiasmada ante la perspectiva de casarse con él —sugirió Elizabeth con calma. —Déjala en paz, padre, ya que no necesita tu consentimiento al ser mayor de edad.

—¿Qué está pasando en esta casa? Lo único que puedo concluir razonablemente es que hemos caído bajo un encantamiento, y todos sabemos que es una conclusión poco razonable—. El señor Bennet volvió a su estudio mientras sacudía la cabeza con abatimiento.

—Me preocupa su ceño fruncido, señor Darcy, cuando hace unos momentos usted parecía complacido con la posible unión de su amigo y Jane—. Elizabeth buscó en el rostro del señor Darcy algo de comprensión.

—Me alegro mucho por Bingley y su hermana, aunque me encuentro en la inusual situación de sentir celos de otro hombre porque la mujer que ha conquistado su corazón le ha demostrado que lo desea.

—Ya veo—. Después de pensarlo un poco, Elizabeth tomó la mano de Darcy y lo condujo a través de la puerta que daba a la sala de desayunos, cerrándola silenciosamente tras ellos. —¿Y se pregunta si sólo lo deseo por su riqueza, señor Darcy?

—Nunca podría creerlo realmente, ya que ha demostrado que no es la clase de mujer que sólo valora la riqueza de un hombre —admitió Darcy. —Y es Fitzwilliam, o tú puedes llamarme William como lo hace mi familia.

—Tal vez este sea un excelente momento para recordarte que mides casi un pie más que yo, William. Incluso si estuviera dispuesta, no podría haber hecho lo que hizo Jane porque eres demasiado alto para que yo instigue tales travesuras. Si me encontrara contigo sentado —lo acercó a una silla, y él se sentó como ella pretendía—, entonces tal vez, sólo tal vez, podría besar a mi prometido para que comprendiera que me parece el hombre más apuesto que conozco.

Elizabeth le acarició la mejilla tal y como se había imaginado cuando por fin se metió en la cama después del baile y pudo comprender perfectamente el hecho de que ella, Elizabeth Bennet, una mujer sin dote de Hertfordshire, estaba siendo cortejada por Fitzwilliam Darcy, de Pemberley, un hombre por encima de casi todos los hombres de la alta sociedad.

Darcy gimió al sentir el suave tacto de ella, como si un susurro de promesas se deslizara por su piel. Elizabeth había atormentado sus sueños tantas noches últimamente. Por fin comprendió que su alma misma la anhelaba y que no podría volver a conocer el descanso hasta que abriera su mente a la posibilidad de tenerla siempre a su lado. No había podido dormir hasta que aceptó que no era el deseo fugaz que existe cuando un hombre conoce a una mujer que capta su interés, sino que era el deseo que surge por la mujer que un hombre necesita a su lado para el resto de sus días.

Y aquí, en este momento, supo que había acertado. Era su alma la que había encontrado una compañera en Elizabeth Bennet. Se apoyó en su mano para poder sentir el impacto de sus dedos sobre su piel durante un momento más.

—No soy un hombre que tenga una amante, Elizabeth, y sólo he visitado las casas en contadas ocasiones. Ahora que te he encontrado y me has aceptado, te juro que sólo te amaré a ti con mi cuerpo, como sólo te amaré a ti con mi corazón. No soy un hombre que suela confesar sus debilidades a los demás, pero te confieso que estoy desesperado por tu caricia. Te pido por favor que no me la quites todavía, y por favor no seas nunca reticente o indulgente con ella. Tu misma generosidad de espíritu me da esperanzas de que seas capaz de amarme con todo tu corazón, de que llenes el vacío que hay en mí, y no sólo el vacío que espera a la dueña de Pemberley —susurró Darcy.

—Puede que mis sentimientos no coincidan con los tuyos en este momento, pero creo que pronto llegaré a amarte tanto como tú a mí, William, tal vez incluso más. Pero quiero advertirte ahora que, si debo elegir entre tú o la propiedad, tendré que decidirlo cuando se presente la ocasión. No quiero nada más que nuestro hogar esté lleno de ese amor que esperas, que ambos esperamos que llegue a ser, y que la propiedad florezca ya que representa tu duro trabajo y nuestro futuro.

»Sin embargo, la indolencia de mi padre aquí en Longbourn, impone en mí la necesidad de cuidar de la propiedad. Tu necesidad de mí es de mayor importancia para mí como tu esposa, pero en caso de que estén en desacuerdo, tendrás que entender que puedo elegir la propiedad por el bien de nuestros hijos y por el bien de aquellos que confían en nosotros para administrarla con cuidado y eficiencia. Si alguna vez lo hiciera, te prometo que acudiré a ti y nos aseguraremos de que tengas de mí lo que necesites.

—Eso es muy razonable, y es bueno que lo estemos discutiendo antes de que tengas que elegir, porque podría haber pensado que eras una mercenaria. Dado lo que has compartido de tus preocupaciones, creo que habría acabado por entender tu objetivo de mantenerla próspera, tal vez incluso por mi propia voluntad, y entonces sólo habría tenido que luchar contra mi orgullo antes de volver a ocupar mi lugar a tu lado.

Cuando ella se puso entre sus rodillas, sus manos se dirigieron reflexivamente a su cintura para guiarla más cerca. El corazón se le aceleraba, la garganta se le secaba y, en aquel

momento de intensa expectativa, a punto de besarse por primera vez, el deseo que sentía por ella aumentaba posesivamente. El poder que se otorga cuando uno cede el control a otro es a la vez aterrador y estimulante, y él contuvo la respiración cuando ella bajó y rozó suavemente sus labios con los de él. Las sensaciones casi lo dejaron sin sentido.

Ella se apartó para buscar su expresión, y lo que vio hizo que sus ojos se abrieran de par en par por la sorpresa. Temiendo que huyera antes de que él pudiera tranquilizarla, la abrazó con más fuerza y se emocionó cuando los dedos de ella se enredaron en su cabello.

Al inclinarse para besarlo por segunda vez, él le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra sí. Su gemido fue una petición inconfundible; al oírlo, ella adquirió la confianza suficiente para besarlo por completo. Darcy supo que nunca tendría suficiente de aquello mientras bebía su sabor, que le recordaba al del café azucarado y la mermelada.

Cuando ella se retiró, sus ojos se nublaron momentáneamente, de modo que, con la ventana a sus espaldas, ella volvió a estar en un halo de luz. Estaba tan abrumado por la felicidad que le producía saber que ella le deseaba, que confiaba en él, que se le saltaron las lágrimas.

—Aunque lo nuestro no sigue el curso de un cortejo o compromiso normal, sea cual sea la etapa en la que nos encontremos ahora, creo que encontraremos un amor que resultará bastante excepcional, Fitzwilliam Darcy.

—No puedo sino estar de acuerdo, *señorita* Elizabeth Bennet. ¿Le parecen cuatro semanas demasiado tiempo? Podría solicitar a mi tío abuelo, un obispo, una licencia especial.

—Si el señor Bingley y Jane también pueden tener una, tal vez sería lo mejor—. Ella se sonrojó. —Por el bien de mi madre, por supuesto.

—Por supuesto—. Él sonrió.

Darcy se sintió complacido de haber perdido la batalla de contenerse ante aquella mujer única y extraordinaria. Sabiendo que ella lo ayudaría a enfrentar los desafíos de su vida en pareja con humor y su felicidad innata, Darcy estaba ansioso por ver lo que ella pudiera idear para el resto de sus vidas.

Capítulo 12

—Ya están de vuelta, señor —le anunció el señor Hill al señor Bennet, dando unos golpecitos en la puerta del estudio.

Elizabeth miró alarmada a Darcy, preguntándose cómo podrían abandonar el desayunador sin provocar un alboroto debido a su escandaloso comportamiento. Luego se preocupó por Jane y el señor Bingley, que también habían permanecido solos en la sala durante algún tiempo. Sin embargo, su inquietud resultó ser innecesaria. A diferencia de su habitual comportamiento, la señora Bennet no llamó a ninguna de sus hijas mayores para que la atendieran al entrar. Se limitó a seguir a Lydia escaleras arriba. El silencio mientras las dos ascendían era absoluto.

—Kitty, por favor, no te mudes con Mary. Ahora entiendo que tú, Jane, Lizzy y Mary han estado en lo cierto, muy en lo cierto. Por favor, Kitty, quédate aquí conmigo—. Lydia sollozó abiertamente.

—Soy muy consciente de que he estado en lo cierto, pues era obvio que la gente respetaba a nuestras hermanas mayores y nos evitaba poco después de nuestra salida en sociedad, cosa que no se me permitía hacer sin ti a pesar de que sólo tenías catorce años. Aunque me descorazona que nuestras palabras nunca te hayan importado, me alegro de que por fin comprendas lo impropio de tus actos y las consecuencias que pueden habernos acarreado. Yo, sin embargo, sigo siendo la que debe cargar con el peso de haber sido asociada con tu estupidez—. Kitty habló con tal convicción que cualquiera en el pasillo escuchó sus palabras.

—Tienes razón y debería haberte escuchado. Por favor, desempaca ese baúl y quédate conmigo —le suplicó Lydia entrecortadamente.

—No estaré aquí en Longbourn más que otra noche, dos como mucho—. Kitty dejó caer la tapa del baúl en su sitio.

—¡Kitty, mírame, por favor! Por favor, Kitty, te prometo que te ayudaré a rehacer toda tu ropa que he estropeado, ¡y te dejaré mi abrigo favorito! ¡Kitty! —Los que estaban en el piso principal pudieron oír cómo se cerraba una puerta y como Lydia lloraba sin reservas.

Cuando alcanzaron un alarmante crescendo, Elizabeth se apresuró a ayudarla. Sin pensarlo dos veces, tiró de Darcy mientras aun le sujetaba la mano. Cuando Darcy se negó a seguirla escaleras arriba, Elizabeth se vio obligada a detenerse.

—Cuida de tu familia y, por favor, avísame en Netherfield si puedo serte de ayuda —le pidió Darcy.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el señor Bennet al salir de su estudio, observando a Elizabeth mientras subía las escaleras a toda prisa.

Elizabeth se fue a consolar a su hermana menor, alarmada por los gemidos de Lydia. A pesar de las pasadas transgresiones de Lydia, no estaba en su naturaleza ignorar a una hermana que estaba tan genuinamente afligida. Un vistazo confirmó que la puerta de la habitación de Mary estaba cerrada contra Lydia y, por lo que habían oído, sólo podía suponer que Kitty ni siquiera había mirado a Lydia al salir.

—Yo te lo diré, padre—. Mary se adelantó para asumir el deber. —El capitán Saunderson guio a mamá y a Lydia para que hablaran con algunas de las esposas de los hombres de su regimiento. La vida que llevan estas mujeres es una verdad que mi madre necesitaba aceptar y

que mi hermana necesitaba comprender. No esperábamos cruzarnos con una joven que buscaba el regimiento del coronel Forster tras enterarse de que había perdido a su esposo. Estaba inconsolable en su dolor.

—El coronel Forster es digno de elogio, padre, pues incluso se aseguró de que la mujer que perdió a su esposo fuera atendida e intentó encontrarle un puesto cuando no pudo regresar con su familia por una u otra razón.

—¿A qué las expuso a ustedes? —preguntó el señor Bennet. —¡Nadie me preguntó si eso era aceptable!

—Sí, ella y madre hablaron con una mujer en la posición que Lydia tan tontamente envidiaba. Ahora no tendrías que esforzarte. De nada, padre —dijo Mary, ignorando su indignación mientras se dirigía a su habitación.

—Estoy aquí—. Elizabeth cayó de rodillas al ver que Lydia estaba sola y sollozaba con la cara apretada contra la cama. Lentamente guio la barbilla de Lydia hacia arriba para poder verle la cara y limpió las huellas dejadas por sus lágrimas. Pero fue en vano, ya que reaparecían cada vez que Lydia parpadeaba, a pesar de sus intentos por recuperar cierto control.

—Fue tan horrible, Lizzy. Las que estaban casadas me informaron de que mis expectativas eran infantiles, pero no eran las únicas damas presentes. Había otras que perseguían oficiales pero no se casaban y me aseguraron que el teniente Wickham se reía cuando hablaba de mí.

»Ellas también se rieron de mí y me llamaron tonta. Miraron a Mary y le dieron las gracias, diciendo que ojalá hubieran tenido una hermana que las hubiera querido y cuidado como lo hace conmigo. Una señora le escupió a mamá, diciendo que había visto mi comportamiento en Meryton y que mamá debería avergonzarse de sí misma y de mí. Dijo que a mujeres tan insensatas no se les debería permitir guiar a sus hijos. Estaba tan enojada, Lizzy. ¡Todas estaban tan enfadadas! ¡Y sólo me llamaban niña tonta! —Lydia se arrastró hacia el orinal, tan angustiada que le dio ganas de vomitar.

Antes de cerrar la puerta, Elizabeth pidió un paño frío, agua y una palangana y luego abrazó a su hermana y le frotó la espalda. No podía enfadarse con Mary, pues hacía tiempo que sabían que haría falta algo muy desagradable para convencer a Kitty y Lydia. Les preocupaba que los esfuerzos tuvieran que ser bruscos y rápidos, pero dada la reacción de Lydia, pareció extremo.

—Siento que hayan tenido que hacértelo entender así, pero es cierto que muchos que sólo se preocupan de sus propios deseos viven una existencia solitaria—. Elizabeth tranquilizó a su hermana mientras Lydia le confesaba lo cerca que había estado de la ruina. Al oír estas revelaciones, Elizabeth no pudo sino agradecer la intervención de Mary, ya que su hermana menor había estado peligrosamente cerca de cometer el más grave de los errores.

Mientras Elizabeth frotaba la espalda de Lydia y escuchaba su historia, se le ocurrió que las mujeres llevan una carga desde tan temprana edad. Lydia era todavía, en muchos sentidos, sólo una niña que había recibido poca orientación de sus padres, y la que había recibido la había llevado sin duda por el camino equivocado. Una vez que Lydia hubo relatado los últimos acontecimientos y las intenciones de cierto teniente que afortunadamente había sido detenido, las hermanas permanecieron sentadas en silencio durante un buen rato antes de que Lydia volviera a interrumpir sus reflexiones privadas.

—El capitán Saunderson intercedió cuando una de las mujeres me preguntó si quería saber cómo sobrevivían realmente algunas de ellas una vez abandonadas por los oficiales que les

habían hecho promesas que nunca pensaron cumplir. Había mujeres que tenían hijos y sin embargo no estaban casadas. No soy estúpida, Lizzy, pero recién ahora veo que ese podría haber sido mi destino. El teniente Wickham no se habría casado conmigo, ya que no tenía dote que lo incitara a llegar tan lejos para asegurarse lo que deseaba—. Lydia moqueó.

—No eres estúpida, que es lo que más me ha frustrado al intentar guiarte. Eres muy inteligente. Todos los Bennet hemos sido bendecidos con mentes sanas y la capacidad de razonar. Sin embargo, aquellos de nuestra casa que ejercen mayor influencia sólo le han dado verdadera importancia a la belleza exterior, no a los logros o a las verdaderas cosas de valor que pueden hacer las mujeres con tanta perspicacia—. Elizabeth volvió a acercar a su hermana a ella.

—Puede que mamá esté más disgustada que yo —reconoció Lydia en voz baja.

—No la estoy oyendo —replicó Elizabeth tras escucharla por un momento.

—No lo entiendes, Lizzy. Fueron odiosos con ella. A mí sólo me ridiculizaron, pero eran muy odiosos con ella —recalcó Lydia, tratando de transmitir su punto de vista, y se sintió frustrada por su incapacidad para hacer entender a su hermana.

—Porque probablemente sus madres también trataron de empujarlas a conseguir un esposo a toda costa —sugirió Elizabeth, demostrando que había razonado por qué aquello molestaría a una joven a la que habían animado a actuar precipitadamente. —Y ahora sabes que coquetear escandalosamente no le gana a una joven el tipo de atención que una mujer debería desear.

—¿Es demasiado tarde? ¿Es demasiado tarde? —preguntó Lydia, y su expresión cabizbaja rompió de nuevo el corazón de Elizabeth.

—Nunca es demasiado tarde para ti. Puede que sea demasiado tarde a los ojos de algunos, pero no estás arruinada.

—Ojalá pudiera irme para no tener que enfrentarme a la desaprobación de nuestros vecinos—. Lydia bostezó, pues su energía se había agotado.

Las chicas empezaron a discutir la mejor manera de seguir adelante a partir de ese momento. Elizabeth reflexionó sobre cómo podría intervenir en favor de Lydia, especialmente con la nueva influencia que ejercería como señora Darcy de Pemberley. Decidió hacer todo lo posible y compartió su intención con su hermana. Elizabeth también le arrancó la promesa de establecer un nuevo rumbo para ella que beneficiaría su situación. Lydia haría todo lo que estuviera en su mano para esforzarse por mejorar.

Tras el acuerdo de Lydia, la conversación derivó hacia otras reparaciones tardías. Lydia estaba muy afligida por el daño que le había causado a Kitty. No sabía cómo podría conseguir el perdón de la hermana a la que había maltratado. Llorando suavemente de nuevo, Lydia recostó la cabeza en la almohada.

—Nunca pensé que tú serías la hermana a la que podría recurrir —susurró Lydia mientras sus ojos empezaban a cerrarse.

—Puede que incluso yo esté más sorprendida que tú, querida. Haré que te traigan pan y miel por si te despiertas en algún momento de la noche—. Elizabeth se inclinó para besar la mejilla de su hermana y salió de la habitación en silencio.

***

Aquella noche, durante la cena, el señor Bennet no pudo por menos que lamentar las sillas vacías del otro extremo de la mesa. Elizabeth le había dicho que no debía esperar que Lydia se uniera a ellos, pero él no había considerado que su esposa también podría estar ausente. Tampoco él pudo evitar observar que ninguna de sus hijas lo miraba mientras cenaban en silencio.

El señor Collins había pasado el resto del día con el coadjutor de Longbourn y había mandado decir que se quedaría con el caballero para la última comida del día. El señor Bennet sintió envidia de su primo, pues era, hasta el momento, la comida más incómoda que había soportado en su casa.

Y ese era el meollo del asunto, pues si bien era su casa, también era el lugar al que su esposa e hijas llamaban hogar. Si fuera un hombre menos comprensivo, les ordenaría que actuaran de otra manera, pero no podía. Vivir con seis mujeres durante más de una década le había enseñado que, aunque las mujeres no siempre eran racionales en sus reacciones, eran muy inflexibles en sus opiniones. Esta vez comprendió que, además de tener razón en sus conclusiones, sus silenciosas acusaciones estaban justificadas.

Él tenía la culpa, y estaba decidido a sentir el peso de sus fracasos. En cuanto a Lydia, creía que tenía motivos para albergar alguna esperanza, ya que nadie tenía más determinación que su hija menor. Si ella se proponía superarse, no dudaba de que lo conseguiría.

El peso de sus fracasos con Kitty y Mary le pesaba en la conciencia y no veía el camino a seguir con ninguna de las dos. Su hija mediana era incluso más parecida a él que Lizzy, y su cuarta hija había soportado las cargas más pesadas de su familia.

Mary había tomado el camino correcto más que ninguno de ellos. Su honestidad, a veces, le cortaba tan profundamente como cualquier cuchillo. Ella no había tomado partido, sino que había apoyado a la hermana que había acudido a ella en su desolación. Mary era lista, juiciosa y franca, una hija que cualquier familia tendría la suerte de tener. No podía estar más orgulloso de ella.

Sus ojos se posaron en su cuarta hija, y se preguntó cuánto tiempo había estado Kitty enfadada con ellos. La había ridiculizado abiertamente y, mientras tanto, Lydia la había tratado con crueldad. Kitty había cumplido con el deber que su madre le había asignado, interminable y casi insoportable, mientras que el resto había dormido a pierna suelta todas las noches.

Sabía que Elizabeth se debatía entre la lealtad hacia él y el enfado con él y con su madre por su ensimismamiento. Se sentía orgulloso de Elizabeth por querer que Kitty perdonara a Lydia ahora que ésta comprendía que no la habían censurado por su placer. Pero también le preocupaba que no pudiera ver lo dolida que se había sentido Kitty por sus acciones.

Jane estaba destrozada por haberle causado dolor a alguien, y mucho más a una de sus hermanas, y se limpió las lágrimas silenciosas de la mejilla cuando miró a Kitty.

Al contemplar la angustia de Jane, el señor Bennet despreció la hipocresía de su sociedad. Sus hijas seguían las reglas del decoro, mientras que los hombres podían hacer lo que quisieran y cuando les viniera en gana. Es cierto que Lydia era coqueta, pero no viciosa, como muchas damas de su clase. Aunque el trato que le daba a su hermana debía ser abordado, Lydia abrazaba la vida con placer y alegría.

Su indignación se desangró casi tan rápido como había surgido, pues aquella exuberancia era peligrosa. Siempre lo había sido sin tener en cuenta su género. Debería haber ayudado a Lydia a practicar el decoro fuera de casa, a encontrar formas de canalizar su energía y a poner freno a las constantes vociferaciones de su esposa sobre la necesidad de encontrar esposos para sus hijas.

Él había esperado en secreto que ella lo consiguiera porque no tenía dinero reservado para sus dotes y no había hecho nada para asegurarse de que hubiera medios para que se cuidaran mutuamente. Con la expectativa muy real de tener dos hijas que se irían al día siguiente, dos casadas en estos próximos dos meses, y enterarse de que su quinta hija había solicitado ir a la escuela, estaba a punto de perderlas a todas en menos de tres meses.

El señor Bennet sabía que sentiría intensamente el vacío de la casa y que tanto él como su esposa estarían ansiosos por que los asuntos se arreglaran en Kent para que Kitty o Mary volvieran a casa. No podía negarle a su hija menor su deseo de ir a la escuela ahora que dispondría de más fondos, y cuando terminara el curso escolar tendrían la seguridad de volver a tener dos hijas en Longbourn con ellos.

—Abriré la conversación, pero pido que todos se moderen mientras comemos—. Mary rompió finalmente el silencio. —En los últimos tres días, todos ustedes han levantado la voz, algunos más de una vez. Si pueden hablar con calma, me gustaría discutir lo que podría ocurrir mañana después de que nos vayamos. ¿Saben todos que una condición para que Kitty pueda acompañarnos a Kent es que le escriba a una de sus hermanas? Si vuelvo, por supuesto, cumpliré ese papel. Hasta que lo haga, esperamos que tú, Jane, le permitas escribirte cada dos semanas.

—Me encantaría. Prometo compartir las noticias de toda nuestra familia —respondió Jane, aunque su sonrisa se desvaneció cuando Kitty se limitó a encogerse de hombros.

—Kitty, al menos podrías darle las gracias a Jane —dijo Elizabeth.

—Lizzy, a Kitty se le ordena que nos escriba a una de nosotras, aunque será un placer para mí recibir sus cartas. Permítele tener sus propios sentimientos al respecto —la reprendió Jane.

—¡No estoy segura de que tenga sentimientos! Lydia ha visto el error de sus actos, pero Kitty rechaza sus disculpas—. Elizabeth casi siseó en su frustración.

—¡Elizabeth, basta! —intervino el señor Bennet. —Mary sugirió que mantuviésemos una conversación ecuánime, de la que sé que eres capaz. Ahora, te pregunto, Lizzy, si alguien lastima a sus hijos todos los días durante diecisiete años, ¿una sola palabra de disculpa debería ser suficiente?

—No estoy seguro de cómo puedes justificar estar enfadada con Kitty por no aceptar las disculpas de Lydia cuando tú no has perdonado fácilmente a tu madre por sus insultos hacia ti. Kitty es la única en esta casa que ha asumido rutinariamente un papel de madre con Lydia. No se limita a decirle que se comporte cuando da un espectáculo en público, sino que intenta intervenir en su favor y para mejorar a Lydia. No la culpes por enfadarse por haberse visto obligada a hacerlo —dijo el señor Bennet con firmeza.

Mientras él expresaba su desaprobación, no recordaba haberse enfadado nunca con Elizabeth. Le extrañaba, porque ella no era perfecta. En contraste con las virtudes de sus otras hijas, sus defectos se hacían más evidentes. Sin embargo, se sentía abrumado por el amor que sentía por cada una de ellas. A pesar de sus imperfecciones, eran las hijas perfectas para bendecir cualquier hogar. No saber cómo expresarles esto porque no había ningún precedente que él pudiera seguir le hizo sentir que esta posición era tan difícil como la que cualquier hombre pudiera encontrar.

—Nuestra hermana tiene el corazón roto —defendió Elizabeth sus afirmaciones.

—La hermana que tú defiendes no se ha disculpado por sus crueldades. Sólo espera que la consuelen y se le restituya su sombra —dijo Mary antes de que su padre pudiera intentar suavizar las cosas.

—Lydia no sólo era egocéntrica. Era rencorosa. Nunca se ha disculpado por los vestidos que le robó a Kitty, ni por los que cortó para que Kitty no se viera más bonita que ella. ¿Y qué hay de todas las cosas que Kitty se ha visto obligada a darle a Lydia? Se vio obligada a supervisarla día y noche porque nuestra hermana menor se negaba a hacer nada por su cuenta. Kitty no estaba a la sombra de Lydia por elección propia —afirmó Mary mientras se acercaba y tomaba la mano de Kitty para ofrecerle algo de consuelo cuando ésta se estremeció al oír en voz

alta las mismas verdades que había compartido con Mary aquella tarde.

Mary continuó enumerando cómo Lydia se había aprovechado de su hermana. Parecía que nadie más en la mesa se había molestado en darse cuenta de que Lydia había destrozado los libros de Kitty, destruido sus materiales de arte y arruinado el poco arte que Kitty había conseguido producir, todo porque eso desviaba su atención de su hermana pequeña. Enterarse de esto ponía de relieve que Kitty había estado a merced de los caprichos y las rabietas de su hermana pequeña, esperando que eso aliviara los nervios de su madre. Mary miró fijamente a los reunidos alrededor de la mesa, desafiándolos a salir en defensa de Lydia.

Al ser atendida sólo con silencio, Mary continuó explicando que, si bien su madre acababa de ofrecerse a reponer lo que Kitty hubiera perdido por una de las rabietas de Lydia, no había habido ninguna cuenta a lo largo de los años que les permitiera reponer los objetos tangibles que había perdido y, desde luego, ninguna que compensara el dolor que había soportado durante tanto tiempo.

Un silencio bastante incómodo se apoderó de la mesa antes de que Elizabeth se volviera hacia Kitty y le implorara que refutara lo que Mary acababa de decir en voz alta o, como mínimo, que matizara la cruda realidad de lo que todos habían ignorado tan voluntariamente durante tanto tiempo.

—Sabes los pocos vestidos que poseo, y aun así mi baúl está el doble de lleno porque a Kitty no se le ha permitido su asignación más que una vez. Dinos otra vez cuán injustificada es la ira de Kitty —preguntó Mary con calma.

—¿Por qué nunca dijiste nada, Kitty? —imploró Jane.

—Lo hizo, muchas veces, pero sus palabras cayeron en saco roto. Sólo yo la oí, pero yo era lo bastante invisible como para no estar atrapada en tus mismos prejuicios y, por tanto, poder ver a mis dos hermanas menores como individuos.

—Estoy muy apenada —dijo Jane de nuevo. Sus lágrimas cayeron más rápido, aunque no se permitió el alivio de llorar de verdad.

—No importa lo que digas, Jane—. Mary ofreció una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no la dejas hablar por sí misma? —exigió Elizabeth.

—Pedí una conversación tranquila, y ella es cualquier cosa menos tranquila —ofreció Mary.

—Por favor, traten de recordar que no son enemigas —le suplicó el señor Bennet a sus hijas.

—Actualmente no somos amigas—. Elizabeth frunció el ceño.

—Nunca has sido amiga de ninguna de nosotras más allá de Jane, y siempre estabas celosa si ella estaba con alguien más—. Kitty fulminó a Elizabeth con la mirada.

—Yo…— Elizabeth se echó hacia atrás ante el tono venenoso de Kitty.

Elizabeth siempre había supuesto que estaba salvando a Jane de tener que hablar con sus hermanas menores. Siempre quiso a Jane para ella sola, prefiriendo su compañía a la de cualquier otra persona, y supuso que el sentimiento era recíproco. Era cierto que, hasta los recientes esfuerzos de Mary, Jane era la única compañía que podía tolerar en la casa aparte de su padre.

—Debería haber sacado tiempo cada día para estar con mis hermanas —confesó Jane su pesar en tono de autorrecriminación.

—Todas deberíamos haberlo hecho, aunque eso significara que mamá dejara de prestar atención a Jane por un momento o que la paz de papá se viera interrumpida para que se vieran obligados a ver la verdad —dijo Mary.

—¡Basta! No permitiré que le hables de tu madre con semejante falta de respeto en esta

casa—. El señor Bennet golpeó la mesa con la mano.

—Eso es interesante viniendo de un hombre que, hasta ayer, sólo se dirigía a ella con faltas de respeto —replicó Kitty. Su voz era tranquila pero temblorosa por la emoción, y su reprimenda reverberó por toda la habitación. Nunca nadie se había atrevido a hablarle así a su padre. Pero como nadie podía tolerar que siguieran despreciándola, Kitty tenía permisos que nunca se le concederían a nadie más. —Me quedo con Maria Lucas siempre que puedo para no tener que lidiar con Lydia si me lleva al límite de mi tolerancia. Y el respeto, o al menos la amabilidad, entonada cuando sus padres se hablan me demostró hace una década que nuestros padres no estaban exentos de muchos defectos.

—Tal vez sea mejor que terminemos la comida en silencio. Admito que estoy considerando retrasar su viaje a Kent para que podamos sanar la brecha en nuestra familia antes de que empiece a perder a mis hijas —admitió el señor Bennet mientras miraba de Kitty a Mary.

Calculó sus posibilidades de obtener su consentimiento sin recurrir a la prepotencia. Si lo intentaba, sabía que las perdería el día que fueran mayores de edad, con la posibilidad de no volver a saber de ellas. ¿Qué padre quiere eso cuando por fin comprende lo afortunado que es?

—Nunca fuimos tus hijas. Elizabeth era *tu* hija, y si me exiges que me quede, nunca te lo perdonaré.

Los ojos del señor Bennet se encendieron de indignación, y estaba a punto de hacerle saber a su cuarta hija que había cruzado la última línea que estaba dispuesto a permitir. Cuando se encontró con sus ojos, su ira fue demasiado para él y le hizo apartar primero la mirada.

Le repugnaba que Kitty tuviera razón, porque Elizabeth había sido la única con la que había hablado con cierto placer. Con el resto de sus hijas hablaba quizás una vez al día, normalmente para darles los buenos días. Sin embargo, no recordaba ningún momento antes del baile en el que hubiera entablado conversación con Jane, Mary, Kitty o Lydia.

—Espero ganarme algún día tu perdón, Kitty, y el tuyo, Mary —reconoció a ambas, y luego miró a sus dos hijas mayores. —Jane, espero empezar a compensar mi negligencia hacia ti. Me gusta mucho la idea de que pasemos una hora juntos cada día. Se lo comentaré a tu madre cuando vaya a verla después de cenar —dijo, suspirando cuando Elizabeth lo miró sorprendida. —Mi querida Lizzy, aunque a menudo he sido poco amable, eso no significa que nunca me haya preocupado por tu madre. Ha sido mi esposa durante más de veinte años.

—Ha sido tu tonta institutriz —dijo Kitty.

—Eso es suficiente, Kitty—. El señor Bennet levantó una mano.

—Gracias por haber denegado mi petición de tomar una bandeja para poder cenar a solas en mi habitación, padre —replicó Kitty con una dulzura tan fingida que él no pudo evitar reírse.

—Ahora mismo no puedo comprender todas las facetas de mi cuarta hija, porque eres exactamente lo contrario de lo que suponía—. Le sonrió.

Su diversión se desvaneció cuando vio que ella se mordía el labio para guardarse lo que pudiera haber dicho, pero podía adivinarlo con bastante aproximación. Sólo se había tomado el tiempo de conocer el carácter de una de sus hijas. Su pecho zumbaba con la frustración de no obtener respuesta, ya que no sería ni amable ni tranquila. Una vez había exigido a gritos su silencio, así que si ésta era la forma que tenía Dios de demostrarle que no había querido lo que le había pedido repetidamente durante todos estos años, ciertamente tenía un mordaz sentido del humor.

—Si me disculpan, necesito hablar con mi esposa—. El señor Bennet había renunciado por fin a la pretensión de comer para prolongar el tiempo con sus hijas con la esperanza de que afloraran su natural sociabilidad y su afecto fraternal. Sus esperanzas se habían visto seriamente

defraudadas. —Estoy seguro de que hoy ha sido difícil para ella a muchos niveles. Debo pedirles que, si hablan entre ustedes, no hablen más alto que un susurro. Su risa sería un sonido bienvenido si llenara toda la casa. No le pediré lo mismo a ella, ya que está en su derecho de gritarme por el resto de nuestros años. Por favor, discúlpenme—. El señor Bennet asintió hacia sus hijas y luego se fue con su esposa.

—Kitty, ¿es cierto que sólo tienes tres vestidos? —le preguntó Elizabeth.

—Es como siempre ha sido—. Kitty se encogió de hombros.

—Eres casi de mi altura. Permíteme que te regale uno de los míos antes de que te vayas. Querrás causar una buena impresión —sugirió Jane.

—Y cambiaré mi capa verde por la tuya de color canela oscuro. El color resaltará el verde de tus ojos avellana, mientras que el tuyo sólo hace que se apaguen... —La voz de Elizabeth se apagó al darse cuenta de que ése era el motivo por el que Kitty lo había elegido, aunque no había cuestionado la razón porque estaba segura de que Kitty había querido llamar la atención de los hombres jóvenes de su vecindario.

—Así es —dijo Kitty.

—Por favor, déjame cambiar contigo —volvió a proponer Elizabeth. —Y aunque no tengo la misma estatura, dos de mis vestidos tienen un dobladillo más grande como esperaba que se los dieran a ti o a Mary para que puedan llevárselos ahora.

Todas dieron un respingo cuando oyeron un portazo, y entonces escucharon la voz de su madre. Aunque amortiguada, el enfado era inconfundible.

—Me queda poco por meter en el baúl, pero me gustaría ir a mi habitación. Ya he terminado—. Kitty se levantó y salió de la habitación.

—¿Volveremos a sentir que es nuestra hermana? —le preguntó Elizabeth a Jane en voz baja.

—Tengo dos hermanas a las que no conozco en absoluto y una a la que sólo hemos empezado a conocer este último año. Me duele no tener tiempo de saber quiénes son antes de que ellas se vayan y yo me case.

—Esa es la naturaleza misma de la humanidad, ¿no? Cuando estás seguro de lo que sabes, no buscas más información. Ambas tardaron unos días en creer que yo no era quien suponían cuando me acerqué a ustedes. Aunque no siempre estamos de acuerdo, por mi parte, ha sido un placer crecer cerca de ustedes. Ahora, nuestra hermana me necesita. Si soy yo quien regresa de Kent, tengo la intención de aprender de nuestro padre todo lo posible sobre la administración de propiedades, al igual que tú has tenido la oportunidad de aprender algunos aspectos de ello, Elizabeth. Tal vez, por fin, le demuestre que soy una buena alumna más allá de las materias que enseñan los *Sermones de Fordyce* —dijo Mary.

—Creo que él ya está convencido —respondió Elizabeth con una pequeña sonrisa.

—Estoy agradecida de que Kitty te tenga a ti y de que no vaya a estar sola —dijo Jane mientras las tres se levantaban para subir las escaleras, todas sorprendidas al encontrar al señor Collins de pie tranquilamente en la entrada.

—Estoy rezando para que esto no sea culpa mía, esta ruptura en la familia —dijo el señor Collins mientras miraba hacia la escalera con remordimiento.

—Usted no tiene la culpa, señor —replicó Mary. —Aunque usted haya sido uno de los catalizadores que finalmente abrieron la caja de Pandora, por así decirlo, era necesario por el bien de Kitty, por el mío propio, e incluso por el de nuestra madre y Lydia. Los únicos que no se han beneficiado inmediatamente son papá y Elizabeth. Jane también debe estar agradecida por una madre que no se lamenta cada hora de que ella no esté casada todavía—. Mary le dedicó una

pequeña sonrisa.

—Eso no es justo —refutó Elizabeth la acusación.

—La verdad rara vez lo es —dijo Mary mientras enlazaba su brazo con el de Elizabeth. —No hiciste nada malo, Lizzy, aparte de pensar que Kitty debía perdonar tan rápidamente. Hubo algunas cosas que, como familia, podríamos haber hecho mejor—. Mary miró hacia la escalera con expresión compungida.

—Es cierto. Si me disculpan, tengo que preparar un vestido para mi hermana. Creo que el amarillo, pues se verá radiante en él—. Jane subió las escaleras después de recoger su cesta de costura para poder hacer los arreglos necesarios. —Mary, asegúrate de llevarte todos los vestidos rosas de mi armario. A ti te sienta bien ese color, mientras que a mí me disgusta mucho. Puedes recortar el encaje como mejor te parezca.

Elizabeth también tomó su cesto de costura para deshacer el dobladillo sobrante de los vestidos destinados a Kitty. Le dio las buenas noches al señor Collins y siguió a sus hermanas escaleras arriba.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, la familia Bennet, exceptuando a Lydia, se sentó en el desayunador. La conversación giró con seguridad en torno a la distancia que recorrerían cada día para llegar a Kent.

Después de reunir todas las cartas destinadas a la tía o al tío Gardiner para que pudieran ser entregadas en mano, el señor Bennet les obsequió a sus hijas que partían con papel, plumas y tinta de sus provisiones. El señor Collins le aseguró que había suficientes suministros en Rosings Park y la casa parroquial de Hunsford. Aun así, dado su deseo de que sus hijas fueran corresponsales diligentes, especialmente Kitty, no se dejó convencer.

Los baúles fueron rápidamente cargados en el carruaje de Sir William, y el señor Collins se despidió de la familia, luego esperó junto al equipaje.

—Kitty —La señora Bennet le dirigió una expresión esperanzada a su cuarta hija mientras extendía una mano hacia ella.

—Que estén bien, madre, padre, hermanas —dijo Kitty sin mirarlos, luego caminó hacia el carruaje y dejó que el señor Collins la ayudara a subir al carruaje.

Jane se sintió aliviada al ver que Charlotte tomaba a Kitty en brazos y la estrechaba en un fuerte abrazo. Charlotte miró a Jane, prometiéndole en silencio que cuidaría de Kitty, y Jane le devolvió el gesto en señal de agradecimiento y alivio.

Mary se despidió de sus padres y a cierta distancia para que no la abrazaran ni la besaran. Ninguno de los dos había intentado antes tales muestras de afecto cuando ella hubiera dado cualquier cosa por ellos. No creía que fuera el momento, y cuando por fin estuvieran todos preparados para dar ese paso, no quería que hubiera desesperación alguna asociada a ello.

Besó y abrazó a cada una de sus hermanas mayores en la mejilla y aceptó un beso a cambio. Mary subió entonces al carruaje de los Lucas y tomó la otra mano de Kitty. Cuando el señor Collins subió al carruaje, se oyó un alboroto en el interior de Longbourn.

—¡Kitty, espera! —Lydia se apresuró a pasar junto a los que aún estaban en la entrada. —¡Kitty, aguarda! —volvió a gritar Lydia mientras corría hacia el carruaje. Sacó un bonete y una mano se extendió para recibirlo, pero no era la mano de Kitty. Era la de Charlotte. —¡Perdóname, Kitty! Te lo ruego.

—Gracias, Lydia—. Charlotte se ofreció al ver que Kitty no hacía caso a su hermana. —Siempre haces bonitos tocados—. Charlotte miró a Jane, aliviada de que viniera al lado de Lydia y así asintió con la cabeza al señor Collins para indicarle que podía cerrar la puerta del carruaje.

—Pasé toda la mañana terminándolo ya que sabía que ella no hablaría conmigo, aunque hubiera estado en el desayuno. Pero ella debe saber que lo siento, que lo siento por todo—. Lydia miró a Jane con llanto, sus lágrimas rompieron de nuevo el corazón de Jane.

—Le encantará, estoy segura—. Jane abrazó a su hermana.

—¿De verdad lo crees?

—¿Cómo no podría? Sólo vi un destello de colores, pero estoy segura de que le encantará —dijo Jane mientras secaba las lágrimas de Lydia y la guiaba de vuelta hacia los demás que se despedían en el camino.

Elizabeth también abrazó a Lydia, mirando a Jane mientras se miraban por encima de la

cabeza de Lydia, y se preguntó cómo podrían ayudarla antes de que se marcharan y la enviaran a la escuela.

—¿Crees, como papá, que me perdonará? —Lydia miró a sus hermanas. —Ha prometido que es lo que hace la familia cuando se cometen errores, que nos perdonamos unos a otros.

—Es lo que hacen las familias —asintió Jane mientras todas observaban como el carruaje se alejaba del camino. Pensó que sería reconfortante que actuaran como si fueran una familia.

Jane casi se desvaneció de alivio cuando Bingley y Darcy salieron del polvo que había dejado el carruaje a su paso. La comitiva de Longbourn esperó a que desmontaran de sus caballos, luego Darcy se dirigió directamente hacia la señora Bennet y se detuvo ante ella con un ramo de flores silvestres.

—No había tenido el placer de traerle un ramo como éste a mi madre en estos últimos dieciséis años. Sé que ha sido una semana muy dura, señora Bennet, y pensé que necesitaría que le recordase que usted es una madre que siempre ha querido lo mejor para sus hijas. En una de ellas, he encontrado a la mujer que se convertirá en mi esposa. Por su influencia, es la mujer que admiro por encima de todas las demás. Usted nunca se quedará en los setos, madre Bennet —prometió el señor Darcy mientras se inclinaba ante ella. Luego se dio la vuelta mientras sacaba la rosa, que se había introducido en un ojal de su chaqueta, y se la entregaba a Elizabeth.

El señor Bingley le entregó un puñado de flores a Lydia mientras le decía que el día no le parecía propicio si ella lloraba, lo que la indujo a sonreír. Luego le entregó una rosa a Jane. Cuando ella le sonrió, él no pudo evitar disfrutar de la calidez de su bienvenida.

—Es usted todo un encanto, señor. ¿Dónde estaba escondido ese aspecto de su carácter la noche que nos conocimos? —Elizabeth esbozó una sonrisa al mirar a los ojos de su prometido.

—Creo, señora, que mi ayudante de cámara se había olvidado de meter en la maleta mi buen humor. Por suerte, mi primo Richard, el coronel Fitzwilliam, hizo que me lo enviaran por correo urgente la semana pasada. Richard me ha asegurado que rondará nuestra casa en la ciudad mientras estemos de viaje de bodas para que pueda hacerle compañía a Georgiana mientras él convalece de una lesión. Me asegura que es sólo un pequeño rasguño. Hace poco que hemos vuelto a saber de él, ya que estuvo en la guerra durante algún tiempo, y estoy ansioso por verlo. Cuando regresemos, y antes de que viajemos a Pemberley, nos reuniremos con él en la residencia Darcy y probablemente cenaremos con su madre y su padre—. Darcy levantó la mano de Elizabeth y la besó.

—Estoy agradecida con él por pasar tiempo con nuestra hermana y por su diligente cuidado de usted. Imagínese perder algo tan importante como su sentido del humor donde ni siquiera su excelente ayudante de cámara puede encontrarlo fácilmente —replicó Elizabeth juguetonamente. —Como estoy segura de que ustedes, caballeros, han venido a ayudar a mamá a planear la boda que esperamos celebrar en menos de un mes, me escaparé con Jane y Lydia al estudio en busca de un buen libro —se burló Elizabeth de todos los presentes.

—¡Oh, no puede ser! —jadeó la señora Bennet.

—Sí se puede. Tendremos dos modistas a nuestra disposición. Sólo necesitamos celebrar una sencilla ceremonia y un pequeño desayuno de bodas aquí en Longbourn con aquellos que queramos invitar. ¿Elaboramos un plan de batalla, madre? —preguntó Elizabeth a la señora Bennet con una sonrisa pícara.

—Visitar a sus caballeros —ofreció la señora Bennet en un intento de pensar en sus deseos por encima de los suyos propios.

—Nada nos haría más felices que empezar a planear las bodas. Pero he tenido una idea, señora Bennet, y me pregunto qué le parecería a usted —dijo el señor Darcy mientras la

acompañaba al interior con Elizabeth del otro brazo.

—Nunca he visto a Darcy tan feliz —musitó Bingley mientras guiaba a Jane y Lydia al interior de la casa.

El señor Bennet se quedó solo en el camino de entrada, deseando fervientemente que Mary y Kitty regresaran, mientras se enfrentaba de nuevo a la constatación de que su casa estaba a punto de quedarse en silencio, demasiado para su gusto. Una semana antes, se habría reído si alguien le hubiera sugerido esa posibilidad. Entendía perfectamente el dicho de que uno debe tener cuidado con lo que desea.

—¿Dijo usted que tenía una sugerencia, señor Darcy? —preguntó la señora Bennet una vez hubo pedido un refrigerio.

A ella no le sorprendió que el señor Bennet los hubiera seguido hasta el salón. No era la primera vez que afirmaba estar decidido a ser un padre implicado, un mejor amo de la propiedad y un verdadero esposo, pero ella esperaba que esta vez cumpliera sus afirmaciones. Le divertía el hecho de que decidiera unirse a ellos mientras planeaban una boda, algo que la mayoría de los hombres que no eran el prometido tendían a evitar y a menudo lo hacían incluso si lo eran.

—Sugiero un viaje a la ciudad y que se alojen en la residencia Darcy, donde tendrán un carruaje a su disposición. Será mucho más fácil tener los ajuares preparados en Londres durante dos semanas que aquí en Meryton —sugirió esperanzado el señor Darcy, y la señora Bennet no pudo evitar mirarlo con auténtica sorpresa.

—Es una oferta muy generosa, señor Darcy —respondió la señora Bennet con cautela, insegura de que pudieran permitirse los gastos, pero también insegura de que pudieran permitirse lo contrario.

—Estoy deseando mimar a mi esposa, y debo insistir en que se me permita regalarle dos vestidos. Necesitará uno para el baile. Mi tía exigirá la oportunidad de ser la anfitriona de uno en nuestro nombre. El otro será para la ceremonia. Creo que Lydia y mi hermana también necesitarán lo mismo.

—¡Es un gasto demasiado grande!

—Sabía que se opondría, Elizabeth, pero tendrá que acceder a ello. Me temo que mi hermana y yo hemos estado solos demasiado tiempo, y con nuestro matrimonio, los Bennet me están haciendo un regalo mucho mayor. No sólo me hará el más feliz de los hombres, sino que ganaré a Bingley como un hermano. Añadamos a eso que su familia me ha aceptado sin reservas, lo que sin duda harán con mi hermana. El dinero no puede comprar tales riquezas, pero si ajuares —explicó el señor Darcy.

—Es usted demasiado generoso, señor —dijo Elizabeth.

—Tendrá que acostumbrarse a que le haga regalos, Elizabeth. Mi hermana está entusiasmada porque mi atención estará dividida, pensando que mis regalos también lo estarán, lo cual, por supuesto, no es el caso. Disfrutaré mostrándoles a las dos damas que amo por encima de todo lo que significan para mí—. Él sonrió.

—Vaya, ¿qué vamos a hacer con él, madre? —Elizabeth fingió exasperación.

—Cuenta tus bendiciones y quiérelo tanto como puedas—. La señora Bennet acarició la mejilla de su hija mientras se levantaba para servir el té.

Se tomó la decisión de viajar a Londres el lunes siguiente, aunque iba a ser el mismo día en que partiera el grupo destinado a Kent, por lo que no tendrían ocasión de encontrarse. El grupo pasó el resto de la mañana discutiendo cómodamente sus planes. Darcy estaba encantado

de que la visita también les concediera a Elizabeth y a su hermana la oportunidad de conocerse antes de la boda. Deseaba que encontraran entre ellas una amistad que les proporcionara una considerable dosis de felicidad.

Por su parte, el señor Bennet aceptó su taza de té con un silencioso agradecimiento a su esposa, maravillado por el rompecabezas en que se había convertido. Después de haberle pedido innumerables veces que llevara a la familia a la ciudad, después de innumerables quejas por no poder ir a los almacenes y después de lamentarse de que Jane no fuera vestida por una modista de renombre, aquí estaba ella dando rodeos ante la idea de conseguir todo lo que siempre había soñado. Incluso podrían aplazar gran parte de los gastos, ya que el señor Darcy se había ofrecido a pagar lo que Lizzy requiriese. El señor Bennet se sintió avergonzado por el gran alivio que era la generosidad del señor Darcy, ya que éste debería ser el gasto que él debía asumir.

—Creo que lo que más le agradaría sería patrocinar los almacenes de su hermano en busca de los rollos de tela, señora Bennet, pues sé que ha admirado durante mucho tiempo los rollos de tela que él envía aquí cada Navidad. Y creo que a las niñas les gustará que su tía Gardiner las acompañe a hacer las compras con usted —añadió el señor Bennet con pragmatismo.

—Excelente —replicó Darcy con una sonrisa. —Le enviaré un expreso a la modista de mi hermana y le pediré que reserve todo el martes para Elizabeth y Jane.

—Puede utilizar el estudio —dijo el señor Bennet.

—Iré con usted, señor Darcy, para redactar una carta dirigida a nuestra tía solicitándole que nos haga saber qué días podría acompañarnos, pues ella será quien mejor sepa lo que necesitamos—. Elizabeth lo condujo al estudio.

Una vez estuvieron solos, Darcy tomó la mano de Elizabeth antes de acortar la distancia que los separaba. El aire entre ellos se agitó con expectación cuando sus miradas se cruzaron. Darcy bajó lentamente la cabeza y su rostro quedó a una pulgada del de ella.

—Soy William, Elizabeth —murmuró.

—William —respondió ella en voz baja.

Darcy la besó, sintiéndose incapaz de resistirse al sentir el sabor de su nombre en sus labios. La atrajo hacia él mientras profundizaba el beso, satisfecho de que ella se hubiera aferrado a sus solapas para permanecer pegada a él. Cuando se separó, ella tiró de él para que la besara de nuevo, y su pecho se hinchó con el placer de saber que aquella mujer, que pronto sería su esposa, disfrutaba de su atrevimiento y que ella también sería exigente con él a su vez.

—Debemos redactar nuestras cartas para que pueda enviarlas con mi mensajero, mi amor —le recordó Darcy mientras le negaba su petición de ser besada de nuevo.

—No es un buen presagio que ya estés anteponiendo los asuntos de negocios a los deseos de tu futura esposa—. Ella lo miró juguetonamente con el ceño fruncido.

—Sólo antepongo los asuntos que la convertirán en mi esposa más pronto antes que los deseos de mi señora —replicó él. No pudo resistirse al mohín de sus labios, así que volvió a besarla con tal entusiasmo que ella acabó por apartarse.

—Estás argumentando muy bien por qué debemos atender estos asuntos de negocios, William —dijo ella al fin, cuando hubo dominado de nuevo el arte de respirar.

—Lizzy, tienes un minuto antes de que entre —le indicó Jane desde el otro lado de la puerta, y luego se alejó un poco por el corredor. Los dos se apresuraron a comenzar sus cartas y eran la viva imagen del decoro cuando Jane y Bingley se reunieron con ellos.

—Debemos escribir las amonestaciones para que nuestro padre las entregue a las iglesias de Longbourn y Meryton para que puedan comenzar a leerlas mañana, y Charles quiere enviar un

expreso a los periódicos anunciando nuestro compromiso —les explicó Jane.

—Excelente idea, Bingley—. Darcy sonrió. —Yo también escribiré nuestro anuncio, Elizabeth, y las amonestaciones para nuestra unión. Enviaré una copia al párroco que atiende la parroquia de Pemberley.

—Déjame terminar de escribirle a nuestra tía —dijo ella, y luego redactó rápidamente el resto de la carta y la dejó sobre el escritorio para que él la leyera mientras ella y Jane regresaban al salón. Tomaron los asientos más cercanos a su madre, cuando antes Elizabeth habría elegido uno lo más alejado de ella posible.

—Aún no puedo apreciar del todo lo que ha sucedido en estos últimos días, Lizzy —dijo la señora Bennet mientras miraba fijamente a su segunda hija.

—Creo que se han cumplido todos sus deseos, madre. Se le ha pedido que le ayude a la nueva señora de Longbourn y seguirá siendo un miembro valioso de la casa cuando llegue el momento. Sólo tendrá que marcharse cuando esté segura de que ella está preparada para asumir el cargo, y prefiera estar con sus nietos. Tiene dos hijas comprometidas con hombres excelentes y otra que aún puede casarse con el heredero de Longbourn.

—Estamos empezando a recibir de nuevo invitaciones de hogares que las han retenido durante mucho tiempo, invitaciones que ahora debes declinar, ya que planeamos ir a la ciudad. Y tiene una hija que la necesita ahora más que nunca. ¿Qué más puede esperar? —preguntó Elizabeth con seriedad. Le sonrió a su padre, que había empezado a reírse entre dientes ante la mención de que el señor Collins llevaría a las damas a Kent para que su patrona aprobara la elección de su futura esposa.

El señor Bennet exhaló satisfecho al saber que aún quedaban sorpresas por llegar. Si bien debía mantener su palabra de guardar silencio sobre el tema, tal como el señor Collins se lo había pedido, esperaba con ansias las historias que Sir William compartiría con él una vez que regresase de Kent.

—Me gustaría tener el perdón de todas mis hijas y saber que se aman unas a otras —respondió la señora Bennet mientras miraba a su hija menor, que estaba sentada sola en un sofá con un trozo de cinta que pasaba entre sus dedos.

—Creo que todos la hemos perdonado, madre. Ha cambiado mucho, y los asuntos que le preocupan están resueltos. En cuanto a su otro deseo, estoy segura de que tiene motivos para tener esperanzas. No habría dolor si no hubiera amor —comentó Elizabeth.

—Me alegro por las dos —dijo la señora Bennet mientras miraba de Elizabeth a Jane. —Todos los padres quieren lo mejor para sus hijos, y sé que ustedes tendrán esposos que las valoren y las amen.

—Le pido disculpas por no haberla respetado como debía, madre. Sé que a veces la he molestado más de lo que debería haber soportado —le dijo Elizabeth a su madre. La disculpa había estado presionando su corazón desde la discusión antes del baile dos días antes.

—No necesito tus disculpas, Lizzy. Soy yo quien necesita ofrecerte una, querida—. Con tristeza, sonrió mientras miraba a Elizabeth, luego su expresión se tensó, templando sus emociones. Aunque era nueva regulándose a sí misma, hizo un trabajo admirable.

—Entonces sigamos adelante como una familia, porque también tenemos nuestra parte de buenos recuerdos. Y sabemos que nuestro futuro será mucho mejor que una vida en los setos—. Elizabeth le sonrió a su madre, complacida por su risa alegre.

—Así será —asintió la señora Bennet como si se lo dijera a sí misma. —Debo declinar las invitaciones que nos han hecho. También prepararé listas para cada una de nosotras, si queremos llevar a cabo todo lo que nos proponemos durante nuestra estancia en Londres. Si

dividimos las tareas entre nosotras, puede que nos quede tiempo suficiente para permitirnos una visita a mi hermano y su familia, que sé que será como ustedes desean.

—Es una excelente idea, madre, pero estoy segura de que, si empezamos por los almacenes Gardiner, tendremos gran parte de lo que esperamos encontrar. Así no tendremos que separarnos de usted a menudo—. Elizabeth se acomodó, disfrutando de este momento quizás más que de cualquier otro con su madre. Aunque podía reflexionar sobre los remordimientos y las decepciones, prefirió mirar hacia delante y pensar en los recuerdos que seguramente crearían.

—Voy a encargarte algo, Lizzy—. La mirada de la señora Bennet se dirigió a Jane antes de volver a clavarse en su segunda hija.

—Haré todo lo posible por cumplirlo, sea lo que sea, madre.

—Te pediré que visites a menudo a los Bingley, pues creo que cuando se establezcan, estarán más cerca de ti que de mí. Me temo que sus hijos tendrán el control de la casa, así que debes asegurarte de que traten bien a sus padres—. La señora Bennet sonrió al ver las risas de Jane y Elizabeth.

—Creo que será un placer escribirle a usted y a mis hermanas en los próximos años—. Elizabeth se acercó a Lydia y tomó una de sus manos entre las dos suyas.

—Y aunque estaremos deseando que visiten Pemberley, las esperamos a ustedes y a cualquiera de nuestras hermanas durante dos semanas al año en la ciudad, a finales de mayo o principios de junio. Será un respiro para los Gardiner tener la oportunidad de visitarlos sin tener que viajar. Además, disfrutaremos visitando lugares y haciendo compras con usted, y si se necesitan los caballos, señora Bennet, le enviaré un carruaje con cuatro lacayos para que toda mi familia esté bien protegida —sugirió Darcy mientras entraba con Bingley.

Jane y Elizabeth observaron cómo sus pretendientes entregaban las hojas de papel al señor Bennet, sonriendo cuando éste frunció el ceño.

—Eso sería muy amable de su parte —aceptó el señor Bennet en voz baja. —Veo que están tan ansiosos que escribieron las amonestaciones para que yo se las entregue a nuestro coadjutor y las que se leerán en Meryton. Supongo que querrán que solicite que los anuncios comiencen mañana—. El señor Bennet miró de los caballeros a sus hijas.

—Sí, padre, y sé que Charles está de acuerdo conmigo —le respondió Jane mientras le sonreía cariñosamente a Bingley.

—Elizabeth, he incluido en la carta a tu tía una invitación para que toda la familia se reúna con nosotros en la residencia Darcy para almorzar el miércoles, y luego otra invitación para cenar el jueves. Puedes planearlo con el ama de llaves, mi amor, pues, por lo que a mí respecta, ya eres la dueña de nuestras casas. Te agradecería que permitieras que mi hermana te ayudara—. Se inclinó para besarle la mejilla.

—Caballeros, son bienvenidos a quedarse a cenar, y pueden extender la invitación a cualquiera de Netherfield que quiera venir. También son bienvenidos a unirse a nosotros para los oficios de Longbourn y la cena del domingo. Tengo la intención de invitar a Lady Lucas, Maria y John Lucas, ya que sin duda echarán de menos a Sir William y Charlotte.

—Gracias, madre. Me gustaría tener la oportunidad de conocer mejor a María y que me comprendiera de nuevo—. Lydia habló por primera vez.

—Me parece muy amable por tu parte, Lydia, ya que estoy segura de que ella también estará disgustada con la partida tan rápida de tres de nuestras hermanas —coincidió Jane.

—Ya me encuentro deseando que una de mis hijas o las dos regresen de Kent, y aún no han pasado de Meryton—. confesó la señora Bennet.

—Si alguna regresa, será Mary. Ella sacrificará su felicidad por la de Kitty, y es más

capaz de asumir el papel de Elizabeth en la hacienda. Kitty estaría más dispuesta a ayudar en las tareas de mamá que en las de papá —dijo Lydia en voz baja.

—Tal vez ambas regresen —observó el señor Bennet con optimismo.

—No Kitty —dijo Lydia en voz baja. —Puede que Kitty no vuelva nunca más.

—Le ordenaré que vuelva a casa si es necesario—. El señor Bennet frunció el ceño.

—Ella no ha sido feliz aquí o lo ha sido muy poco. Si es feliz allá, no se lo impida, señor, se lo ruego—. Lydia se encontró con la mirada del señor Bennet.

El pecho del señor Bennet ardía por la necesidad de actuar mientras su hija menor le suplicaba que no hiciera lo que sabía que sería necesario si quería volver a tener a su cuarta hija bajo su techo. Aguardaría su momento, pero se aseguraría de que ella regresara antes de alcanzar la mayoría de edad. De lo contrario, sus temores se harían realidad: no volvería a verla.

De haber conocido sus intenciones, nunca habría dejado que Kitty se fuera, y lo peor era que su hija se había marchado sin mirar atrás. El señor Bennet se preguntaba si Kitty sabía si tenía intención de volver o si Lydia hablaba por desaliento. Sólo podía esperar que las cartas que intercambiarían hicieran cambiar de opinión a Kitty, de modo que si volvía a casa, fuera por su propia voluntad. Le desagradaba mucho tener que obligar a Kitty a hacer algo que ella no deseaba.

—¿Tengo entendido que quiere ir a la escuela, señorita Lydia? —preguntó Darcy.

Lydia lo miró. En ese momento, Lydia actuó tan introvertida como lo había hecho Georgiana, y el corazón de Darcy se hinchó y creció para incluirla como parte de su familia. Las similitudes en las actitudes de las dos jovencitas le llegaron al corazón, el sentir empatía por ella no sólo por ser la hermana de Elizabeth.

Le resultaba imposible creer que se tratara de la misma joven que había correteado despreocupadamente por la asamblea sólo seis semanas atrás. No pudo sino lamentar que su alegría y vivacidad parecieran haber desaparecido. Ella y Georgiana necesitaban una medida de la antigua Lydia para poder hacer un esfuerzo por ser incluidas en la sociedad en lugar de observar todo lo que pudiera ocurrir desde un lado de la sala como él había elegido hacer. Si Lydia podía recuperar algo de su antigua confianza, y si de algún modo encontraba la forma de compartirla con su hermana, entonces ambas se convertirían en mujeres seguras de sí mismas que serían capaces de situarse en el centro de la sociedad y enfrentarse a ella con buen humor y entereza.

—Necesito algo de educación, pero no puedo creer que tengamos fondos para semejante gasto, o seguramente papá habría enviado a Elizabeth —respondió Lydia con sinceridad. No vio bajar los hombros ni a Elizabeth ni a su padre, pero los demás ocupantes de la sala reconocieron en silencio la verdad de su reproche.

—¿Y si hacemos nuestro trato, señorita Lydia? Le compraré un guardarropa para la escuela, y su hermano Bingley y yo nos encargaremos de su transporte de ida y vuelta, así como de los gastos adicionales —preguntó Darcy. —Con su buena influencia, es posible que mi hermana Georgiana también quiera ir a un seminario. Sólo tiene que decirme qué es lo que más le gustaría estudiar. Algunas escuelas se especializan en las artes, otras se centran más en lo académico, y todas son excelentes en la instrucción sobre el comportamiento y las habilidades sociales. ¿Tiene algún interés que le gustaría desarrollar?

—Me gustaría centrarme en la etiqueta y la educación, pues es obvio que necesito ambas—. Lydia lo miró, con los ojos llenos de pesar.

—Buscaremos una escuela que ofrezca ese programa, porque creo que usted es excepcionalmente hábil en la costura y su ojo para el color la recomienda para las bellas artes

—la tranquilizó Darcy. Sus modales apagados lo preocuparon mucho.

—De alguna manera se lo devolveré.

—Somos familia, señorita Lydia. Si esto es lo que quiere, como su hermano mayor, puedo ayudarla a hacer realidad sus esperanzas —refutó con suavidad su oferta de devolverle el dinero y la idea de que estaría en deuda con él.

—Oye, Darce, también va a ser mi hermana. Tú puedes pagar los gastos escolares, pero su temporada en la ciudad será mi regalo. Podemos compartir las oportunidades de llevarla a bailes y eventos. No me negaras el placer de hacer que su debut sea todo un acontecimiento, ya que tú también tienes que esperar con impaciencia la primera temporada de tu propia hermana—. Bingley le guiñó un ojo a Lydia, arrancándole una sonrisa por primera vez en casi dos días.

—Mientras estemos en la ciudad, conseguiremos todo lo que necesite para la escuela, empezando por un guardarropa —le prometió el señor Darcy. —Tendremos muchas misiones que cumplir, por lo que solicitaré la ayuda de mi tía.

Bingley convenció a Darcy de que ya era hora de despedirse al recordarle a su amigo que aún les quedaban muchas tareas por cumplir. También admitió que estaba ansioso por anunciarle su compromiso a sus hermanas. Los caballeros sabían que la velada incluiría varias largas horas en el estudio de Netherfield detallando las instrucciones a sus abogados para las transacciones, el establecimiento de nuevas cuentas para sus esposas y la disposición de fondos para que la señora Bennet se encargara de los preparativos de la boda. Ninguno de los dos pudo lamentar el esfuerzo de estas necesidades.

Jane y Elizabeth los acompañaron hasta la entrada de la casa. Hubieran preferido una despedida más privada, pero la presencia de los criados les impidió cumplir sus deseos.

Capítulo 14

Doce días después

El señor Hill llamó a la puerta del estudio. Durante esos días, el amo de Longbourn había pasado muchas horas a solas reflexionando sobre las posibilidades que Darcy y él habían discutido antes de que los demás se marcharan a Londres en *la gran expedición de compras*.

—El carruaje de los Lucas está llegando a la entrada, señor.

—Gracias —el señor Bennet posó las gafas sobre el escritorio, junto a la pluma que había dejado al oír que llamaban a la puerta.

Un vistazo por la ventana le reveló que era media tarde. El regreso de Sir William dos días más tarde de lo esperado presagiaba que una de sus hijas, o ambas, estaban con él. Se sintió muy aliviado, ya que el silencio entre las paredes de su casa había sido tan ensordecedor que apenas había podido dormir. Fue todo lo que pudo hacer para no bajar de un salto las escaleras y abrir él mismo la puerta del carruaje.

—Sir William—. Su expresión decayó cuando su amigo salió del carruaje que, por lo demás, estaba vacío.

—¿Quizás un poco de oporto? —Sir William sacudió la cabeza para afirmar que ninguna de sus hijas estaba dentro.

—Tenía la impresión de que al menos una regresaría a casa contigo—. Bennet frunció el ceño.

—Al igual que yo.

—¿Qué observaste en Kent? ¿Viste algo que te preocupara?

—Todo lo contrario. Tu primo Collins describió las intenciones de su benefactora con exactitud, tal vez incluso con más perfección de lo que cualquier otra persona podría haberlo hecho. La señora de Rosings aprobó a todas a las pocas horas de nuestra llegada, y su intención de pasar tiempo con cada una no fue desmentida. Todas están contentas, incluso felices, o todo lo felices que pueden estar bajo el escrutinio de Lady Catherine. Es una mujer muy efusiva en sus opiniones y expectativas.

—El propósito en la vida es una forma de felicidad, sin duda —dijo el señor Bennet.

—Mary me pidió que te diera esto—. Sir William le entregó una carta mientras terminaba el último trago de su oporto. Se levantó para despedirse, comprendiendo que Bennet querría algo de privacidad. —Veo que también estás contemplando la rotación de cultivos. ¿Lo discutimos el sábado después de la cena en Lucas Lodge? —preguntó Sir William.

—Gracias. Sí, estaré allí a menos que la señora Bennet y nuestras otras tres hijas regresen de la ciudad. En cualquier caso, deberíamos fijar una hora para discutir la rotación—. Bennet se puso de pie y estrechó la mano extendida de Sir William antes de permitir que Hill lo acompañara a la salida.

Volvió a sentarse y se quedó mirando la carta durante largo rato, temiendo y anticipándose a lo que pudiera contener. No fue hasta la noche y la interrupción de la señora Hill al entregarle la bandeja de la cena que se vio obligado a aceptar de nuevo que se sentía solo y permitió que la carta aliviara parte de su melancolía, al menos durante un rato.

El señor Bennet cenó con impaciencia. Se propuso comer algo sólido en lugar de

entregarse a la bebida, como había hecho en dos ocasiones desde que su esposa había partido a la ciudad. Sólo entonces leería la carta de su hija con una copa de oporto.

Rosings Park
Kent

Padre,
Espero que esta carta los encuentre bien a usted, a mamá y a mis hermanas. Creo que esperaba que una de nosotras regresara con Sir William, pero mi regreso no será hasta dentro de algún tiempo. Tengo la intención de proporcionarle mi ayuda a la señora de Rosings Park.
Dado lo mucho que Elizabeth y usted disfrutan esbozando personalidades, estoy segura de que Lady Catherine les parecerá un estudio de contradicciones. Siento gran lástima por ella y he supuesto que su soledad ha sido de larga duración. Mi forma de tocar el piano parece traerle paz, así que toco unas horas al día, ya que ella insiste en que no se puede alcanzar la maestría sin una práctica constante. Y sabemos que nunca se la puede contradecir.
Kitty, Charlotte y yo trabajamos con el mayordomo para ayudar en la gestión de la propiedad. La señora insiste en que todas las mujeres deben saber cómo llevar una propiedad en caso de que su esposo muera y la carga recaiga sobre ella.
Kitty pasa tiempo en la casa parroquial de Hunsford y en Rosings Park. Tiene buen ojo para la decoración y la disposición de las habitaciones. Lady Catherine se dio cuenta inmediatamente cuando Kitty cambió de sitio dos objetos para que se vieran mejor y le ha pedido que piense en lo que puede hacer en cada habitación de la mansión y de la casa parroquial.
Sin embargo, su talento va más allá, ya que ha elegido colores y estampados para los vestidos de la señorita de Bourgh que la complementan muy bien. La fama de sus habilidades ha trascendido después de que la señorita de Bourgh fuera vista en la iglesia y, tras recibir numerosos cumplidos, le diera todo el crédito a Kitty. De ahí que Kitty reciba a menudo una invitación en la que se le pide que asista a una consulta en el taller de la modista. Rechaza todas las ofertas de pago, pero invariablemente recibe pequeños obsequios como cintas, encajes u otros adornos para los sombreros y tocados, que utilizamos cuando realizamos labores de costura para la caja de pobres de la parroquia.
Las tres esperamos ver a Lizzy cuando ella y el señor Darcy nos visiten en Pascua.
Dele nuestro cariño a mamá y a nuestras hermanas. Cualquiera que desee mantener correspondencia con Kitty o conmigo puede contactar con nosotras a través de Rosings Park en el futuro inmediato.

Sus cariñosas hijas,
Kitty y Mary
Posdata:
Cuando finalmente regrese, Padre, podré ayudarle como lo ha hecho Lizzy, y espero pasar este tiempo con usted. De momento, Kitty no tiene intención de volver, aunque yo también espero que eso cambie con el tiempo, pues ya sé que la echaré mucho de menos cuando yo vuelva a casa.

Capítulo 15

Cuatro meses después

—Estoy muy emocionada por ver a mis hermanas y a Charlotte —exclamó la señora Elizabeth Darcy tal vez por decimoquinta vez en este último tramo del viaje desde Londres.

Darcy y su primo, el coronel Richard Fitzwilliam, la miraron con indulgencia y murmuraron algo cada uno antes de volver a sus libros.

Darcy y su primo tenían desde hacía mucho tiempo la costumbre de leer cuando emprendían un largo viaje y ya se habían puesto al día con las noticias. Tuvieron el placer de compartir su mutua compañía durante más de dos meses, entre Londres y Derbyshire. El reencuentro no fue menos agradable en este viaje, aunque no contaron con la compañía de Georgiana porque estaba en la escuela con Lydia. Ellas compartían habitación, y sus cartas demostraban que lo disfrutaban más de lo que se hubiera podido prever.

Para Darcy y el coronel Fitzwilliam, se había convertido en un juego ver quién tenía el libro más interesante o impactante para compartir. La sonrisa del coronel Fitzwilliam mientras leía daba a entender que su libro era realmente impactante. Darcy estaba convencido de que él sería el vencedor, y entonces el coronel Fitzwilliam tendría que entretener a su tía mientras él pasaba la tarde jugando a las cartas con Anne en su salón.

Al entrar en el camino hacia Rosings Park, ninguno de los dos quiso alertar a la señora Darcy. Sabían que sólo aumentaría su expectación.

—¡Ya llegamos! ¡Ahí están! —Elizabeth aplaudió. —¡Oh, ellas también parecen tan felices de verme!

—Bueno, ¿qué es esto? —El entusiasmo de Elizabeth había hecho que el coronel Fitzwilliam mirara por la ventanilla del carruaje.

—Una excelente pregunta—. Darcy frunció el ceño.

—No tengo ni idea de lo que les preocupa a ambos. ¡Se ven tan felices! Supongo que tu prima es la que está junto a Charlotte. Siempre has dicho que es de naturaleza delicada, pero parece que goza de perfecta salud. Tengo muchas ganas de conocerla por fin.

Mientras esperaban a que bajaran los escalones, el señor Darcy y el coronel Fitzwilliam se mostraban ansiosos por comprender la escena que se desarrollaba ante ellos. Darcy podía imaginarse que ver a su prima Anne rodeada de tres damas casi tan hermosas como Elizabeth resultaba impactante para el coronel Fitzwilliam. El hecho de que su prima estuviera al aire libre y, como Elizabeth había observado, fuera la viva imagen de la salud, los asombró a ambos.

Darcy le ayudó a bajar a su esposa, quien de inmediato se abalanzó sobre Mary, Kitty y Charlotte, abrazándolas por turnos. Sus manos permanecieron entre las de Charlotte mientras veían a la señorita de Bourgh bajar un escalón para aceptar un beso en la mejilla de cada uno de sus primos. No soltó la mano de Richard mientras le ahuecaba la mejilla llena de cicatrices con la otra mano para que pudiera ver y sentir que él se había curado. Esperó pacientemente y luego le besó la mano en señal de agradecimiento.

—Ahora —-la señorita de Bourgh miró a Elizabeth—, tendremos que romper con el decoro, ya que somos familia, y su esposo ha sido uno de mis tres primos varones favoritos durante toda mi vida. Como usted es su esposa, somos primas. Como dos de sus hermanas son

ahora tan queridas para mí como hermanas, somos primas que estaremos tan unidas como hermanas. Debes llamarme "Anne", y yo te llamaré "Lizzy", pues he oído docenas de historias sobre ti—. Anne se inclinó y besó la mejilla de Elizabeth.

—Tenía tantas ganas de conocerte como de ver a mis hermanas—. Elizabeth le devolvió el afectuoso saludo mientras ambas subían los escalones y entraban en Rosings Park tomadas del brazo.

—Espero que se reúnan conmigo en el salón para tomar el té cuando hayan tenido tiempo de refrescarse tras el viaje —dijo Anne mientras conducía a los Darcy y a su primo Richard al interior, y les presentaba a su nueva ama de llaves.

—Gracias, Anne —respondió Elizabeth con alegría.

—Darcy, les he asignado a ti y a Lizzy habitaciones más amplias. Kitty se ha esforzado mucho en decorarlas, así que estoy segura de que les resultarán muy cómodas. Coronel, sus habitaciones también han sido renovadas. Ahora tiene más espacio para pasear.

—Anne, eres mi prima favorita de Kent—. El coronel Fitzwilliam estrechó a su prima contra su pecho. No se sorprendió cuando ella permaneció en sus brazos más tiempo del que solía permitirse. Comprendiendo que necesitaba más tiempo con él, le pidió que lo guiara hasta sus habitaciones.

Se sorprendió al descubrir que sus nuevos aposentos estaban justo enfrente de los de Anne y que el apartamento que ocuparían los Darcy estaba al final del pasillo. Supuso que el de enfrente era para su hermano Sebastian, heredero del conde de Matlock, y su esposa.

El coronel Fitzwilliam entró con Anne en su habitación y agradeció los cambios, que incluían decoración en azul marino y plata, un decantador, sus gafas, una estantería llena de algunos de sus títulos favoritos, un escritorio, una larga bañera y una cama que parecía tan cómoda que esperaba poder retirarse pronto.

—No iba a dejar que te despertaras y vieras nada rojo, porque has visto demasiada sangre, primo. Incluso ahora estoy esperando que te traigan agua caliente para el baño, para que puedas remojarte un rato, pues sé que te duele. Sé que te gustan las escenas del mar, ya que has perdido a demasiados de tus hermanos en tierra.

—Es perfecto, Anne—. El coronel Fitzwilliam caminó hacia ella. —Lo que más necesito son mil abrazos tuyos y de Georgiana, pues ningún hombre puede perderse en sí mismo cuando es tan afortunado como para ser amado por ustedes dos—. Abrió los brazos. Ella se acercó a ellos y apoyó la mejilla en su corazón. Cuando oyó los latidos de su corazón, por fin se le escapó un sollozo que llevaba meses oprimiéndole la garganta.

—Estoy bien, Anne —murmuró mientras le besaba la cabeza.

—Estuve a punto de perderte. Y sé que soy la única que lo sabía, que soy la única que conoce todos los detalles, y te agradezco que me eligieras para escribirme mientras te recuperabas. No puedes imaginarte lo horrible que fue preocuparme por ti en aquel hospital improvisado.

—Necesitaba mantener correspondencia con alguien a quien quisiera, alguien que no viniera pero que me recordara quién era. Te necesitaba como nunca he necesitado a nadie, Anne, y tú fuiste un ángel de misericordia y mi ancla—. Volvió a besarle la coronilla y la abrazó más fuerte mientras ella lloraba. —Lamento haberte preocupado.

—¡Nunca te disculpes por haberme dicho la verdad o por haberme permitido ser tu ancla, como me llamabas! Eres el elemento que une a nuestra familia, ya que nadie hará nunca nada que pueda hacer que te separes de ellos. Todos te necesitamos, Richard—. Se echó hacia atrás para mirarlo fijamente.

—Me disculpo por disculparme —bromeó él, trayéndola a su abrazo cuando su risa quedó atrapada en un sollozo. —Tranquila, Anne, he vuelto a casa.

—Te necesito, Richard —susurró ella contra su corazón.

—Estoy aquí y lo estaré durante un mes. Al final estarás deseando librarte de mí, seré tan agobiante—. Sus palabras volvieron a arrancarle una carcajada y él le secó las lágrimas con el pulgar mientras le levantaba la barbilla para besarle la punta de la nariz. —Nunca podré compensarte por las cartas que recibía casi a diario, Anne. Eres la perfecta corresponsal, la perfecta prima, amiga y mi gracia salvadora.

Al oír un golpe en la puerta, entró su ayudante de cámara con los criados que llevaban el agua humeante a su bañera. Anne le sirvió una copa a su primo, la puso sobre la mesita y le dijo que lo vería en el salón delantero cuando estuviera listo.

***

Una hora después, los Darcy y el coronel Fitzwilliam entraron juntos. Encontraron a Anne compartiendo el sofá con Charlotte mientras Mary tocaba el pianoforte. Kitty estaba sentada en un pequeño escritorio frente a una ventana, dibujando.

—Esta habitación también está muy cambiada —comentó el señor Darcy con aparente disgusto y frunció el ceño cuando su prima Anne le dedicó una pequeña sonrisa. —Parece que hay pocas cosas en Rosings que siguen igual.

—Oh, deja de intentar parecer contrariador—. Anne puso los ojos en blanco. —Que tú no sepas de algo no lo convierte en malo, William, y no es necesario tu permiso para que la gente viva su propia vida.

—En eso te ha dado, Darce—. El coronel Fitzwilliam se echó a reír. —Queridísima Anne, no tuve la oportunidad de elogiarte cuando me mostraste mi habitación, pero te ves saludable y hermosa—. Se inclinó para besarle la mejilla. —Yo, por mi parte, estoy deseando saber qué ha precipitado estos cambios y que me presentes a estas tres damas que no conozco. Pero antes debo preguntar si nuestra tía está bien.

—Está tan bien como cabe esperar. Sí, permíteme presentarte a mis amigas: Charlotte Lucas, Mary Bennet y Kitty Bennet. Estoy al tanto de que saben que son en verdad hermanas queridas y amigas entrañables de nuestra amada señora Darcy.

—Los Collins han llegado —anunció el mayordomo, haciendo que las damas de la casa se pusieran en pie y sonrieran ante su llegada.

—Señora Jenkinson—. El señor Darcy se preguntó por su aspecto y por qué no la había visto con Anne.

—Señor, es muy amable de su parte venir con la señora Darcy, de quien oímos hablar casi a diario. Estoy en una posición única para afirmar con certeza que Anne siempre ha apreciado sus visitas de Pascua. Tenerlos tanto a usted como al coronel Fitzwilliam en Rosings fue siempre muy anhelado. Pero ahora soy la señora Collins—. La antigua dama de compañía hizo una reverencia y besó la mejilla de Anne.

—Prima Elizabeth, me alegra tanto ver que eres el retrato de la felicidad perfecta, que no puedo sino ver que ambos logramos construir con nuestros respectivos cónyuges. Permíteme presentarte a mi esposa, la señora Ingrid Collins, que ustedes conocieron como la señora Ingrid Jenkinson—. El señor Collins le hizo una reverencia a Elizabeth mientras entraba en la habitación para situarse junto a su esposa, que se encontraba junto a Anne y Charlotte.

—¡Confieso que estoy sorprendida! Había pensado que... —A Elizabeth le fallaron las palabras cuando vio que todos los demás sonreían, excepto su esposo y el coronel Fitzwilliam, ya

que éste último no estaba al tanto de los detalles de la visita del señor Collins a Longbourn.

—Sí, bueno, eso fue muy desafortunado, y comprendo por qué sacaste las conclusiones que sacaste —respondió el señor Collins con benevolencia.

—Anne, ¿podrías explicar qué precipitó este cambio? —preguntó Darcy, con un tono grave de preocupación.

—Por favor, tomen asiento—. Anne hizo un gesto a todos los presentes para que lo hicieran. Mientras se acomodaban, Kitty sirvió el té antes de sentarse en la silla más cercana a Charlotte.

—Gracias —respondió Elizabeth débilmente, pues había esperado que Kitty se sentara junto a ella.

—Gracias, Kitty —dijo Anne con una pequeña sonrisa mientras le daba un sorbo a su té. —En febrero, hace dos años, mi madre sufrió una caída. Ingrid, entonces la señora Jenkinson, y yo fuimos alertadas, se llamó al señor Collins, y al nuevo médico del pueblo y a su esposa, que también es comadrona, para que acudieran inmediatamente en su ayuda.

»Mi madre se recuperó sin lesiones físicas importantes, es cierto, pero no era consciente de lo que la rodeaba, lo que ya había ocurrido antes. Se hizo evidente que cada vez era más olvidadiza, cosa que Ingrid y yo habíamos notado. Durante las primeras semanas, mi propio estado de debilidad me impedía estar fuera de la cama más de cuatro horas al día. Me sentía frustrada por ello, ya que deseaba ayudarla.

»Ingrid me pidió que dejara que el médico me examinara. Llegó a la conclusión de que un cambio en mi dieta sería beneficioso. Debía empezar por introducir una fruta o verdura nueva a la semana. Resulta, primos, que su oposición a mis constantes sangrías era mucho más sabia que la confianza de mi madre en prácticas médicas tan anticuadas. Lo peor que se puede hacer cuando se tiene una deficiencia, como era mi caso, es ser sangrada constantemente. Como pueden ver, una ingesta de verduras verdes y comidas completas ha sido beneficioso—. Anne sonrió cuando sus primos expresaron de nuevo su alegría al verla sana.

—Gracias, señora Collins—. El coronel Fitzwilliam brindó por ella con su taza de té.

—Sí, gracias por sugerir que Anne fuera examinada, señora Collins —Darcy añadió su agradecimiento, pues llevaba mucho tiempo preocupado por ella.

Anne explicó además cómo las facultades mentales de su madre continuaban degradándose, al parecer a un ritmo mayor después de la caída. Lady Catherine requería mayor atención y que se la observara constantemente para evitar otra caída o que deambulara.

Anne relató cómo encontró ayuda y apoyo en el señor Collins, que se mostró firme en su preocupación por el bienestar de su madre y el suyo propio. Durante este período, la estima y el afecto entre el señor Collins y la señora Jenkinson empezaron a crecer. Su proximidad diaria les dio la ocasión de conocer mejor el carácter del otro. Su devoción por los habitantes de Rosings les permitió conversar con facilidad y aprender que tenían mucho en común.

Anne explicó además como las implicaciones de la relación para ella, en particular, les hacían ignorar sus sentimientos. La señora Jenkinson y el señor Collins habían decidido que no convenía a los intereses de la actual ni de la antigua señora de Rosings Park que prosiguieran con su relación. Ella se habría quedado sin una dama de compañía cuando por fin hubiera podido ver su propia mejoría y, al mismo tiempo, atender las necesidades relacionadas con el deterioro de la salud de su madre.

Anne añadió que no había sido ciega a la estima que sentían el uno por el otro. No fue hasta que el señor Collins le informó de la separación con su familia y de que este primo tenía fama de tener cinco hijas que ella ideó un plan. Anne había propuesto que el señor Collins

restableciera el contacto con su primo, no sólo en beneficio de éste, sino también para persuadir a una de sus primas de que viniera a Rosings Park a hacer las veces de su nueva dama de compañía.

—No sólo quería brindarle a los Collins la oportunidad de tener la vida que se merecían, sino también asegurarme de que tanto mi madre como yo tuviéramos aquí el apoyo que necesitábamos.

—He oído hablar de esto. No hay cura para el olvido—. El señor Darcy frunció el ceño. —Creo que necesitamos que vengan más médicos para verificar el diagnóstico—. Se puso de pie para escribir la carta urgente.

—Ya veo. ¿Y tú eres el amo aquí? —preguntó Anne con calma.

—Bueno, no, pero... —Darcy miró a su prima como si fuera una desconocida para él. Cuanto más avanzaba su conversación, más se daba cuenta de que tal vez ella era una desconocida.

—¿Y supones que no he hecho venir a nadie de la ciudad para verificar el diagnóstico porque soy demasiado tonta o ignorante para haberlo hecho? —preguntó Anne con un poco más de mordacidad en sus palabras.

—Tal vez debí haber preguntado si lo habías hecho —admitió Darcy mientras volvía a tomar asiento lentamente.

—Tal vez —replicó Anne, y luego le dio un sorbo a su té.

—No hay cura, y hemos tenido otros tres médicos de todas partes atendiendo a Lady Catherine: uno de Gales que había estudiado en Edimburgo, otro de Londres y uno de excelente reputación de Scarborough —intervino la señora Collins, sabiendo que el señor Darcy no se conformaría a menos que supiera con certeza que se habían tomado todas las medidas razonables.

La señora Collins comprendía por qué Anne había esperado que Darcy creyera en su palabra. Era propenso a tomar las riendas incluso cuando no se le invitaba a hacerlo. También sabía que Anne lo habría tranquilizado si él no le hubiera creído, pero no quería que Anne se sintiera insultada si él no lo hacía, pues la habría herido excesiva e innecesariamente.

—Una vez encontrado un coadjutor adecuado que asumiera mis funciones en mi ausencia, me dirigí a Hertfordshire. Emprendí el viaje con la esperanza de poder ayudar a la señorita de Bourgh y a Lady Catherine y de familiarizarme con mi familia distanciada —dijo el señor Collins añadiendo su pequeña pieza al rompecabezas.

—¿Puedes imaginarte mi sorpresa cuando me dijo que estabas en la zona, Darcy? —Anne le sonrió a su primo. Él no pudo evitar devolverle una pequeña sonrisa, pues había sido una coincidencia extraordinaria. —Yo sabía, sin lugar a dudas, que si te enterabas de mis complicaciones, vendrías, pero ya estábamos haciendo todo lo que se podía hacer. Por mi parte, cuanto antes te casaras, antes podría saber que por fin eras feliz. Designé una ala de la casa para mi madre e hice que vaciaran sus habitaciones favoritas y las trasladaran a esa ala, para que estuviera rodeada de todas sus pertenencias. Luego redecoré la casa, ya que se vendieron algunos de los objetos más... *encantadores*, para hacerla más acogedora.

»Confieso de buena gana que no me entristeció animar al señor Collins a ayudarte en caso de que alguien llamase tu particular atención, Darcy, pues mantienes tus sentimientos demasiado cerrados. La gente tiene sentimientos, primo, es humano, e incluso tú eres uno de nosotros —se burló Anne. —Me ha alegrado mucho saber que te has enamorado de una mujer que no se tiraba a tus pies. Has tenido muy poca intriga y demasiada tristeza. No podría alegrarme más por los dos.

»Las noticias que compartió el señor Collins fueron más excitantes: había tres mujeres jóvenes que podrían ser apropiadas como compañeras para mí o para mi madre. No fue una sorpresa que el discernimiento del señor Collins fuera correcto, y las tres damas encajaron perfectamente en nuestra tranquila vida en Rosings. Cuando mi madre está disgustada, Mary la tranquiliza tocando música. Madre ya no me conoce realmente, pero cree que Kitty soy yo. Está más contenta cuando Kitty se sienta con ella, y algunas tardes Kitty incluso cena con ella si Madre no está demasiado cansada.

»Charlotte ha sido capaz de desempeñar el papel de mi dama de compañía tanto como la de Kitty. Mi madre asume que es la señora Jenkinson y no percibe la diferencia cuando Ingrid la atiende con Kitty o conmigo. Tenemos suerte de que se acuerde del señor Collins, que se turna todos los días para leer con ella. Yo no soy más que una amiga del pueblo que ha venido a pedir consejo. Todos nos sentamos con ella durante horas todos los días. Dos o tres veces por semana, el señor y la señora Collins se unen a nosotras para cenar.

—Pero el señor Collins siempre ha dicho que Lady Catherine era su benefactora —exclamó Elizabeth confundida.

—Estoy seguro de que efectivamente dije que Lady Catherine me designó el beneficio eclesiástico siendo ella ama de Rosings Park, pero estoy igualmente seguro de que nunca dije que Lady Catherine fuera mi patrona actual—. El señor Collins no pudo evitar sonreír cuando Mary se echó a reír.

—Pero todos creíamos que habías venido a Hertfordshire con el designio de elegir esposa entre tus primas—. Elizabeth insistió en obtener respuestas, pues creía que ella y el resto de su familia habían sido engañados y mal utilizados.

—Sé que compartí contigo que no te consideraba como mi futura esposa casi desde que nos conocimos, aunque apreciaba mucho tu ingenio y tu conversación. Siempre fui muy directo al decir que buscaba una compañera que pudiera ser del agrado de mi señora —dijo él tranquilizadoramente.

—¿Y papá sabe de todo esto? —preguntó Elizabeth bruscamente.

—Por supuesto que lo sabe. De verdad, Elizabeth, es como si te molestara que no te hubiéramos pedido permiso. Que yo fuera una acompañante era un futuro mucho más probable que llamar la atención de un hombre de los primeros círculos y que tuviera un tío comerciante y ninguna dote —se burló Mary de su hermana.

—Señorita Mary, ¡es usted un encanto! —anunció el coronel Fitzwilliam con una sonrisa.

—Oh, continúe, coronel—. Mary sonrió. —Estoy hablando muy en serio. Por favor, continúe —se burló ella, y la risa con la que él le respondió rebajó la tensión de la sala.

—No soy insensible al hecho de que cada una de estas damas no tenga dote y sepa que creían estar destinadas a algún tipo de servicio. Por lo tanto, me parece el momento apropiado para contarles a todos otro pequeño cambio que he promulgado—. La sonrisa de Anne se iluminó mientras estudiaba a los presentes antes de que sus ojos se posaran en Mary, luego en Kitty y finalmente en Charlotte.

—Trata de que este sea pequeño, Anne, porque Darcy está a punto de explotar de frustración, aunque, por mi parte, no puedo imaginarme cómo alguien podría haberlo manejado mejor. Mis felicitaciones para ti y de nuevo para los Collins por el apoyo que te han brindado durante tu convalecencia y por su preocupación por el bienestar de Lady Catherine —dijo el coronel Fitzwilliam, interviniendo antes de que Darcy pudiera insultar de nuevo a Anne.

—Yo misma administro mi cuantiosa dote. Lo que no supe hasta después de tener que asumir el papel de señora, mi padre la puso en los percentiles (valores que conllevan un tipo de

interés determinado). Llegó a ser demasiado considerable para que un hombre ignorara cualquier oportunidad de derribar la puerta si se conocían los detalles de la misma. Ahora lo he dejado en treinta mil libras y he abierto una cuenta con más de diez mil libras para cada una de estas señoritas, también en percentiles. Pueden reclamar los fondos en cualquier momento, aunque espero que sigan agraciándome con su compañía durante un tiempo más—. Anne hizo una pausa para que se calmaran las protestas iniciales, que sólo cesaron cuando levantó la mano.

—¡Anne, eso es demasiado! —exclamaron juntas Charlotte, Mary y Kitty.

—Ustedes han sido las mejores hermanas que una mujer podría tener, y en este tiempo de prueba, en lugar de perder todo lo que quiero, he ganado tantas bendiciones—. Cuando Anne dijo esto último, sus ojos se posaron en el coronel Fitzwilliam, y él le guiñó un ojo para ayudarla a sonreír de nuevo y a mantener sus emociones, pues se daba cuenta de que estaban a punto de brotar.

—¿Nunca van a volver a casa? —preguntó Elizabeth sorprendida. Al comprender los detalles de su estancia, Elizabeth esperaba que quisieran regresar a Longbourn y a Lucas Lodge lo antes posible.

—¿A qué, Elizabeth? ¿Qué nos espera allí? Habría mucha soledad, que sería extrema ahora que hemos vivido aquí y hemos estado en constante compañía. También habría muchas miradas de lástima. No hay perspectivas de esposos en Meryton más allá de mi hermano, y no quiero ser una carga para mi familia. Por mi parte, no tengo intención de volver, y nuestros padres son conscientes de eso —respondió Charlotte. —Esto es mejor de lo que podía imaginar para mí. No sólo no tengo que perder todo lo que me es familiar y querido, sino que además podré verte y adorar a tus hijos cuando me visites.

Ante semejante giro inesperado en la conversación, Elizabeth se quedó muda, quizás por primera vez en su vida.

—Con el tiempo volveré a casa. Estoy aprendiendo a administrar propiedades con el excelente mayordomo que el señor Darcy sugirió para Rosings Park, hace algunos años—. Mary se ruborizó, pero aceptó la mirada indirecta de su cuñado y asintió en señal de agradecimiento por su elección. —Así podré ayudarle a nuestro padre como solías hacerlo tú.

—Sí, no deberían encontrar nada raro cuando revisen los libros este año, primos, pero dígannos si es así, porque aún estamos aprendiendo —añadió Anne mientras miraba a sus dos primos varones por turno.

—¿Kitty?

—No—. Kitty refutó la sugerencia sin rencor. —Aquí he encontrado maneras de utilizar mis habilidades y se me aprecia por ello. Se me da bien decorar y tengo buen ojo para el color. Tal vez un constructor de muebles o una modista me pidan que acuda con regularidad, para que pueda asesorar a los clientes que quieran causar cierta impresión. Sea cual sea mi futuro, esté donde esté, no está en Hertfordshire.

—Pero... —Elizabeth tuvo la intención de protestar, pero se detuvo cuando Kitty levantó la mano para ahuyentar las palabras de su hermana.

—Tú tienes tu felicidad, Elizabeth. Que éste no sea tu camino no significa que no seamos felices con el que hemos elegido. Puede que algún día un hombre pida mi mano y alinee mi felicidad con la suya, pero las mujeres a lo largo de la historia han tenido que abrirse camino en silencio. Sobre todo cuando los hombres que les estaban destinados mueren en una guerra. Estoy contenta con mi capacidad para ayudar a Lady Catherine y a otros que busquen mi ayuda.

—Eso es cierto —replicó Darcy en medio del silencio que había seguido al discurso de Kitty.

—Lo es, y aunque no es lo convencional, nada causaría un escándalo—. Anne puso los ojos en blanco juguetonamente ante su aprobación, lo que provocó la risita de Kitty. Al oírla, Elizabeth se iluminó, y por fin se sintió satisfecha con todo lo que había visto hasta entonces.

—Señorita Kitty —dijo el ama de llaves al entrar en la habitación, ofreciendo sólo una leve sonrisa a los presentes mientras reiteraba que se requería a la señorita Kitty.

—Avísenos cuando esté instalada —dijo Anne antes de volver junto a Darcy y Elizabeth. —Mientras tanto, por favor, cuéntenos acerca de su boda

Capítulo 16

—Señorita Anne, la enfermera ha dicho que ya pueden pasar —dijo el ama de llaves a su ama una hora más tarde.

—¿Empleas a una enfermera? —preguntó Darcy sorprendido.

—Cuatro, Darcy, y deja de actuar como si mi inteligencia fuera una afrenta personal para ti—. Anne suspiró exasperada, lo que provocó la risa de Elizabeth.

—Por favor, permíteme disculparme en su nombre, Anne—. Elizabeth le sonrió a su esposo y le tomó la mano para tranquilizarlo.

Ella sabía que a él le costaban los cambios porque le habían negado la posibilidad de ayudar a su querida prima. También podía ver que Anne había estado dispuesta a hacerse valer y que había sentido cierto alivio al hacerlo con respecto a la situación de su madre.

—Gracias, Lizzy. Ahora, vamos a montar un espectáculo, ¿bien? —sugirió Anne mientras enlazaba su brazo con el de Mary y guiaba al grupo hacia el ala que albergaba a Lady Catherine. —Si los llega a reconocer a alguno de los dos, recuerden que es del tiempo de cuando yo tenía la edad de Kitty.

Todas las puertas estaban abiertas, y en las habitaciones había muchos adornos que Lady Catherine había guardado en sus habitaciones favoritas de la planta principal. Los condujeron a la sala de estar, abarrotada de sillas incómodas y las opulentas piezas que Darcy y el coronel Fitzwilliam habían recordado del salón que acababan de abandonar. En la esquina delantera se encontraba la silla de Lady Catherine, parecida a un trono, que continuaba siendo el lugar más cómodo para sentarse y estaba colocada de manera que pudiera observar a todos los que se encontraban en la sala con ella.

—Señora Jenkinson, ¿dónde ha estado? —preguntó Lady Catherine en cuanto vio a Charlotte.

—Le ruego me disculpe, Lady Catherine—. Charlotte hizo una reverencia. —Muchas personas han venido a verla hoy. El ama de llaves requirió mi ayuda para guiarlos a las habitaciones para que pudieran refrescarse.

—Aunque estoy segura de que hay gente que busca mi consejo, quiero atender primero a los invitados—. Lady Catherine miró directamente a Kitty.

—Hoy tenemos visitas, señora, y eso no es más de lo que espero, pues usted siempre da unos consejos excelentes. Gracias a su sabiduría y a sus bondadosas intenciones, puedo sentarme con usted más tiempo. ¿Y no somos la casa más afortunada de Kent, porque ha venido la señorita Mary? Usted, más que nadie, sabe que toca el piano maravillosamente. ¿Quizás podríamos rogarle que entretenga a nuestros invitados mientras usted habla con cada persona individualmente para determinar lo que requieren de usted? —la tranquilizó Kitty.

El coronel Fitzwilliam se maravilló de cómo Kitty formulaba sus frases de modo que nunca llamaba *madre* a Lady Catherine, a pesar de lo evidente que era que su tía creía que Kitty era su hija. Eso requería una mente ágil y un corazón cariñoso. Su respeto por las cuatro mujeres que actualmente dirigían los asuntos de Rosings Park aumentó tanto que su pecho se tensó con el esfuerzo de atemperar su reacción.

—Señorita Mary, ¿ha tenido tiempo de venir hoy? —preguntó Lady Catherine mientras miraba al grupo reunido, posando sus ojos en la mujer que llevaba una partitura en las manos.

—Sí, Lady Catherine, porque de todos los lugares donde podría tocar, ninguno me da tanto placer como tocar para usted—. Mary le hizo una reverencia.

—Por supuesto, nadie disfruta más de la música que yo.

—Con su permiso, Lady Catherine—. Mary volvió a hacer una reverencia y recibió un gesto de aprobación.

Mary se dirigió al pianoforte y comenzó a tocar una suave melodía, que alivió tanto la tensión de Lady Catherine que ofreció una sonrisa al resto de la sala incluso mientras sujetaba la mano de Kitty.

—¿Y quién es ésta? Creo que no nos conocemos—. Lady Catherine evaluó a otra mujer en su salón. —Quizás sí, ya que me parece muy familiar.

—Ella también se llama Anne, y ya la conoce, madame. Vive cerca de aquí y es la única hija de la familia de su padre. Se ha convertido en una gran amiga, ya que nuestras circunstancias son muy parecidas. Tal vez mañana pueda ver a su madre en su salón —dijo Kitty.

Elizabeth no pudo evitar echarse a llorar ante la escena de una madre dirigiéndose a una hija que no conocía, y no podía comprender la entereza de Anne al ser capaz de hacer todo aquello por su madre cuando aparentemente recibía tan poco a cambio.

De pie a su lado, Charlotte tomó la mano de Anne, dándole fuerzas. A Elizabeth se le saltaron las lágrimas al ver a su querida amiga, la mujer que poseía más fortaleza que ninguna otra que hubiera conocido, apoyando en silencio a otra que no podía sino estar sufriendo por dentro. Podía ver el agradecimiento de Anne por su compañía y ayuda, y Charlotte, Mary y Kitty sabían exactamente dónde tenían que estar.

Elizabeth sonrió mientras se secaba rápidamente las lágrimas, pues Charlotte la había mirado por encima del hombro y le había guiñado un ojo para ofrecerle un consuelo familiar y burlón. Elizabeth se propuso pedirles disculpas en cuanto tuviera la oportunidad y asegurarles a todos en casa que ellas estaban contentas, incluso felices, en Kent.

—Sí, Anne, insisto en que traiga a su madre con usted. ¿Ha venido recientemente a Kent? —preguntó Lady Catherine a su hija Anne.

—A veces siento como si nunca hubiera visitado ninguna otra comarca de Inglaterra —le respondió Anne a su madre mientras se acercaba a Lady Catherine. —Gracias por permitirme visitarla de nuevo hoy —añadió mientras se inclinaba para besar la mejilla de su madre.

Anne sonrió cuando su madre levantó la mano y acarició la suya antes de apartarse, y luego se hizo a un lado de la habitación para no abrumar a una dama que ya no la conocía.

—Señor Collins—. Lady Catherine lo miró directamente. —No se quede ahí parado. Traiga a las pobres almas que necesitan mi ayuda.

—Por supuesto —dijo el señor Collins, luego se inclinó.

—¡Mis sobrinos! —exclamó Lady Catherine mientras miraba más allá de su párroco. —¿Qué están haciendo aquí? ¿Ya es Pascua? Oh, los días pasan tan rápido, pero de hecho estábamos viendo florecer algunos capullos, y dije que pronto vendrían. ¿Quién es la que está con ustedes? —preguntó Lady Catherine con franqueza.

—Soy Elizabeth, Lady Catherine, y es un honor conocerla. Llevo mucho tiempo oyendo historias del esplendor de Rosings Park de nuestros amigos en común, y les rogué que me permitieran venir este año—. Elizabeth hizo una profunda reverencia.

—Por supuesto, querrían contarle lo hermoso que es Rosings en primavera. Me alegro de que haya podido acompañarnos, señorita Elizabeth. Tal vez Anne pueda pasear con usted por los jardines de rosas, ya que siente predilección por ellos. Puede verlas a través de aquella ventana—. Señaló una de las ventanas. —Ahora, debo ponerme al día con mis sobrinos, pero

hablaremos más tarde—. Lady Catherine entonces arqueó la ceja hacia sus sobrinos, y ellos obedientemente se sentaron a cada lado de ella. Su inquisición sondeó asuntos de importancia diez años antes, y ella se dio por satisfecha con todo lo que tenían que compartirle.

Al cabo de unas dos horas, Lady Catherine bostezó y la *velada* llegó a su fin.

Kitty prometió que se refrescaría después de que Lady Catherine dijera que las dos cenarían juntas tranquilamente, ya que les había informado a sus sobrinos que había que inspeccionar inmediatamente una casa de arrendatarios. Ella relató con cariño que había nacido un nuevo niño en la familia, lo cual, de hecho, había ocurrido hacía bastantes años, y ellos le aseguraron que se encargarían inmediatamente de que todo estuviera en orden.

La enfermera que se encargaría de cuidar a Lady Catherine hasta que se fuera a la cama, después de lo cual otra enfermera se haría cargo, le aseguró a la señorita de Bourgh que el vestido de su madre para la cena estaba listo, y que se estaba sirviendo una comida ligera para atender mejor la *salud de Anne*. Sin embargo, lo cierto era que Lady Catherine ya no podía comer grandes raciones ni comidas copiosas.

***

Más tarde, estando en la sala de estar de Anne, el ambiente estaba más apagado cuando sus primos la visitaron.

—Es bastante injusto cómo los hombres siempre se ven a sí mismos a medida que envejecen —dijo Anne, permitiéndose cierta ligereza.

—Deberías habernos pedido ayuda.

—Aprecio tu punto de vista, Darcy, pero la señora Collins ha cuidado a más de una persona en su día, yo incluida. Entendimos lo que se necesitaba y hemos hecho mucho por el bienestar de mi madre. ¿Qué es lo que estás seguro que podrías haber hecho mejor? —le preguntó ella, tratando de mantener el dolor oculto en su tono.

—No hay nada que pudiera haber hecho *mejor*. De hecho, tus esfuerzos son poco menos que ingeniosos —respondió Darcy. —Pero eso no me impide querer *ayudarte*, Anne.

—Darcy... —ella sonrió, comprendiendo por fin la verdadera naturaleza de su frustración, y se inclinó hacia delante para tomarle la mano entre las suyas—, me has ayudado de muchas maneras. Las cuentas de la propiedad estaban perfectamente administradas, había dinero suficiente para que yo me asegurara de que mi madre recibía los mejores cuidados, y siempre te cerciorabas de que las casas de los arrendatarios estuvieran en buen estado.

»Sabía cómo solicitar un médico y que me confirmara un diagnóstico. Pregunté a otros dos si tenían opiniones distintas o recomendaciones adicionales para garantizar su comodidad. Ahora te has casado, así que ya no serás tan taciturno como acostumbras, y tendré el placer de mantener correspondencia con tu esposa y Georgiana. Has *hecho* mucho por mí, primo, y aunque ya te lo he agradecido antes, te lo vuelvo a agradecer ahora—. Ella apretó su mano para respaldar sus palabras de gratitud.

—De nada, aunque me alegro de haberte ayudado. No tienes más que pedirlo —dijo Darcy.

—Lo sé—. Anne volvió a apretarle la mano y luego la soltó mientras se acomodaba de nuevo en su silla, pues por fin podía estar tranquila durante un momento de su jornada. —Ahora puedo decirte con sinceridad que no te pedí que vinieras antes por miedo a que te sintieras obligado a proponerme matrimonio, dadas las expectativas de mi madre y el repentino cambio en

mi situación. Entonces, ¿qué habrías hecho cuando te hubiera rechazado?

—¿No quieres un esposo? —preguntó Darcy, sorprendido ante la idea de que pudiera no quererlo.

—Nunca me casaré y me conformaré con disfrutar de mi tiempo contigo cuando me visites. Cuando una mujer tiene tres primos que harían desmayarse a cualquier dama con sólo un guiño o una sonrisa, debe mantener la cordura y proteger su corazón. Cuando está recluida, ¿en quién más podría depositar sus deseos? Ahora debo confesar que fue muy difícil elegir entre ustedes.

»Sebastian ha estado en Rosings no más de tres veces, así que es de esperar que no me tuviera en cuenta. Pero él supo cuándo más lo necesitaba y llegó justo en esos momentos. Y en él había todo lo que una joven podía esperar encontrar en su héroe. Cuando nuestra familia estaba de luto por tu madre, Darcy, Sebastian vino a esta misma habitación y se sentó a mi lado. Me dejó llorar en su hombro, ofreciéndome su pañuelo cuando nadie más pensó que podría echar de menos a mi tía. Es un regalo que nunca he olvidado —explicó Anne mientras metía la mano en el bolsillo para tomar el pañuelo que llevaba las iniciales de Sebastian en una esquina.

El coronel Fitzwilliam se quedó mirándolo un largo rato, odiando que estuviera raído, ya que ella se merecía algo mejor que un pañuelo deshilachado cuando estaba descontenta. Hizo una nota mental para que su hermano viniera y trajera una docena más. Era evidente que con su madre en una situación como la que estaba, habría muchos momentos en los que Anne derramaría lágrimas. También dejaría todos los que tenía para ella. ¡La idea de pañuelos deshilachados para su Anne era insufrible!

—Por eso animas al señor Collins a que los reparta a la primera señal de un resfriado o una lágrima —dijo Darcy, sonriendo. —Elizabeth rechaza los míos a menudo, pues tiene uno de su primo que hace que se ría cuando en otras circunstancias se sentiría inclinada a llorar. Al principio me sentí bastante molesto hasta que me contó toda la historia.

—Sí, y tengo una arrendataria muy dulce que es muy complaciente con nosotros haciéndole docenas cada trimestre—. Ella sonrió a su vez. —Cuando murió mi padre, Sebastian fue el único que vino después del funeral. No inmediatamente después, mientras todos estaban reunidos, sino esa noche. La tercera fue cuando murió tu padre, Darcy, y volvió a ofrecerme su fuerza. Puede que no lo sepas, pero tu padre siempre me traía un chal para que los tuviera de varios colores, sabiendo que a menudo tenía frío. Es, según he aprendido, otro efecto de mi deficiencia. Y sólo Sebastian volvió aquí después del funeral de tu padre, para que no llorase sola.

»Tú, Darcy, no vienes más que una vez al año y sólo porque te sientes obligado. Comprendí tu renuencia, pues mi madre intentaba controlar tu vida. Mientras estabas aquí, arreglabas todo lo que había que arreglar, pasabas tiempo en esta habitación leyéndome cuando me sentía demasiado débil para levantarme de la cama y me amabas a distancia. Reconozco que es un amor que nunca ha flaqueado y que siempre he apreciado.

»Y luego tenemos a Richard, un héroe para el Rey y el país, que ha regresado triunfante de la batalla y nunca ha sido tacaño con su afecto hacia mí. Me animaba sin importar la situación, calmaba a mi madre cuando me presionaba demasiado, y una vez, cuando me quedé atrapada en la lluvia, vino a buscarme. A los catorce años, me llevó en brazos hasta mi casa. ¡Fue casi un cuarto de milla! Dime, ¿qué hombre mortal podría competir con hombres como mis primos? Es muy injusto—. Ella resopló y se sintió gratificada al ganarse sus risas.

—¿No quieres tener hijos?

—Las consecuencias de mi enfermedad no pueden remediarse, William —respondió ella

en voz baja, explicando lo que hacía tiempo que suponía al saber que sus periodos nunca habían sido regulares y nunca lo serían. —Tendrás que traerme niños para mimar. Y yo los consentiré; en eso no tienes nada que decir.

—No me cuesta decir que Sebastian te quiere mucho, Anne —dijo Richard.

—Sé que me quiere, Richard. No sólo es el único que me envía un regalo todos los años en mi cumpleaños, sino también el único que ha exigido en repetidas ocasiones que me viera otro médico. Sin embargo, mi madre nunca lo permitió.

—Y sabes que te amo, tal vez incluso más que cualquiera de ellos. No puedo desearte una existencia tan solitaria —dijo Richard mientras tendía la mano hacia la de ella.

—¿Te parezco alguien solitaria? —preguntó ella mientras posaba su mano en la de él. —Tengo la casa llena de mujeres que deciden quedarse por la generosidad de su corazón. Sólo hoy se han enterado de mis esfuerzos por asegurar su futuro. Dada su bondad, es lo menos que puedo hacer por ellas cuando, de otro modo, puede que tengan que arreglárselas a duras penas como tantas jóvenes se verán obligadas a hacer con todos los hombres jóvenes perdidos en la guerra —le recordó Anne mientras le apretaba fuertemente la mano a cambio antes de soltarla.

—Elizabeth y yo vendremos más a menudo. Ella querrá ver a Charlotte, Kitty y Mary mientras estén aquí, y creo que ustedes se harán muy amigas—. Darcy se rio entre dientes.

—Me temo que así será. Estarás rodeado de mujeres que se reirán mientras te desafían e ignoran tu seriedad —dijo Anne mientras brindaba por Darcy con su copa de brandy.

—Se me ocurren pocas cosas que me puedan hacer más feliz—. Darcy esbozó una sonrisa.

—Ahora, te contaré otro secreto, Darcy. El señor Collins siempre tendrá el beneficio eclesiástico. Es un excelente párroco que lamentablemente ignora la administración de propiedades. Mary pretende ayudarle a su padre y sospecha que eventualmente se hará cargo de la administración de Longbourn por completo. El señor Collins le ha encargado esta tarea para el futuro inmediato. Su tío en Londres está trabajando discretamente con un abogado para redactar el papeleo necesario a instancias del señor Collins para asegurar que Mary tenga acceso a todos los fondos y cuentas para que pueda cambiar, zanjar o añadir lo que considere oportuno. Si el capitán Saunderson regresa para reclamarla como esposa, estoy seguro de que se sentirá complacida, pero no se atreve a albergar esperanzas—. Anne asintió cuando Darcy la miró fijamente, casi estupefacto ante aquel inesperado giro de la conversación.

—Se lo diré a Elizabeth.

—No lo harás. Lo he dicho para que ambos sepan que mi nombramiento de Richard como heredero de Rosings no es casual. Si eso te permite, Richard, quedarte en casa y ayudar al esfuerzo de guerra de otra manera, habilitaré un ala entera de la casa para ti y tu prometida, además de pagarte ahora la mitad de la dote que me queda. Tengo el papeleo listo para permitir la transferencia. Sólo tenemos que enviarlo al abogado, y estará hecho. Esto requerirá que produzcas un heredero, hombre o mujer.

—Anne, no, eso es demasiado generoso —respondió Richard lentamente.

—Tienen diez propiedades entre los dos—. Anne hizo un gesto con la mano hacia Darcy, refiriéndose claramente a él y a Sebastian, su primo vizconde. —Y tú eres el primo que más tiempo ha pasado conmigo—. Le dedicó una pequeña sonrisa mientras lo miraba a los ojos. —También puedes ayudar al esfuerzo de guerra comprando una propiedad vecina donde puedas ofrecer los alquileres exclusivamente a los hombres que regresan de la guerra. Yo te la compraré, y tú podrás seguir sirviendo y cumpliendo con tus deberes en otra capacidad desde Londres. Pero si vuelves a ir a la guerra, ¡me disgustaré muchísimo! —le advirtió, con el mismo tono que su

madre.

—Después de esta herida me han dicho que no puedo volver a la batalla. Me lo dijeron justo antes de salir de Londres hacia Kent. Sin embargo, pedí un favor para poder entrenar tropas. Creo que disfrutaré gritándoles a menudo y ordenándoles que corran a mi alrededor mientras me tomo el café de la mañana—. Sonrió cuando, por fin, se había ganado la risa de la joven.

—¿Nos vestimos para la cena, primos? Darcy, a estas alturas tu nueva esposa ya ha pasado tiempo con Mary, y puedes asegurarle que Kitty nos acompañará. Ella come muy poco con mi madre, por lo que su apetito no se ve afectado, y puede cenar con nosotros. Ella compartirá con nosotros lo que mi madre hablaba mientras comían. Ella ha sido una bendición.

—Estoy seguro de que se alegra de serlo. Tuvo una educación difícil, algo que Elizabeth lamenta a menudo. Sé que está ansiosa por pasar tiempo con ella. ¿Te molesta ver a tu madre más cariñosa con Kitty de lo que era contigo? —preguntó Darcy.

—Si eso es lo que ella recuerda, me consuela que fuera lo que pretendía, aunque no sea un reflejo exacto de la realidad —respondió Anne. —Somos muy afortunados aquí, primos. No es frecuente que uno reciba tanto apoyo cuando se enfrenta a tales dificultades. Debo decir que las damas de Hertfordshire tienen el temple que muchas mujeres carecen de la seguridad en sí mismas de adquirir a tan tiernas edades. Conozco pocas que no se acobardarían ante las bravuconerías de mi madre y menos las que no se acobardarían ante ti, Darcy, y no han hecho ni lo uno ni lo otro.

—Ciertamente que no lo hacen—. Darcy se rio entre dientes.

—Sé que no soy la única que espera con impaciencia el resto de la historia de tu boda, el viaje y saber cómo se encuentra Georgiana —le aseguró Anne mientras todos se ponían de pie, pues ya había pasado la hora de vestirse para la cena.

—Te ves maravillosa, Anne—. Darcy le dio un beso en la mejilla y se marchó.

—Tengo entendido que su historia está destinada a perdurar en el tiempo—. El coronel Fitzwilliam también besó la mejilla de su prima, y luego la hizo reír cuando la envolvió en un abrazo tan efusivo que un oso sentiría envidia. —Ahora que eres lo suficientemente fuerte, ¡es hora de abrazarte como te mereces! —se burló de ella, y luego se ablandó visiblemente cuando le inclinó la barbilla para que lo mirara a los ojos. —Esto no es por hacerme tu heredero; te lo agradeceré mañana cuando hablemos. Esto es de parte de Sebastian y mía. Te queremos, Anne. Siempre te hemos querido—. Le besó la frente, tiró de ella hacia él y siguió a Darcy.

—Te amo —respondió Anne en voz baja cuando la puerta se cerró tras él.

Aunque se le partía el corazón, también se sentía aliviada. El hombre al que amaba y que llevaba demasiado tiempo temiendo perder podría encontrar la felicidad. Estaría cerca de él y formaría parte de su familia. Vería crecer a sus hijos y eso sería suficiente.

Había sido sincera al decir que antes le había sido imposible elegir entre sus tres primos varones. Pero hacía seis años que se decidió por ella. Richard la había seguido fuera de la habitación tras un comentario especialmente cortante de su madre. La había encontrado llorando, la había abrazado y ella, por primera y única vez, se había dormido en los brazos de un hombre. En aquel momento, se sintió perfectamente segura y feliz al darse cuenta de que lo amaba.

Saber que había ayudado a su Richard, al respetado coronel, y a su querido primo de tal manera que él podría alcanzar el futuro que merecía, era suficiente.

Y semejante giro sólo podía considerarse un momento agridulce.

Epílogo

Cinco años después

El carruaje de Rosings llegó a Longbourn y un lacayo ayudó a bajar a Mary. En cuanto sus pies hubieron tocado el suelo, se dirigió a su hermana Lydia, con quien había mantenido una fiel correspondencia durante los últimos cinco años.

—Sentí mucho lo de Lady Catherine —dijo Lydia mientras abrazaba con fuerza a su hermana. Luego no pudo evitar mirar la puerta del carruaje con temerosa esperanza. Sus hombros cayeron abatidos cuando la doncella de Mary fue la única otra ocupante en salir del carruaje.

—Ha sido un largo viaje. Por favor, dile al cochero y a los lacayos que te trajeron a casa que pueden descansar aquí durante el Sabbath y regresar a Rosings Park el lunes —la señora Bennet fue la siguiente en dirigirse a su hija mientras abrazaba estrechamente a Mary.

—Bienvenida a casa, Mary—. El señor Bennet atrajo a su hija hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Es agradable estar en casa —admitió Mary. —Me alegra ver que están bien, y quería asegurarme de que todo estaba listo. El coronel Saunderson espera poder regresar el mes que viene. Estoy deseando poder verlo.

—He disfrutado con las cartas que él me ha enviado a través de ti. Mis intenciones se vieron bastante frustradas por el hecho de que estuvieras tanto tiempo en Rosings Park —dijo el señor Bennet, la tristeza en su tono era inconfundible.

—Sí, bueno, todas las cartas estaban llenas de insinuaciones escandalosas y sugestivas, así que él no puede sino pensar lo peor de mí. Espero que diga que soy una mujer demasiado libertina para él y que puede que me escape a Londres y me incorpore a un burdel —contestó Mary secamente.

—No estaba insinuando eso exactamente—. El señor Bennet se aclaró la garganta.

—¿Podría ser esta otra hija que te supera? Ten cuidado, Thomas. Pronto todos se darán cuenta de que eres tú quien tiene menos entendimiento en Longbourn —se burló la señora Bennet de su esposo.

—Es muy injusto que todas ustedes tengan una inteligencia superior a la media—. El señor Bennet frunció el ceño mientras tendía el brazo a Lydia mientras su esposa tomaba el de Mary y conducía a la comitiva al salón.

—¿Estás pensando en quedarte? —preguntó Lydia, esperanzada.

—Sí, me quedaré. Aunque tengo la intención de visitar Rosings durante un mes todos los años en Pascua —respondió Mary.

—¿Y cómo está... Charlotte? —preguntó Lydia con voz apagada por haber perdido los nervios.

Durante más de cinco años, Lydia le había escrito una carta cada mes a Kitty y otra a Mary, ambas siempre contestadas por Mary. Su formación en la escuela había sido excelente y su temporada de debut se consideraba un gran éxito. Pero no estaba dispuesta a dejar solos a sus padres, aunque disfrutaban de su mutua compañía.

Lydia se conformaba con el papel de tía, y disfrutaba mucho de visitar a Jane un mes al

año y a Elizabeth otro. Su único motivo de queja era el dolor y la nostalgia por su hermana Kitty. Durante los primeros quince años de su vida, Kitty había sido su hermana, su madre y había intentado ser su amiga a pesar de no recibir lo mismo a cambio.

—Todo todos en Rosings Park y Hunsford Parsonage están bien, y nuestro período de medio luto por Lady Catherine terminó, por insistencia de Anne, después de tres meses. Nuestro medio año de luto completo fue difícil, pues todos habíamos llegado a querer mucho a Lady Catherine—. Mary sostuvo la mano de Lydia mientras respondía a lo que su hermana preguntaba en realidad.

Seis años atrás, no podría haberse imaginado amar a Lydia tanto como lo hacía ahora. Aun así, cinco años de correspondencia abierta y crecimiento personal cambian la dinámica de cualquier relación. Mary creía firmemente que la separación que habían sufrido había servido para crear y luego fortificar su vínculo.

—Sentimos mucho lo de Lady Catherine —dijo la señora Bennet.

—Apreciamos mucho las cartas de condolencia que nos enviaste a cada una de nosotras, madre, y tengo una carta de agradecimiento que Anne quería que te entregara personalmente. Hemos llegado a creer que Lady Catherine vivió una vida en la que cometió muchos errores, pero que tal vez sus años más difíciles fueron también los más felices —explicó Mary.

—¿Y tú y el coronel Saunderson se enamoraron mientras se escribían? —preguntó Lydia.

—No sé exactamente cuándo ocurrió. Creo que estaba en medio de ello antes de saber que había empezado —admitió Mary. —Y por eso te agradezco, padre —se volvió hacia él —que le dieras permiso para un cortejo cuando se enteró de que iba a volver a casa. Cuando llegue, no creo que tardemos mucho en determinar si éste es nuestro camino. Si lo es, prometo dejar que escribas las amonestaciones.

—Qué idea tan novedosa, Mary—. El señor Bennet sonrió satisfecho. —Da la casualidad de que ya las he escrito, pues sospecho que no tardarán en ser necesarias—. El señor Bennet echó un vistazo a la puerta de la sala, donde se encontraba el coronel Saunderson.

Él había llegado el día anterior, y la familia le había pedido que les concediera unos minutos con Mary para darle el pésame por la pérdida en Rosings Park y preguntarle por Anne, Kitty y Charlotte en particular.

Y aunque querían quedarse con Mary para ellos solos, no podían negarle su deseo de verla lo antes posible. Él amaba a Mary, había sobrevivido a la guerra y a las heridas con su nombre en los labios, y merecía su bondad mientras se establecía con ellos en Longbourn. Pretendían que aprendiese a administrar la propiedad con el señor Bennet y Mary como guías.

—Has vuelto a casa conmigo —susurró Mary mientras contemplaba al hombre en el umbral de la puerta.

—He vuelto a ti porque tú eres mi hogar —respondió el coronel Saunderson mientras se empapaba de la visión de su Mary.

Mary se levantó y caminó hacia él como en un sueño. No sintió las lágrimas caer sobre sus mejillas ni el suelo bajo sus pies, pero todo su mundo pareció iluminarse de repente al sentir por fin su contacto. Le rodeó el cuello con los brazos y le acercó la cara a la suya, besándolo como había imaginado cuando lo vio caminando por las calles de Meryton. Aunque entonces había temido que la consideraran demasiado tonta, ahora comprendía que sólo él causaba tal conmoción en ella.

—Lo siento —se sonrojó Mary mientras se apartaba y se ponía al lado del coronel Saunderson.

—Creo que la moderación mostrada por ambos fue admirable —la señora Bennet rechazó

la necesidad de una disculpa mientras se maravillaba de cómo su hija había sido tan paciente. Sin embargo, sabía que el coronel Saunderson era exactamente el hombre para ella.

—Iré a llevar las amonestaciones al coadjutor, señora Bennet—. Le guiñó un ojo a su esposa, que estaba casi incandescente de felicidad. Ella volvería a tener dos hijas en Longbourn, y todos estaban seguros de que Mary ayudaría a devolver la vida a una casa que con demasiada frecuencia había estado en silencio. El único momento en que parecía haber una sombra de lo que había sido cuando sus cinco hijas vivían en casa era cuando ella recibía invitados. —Dijeron que estaban comprometidos, ¿no? —preguntó él, con una ceja arqueada en señal de inquisición y una sonrisa que demostraba que se alegraba por los dos.

—Eso soluciona las cosas de una manera bastante eficiente. Estoy seguro de que mi hermano Darcy estará igualmente complacido de saber que su táctica fue nuevamente empleada con tanta habilidad y se divertirá de que Mary siguiera los buenos ejemplos de Elizabeth y de él mismo—. Lydia se rio.

—Te llevaré arriba, Mary. Te he dado la habitación que una vez perteneció a Jane y Elizabeth, para que tú y el coronel Saunderson tengan suficiente espacio una vez que dejes de ser la única ocupante. El señor Darcy y el señor Bingley han comprado recientemente Netherfield, por lo que tendrán su propia casa para compartir y alojarse cuando nos traigan a nuestros nietos—. La señora Bennet condujo a su hija escaleras arriba.

***

Más tarde después de la cena

Mary llamó suavemente a la puerta y se deslizó hasta la habitación que Lydia aún ocupaba. Era alarmante que siguiera tan afectada por el alejamiento de su hermana. Lydia no se había permitido vivir su vida plenamente, y no podía ser más evidente que al entrar. Era como si una línea dividiera la habitación por la mitad, pues una mitad estaba vacía.

Mary se subió al lado de la cama que antes había ocupado Kitty. Guió a Lydia hasta el centro y la abrazó mientras lloraba el dolor de que Kitty no hubiera vuelto a casa. Cuando empezó a calmarse, cada una sacó un pañuelo bordado con cariño con las iniciales WC en una esquina, lo que provocó la risa de ambas. Una vez que Lydia se hubo calmado, Mary se sentó y encendió una vela.

—Comprendo tu decisión de no visitar Rosings Park estos años, aunque los Darcy y los Bingley habían venido por Pascua y te pidieron que te unieras a ellos. Puede que sólo yo supiera lo que esperabas, pero siento mucho que hayas dejado tu vida en suspenso, Lydia. Ninguna de nosotras quería eso para ti —dijo Mary en voz baja a su hermana mientras la abrazaba con fuerza.

—No iría a menos que supiera que Kitty también me quería allí —respondió Lydia apenas por encima de un susurro.

—Lo sé, pero Charlotte y yo habríamos disfrutado mucho paseando por los terrenos contigo, porque he llegado a valorarte mucho más de lo que te imaginas—. Mary reprendió ligeramente a su hermana, pues el motivo de la ausencia de Lydia era comprensible.

—A mí también me hubiera gustado —confesó Lydia.

—Entonces, cuando vuelva a ver a nuestra familia en Rosings esta Pascua, deberías venir conmigo—. Mary besó la parte superior de la cabeza de Lydia y luego se deslizó fuera de la cama. —Debo darles a mamá y papá sus cartas de Kent que por fin descubrí en mi baúl—. Mary sacó una carta de su bolsillo y la colocó sobre la almohada de Kitty mientras hablaba.

—Entonces no la olvides aquí—. Lydia se la tendió cuando Mary empezó a salir de la habitación.

—No lo he hecho—. Mary sonrió suavemente a su hermana menor y cerró la puerta tras de sí.

Lydia miró la carta y jadeó al ver su nombre escrito en una letra tan familiar como extraña. Le temblaron los dedos al sostener la carta para ver su nombre a la luz de las velas y se quedó mirándola durante unos minutos.

A pesar de todo, Lydia no fue educada para vivir una vida llena de miedo, igual que Jane no fue educada para el pesimismo, Elizabeth no fue educada para la tristeza, Mary no fue educada para la ociosidad y Kitty no fue educada para el descaro. Lydia dio la vuelta a la carta y rompió el sello con cuidado, tomándose su tiempo para desdoblarla y que no se estropeara.

Rosings Park

Lydia,
Espero que seas una de las invitadas de Longbourn a Rosings Park esta Pascua. Tu presencia entre los invitados será bienvenida por todos nosotros.

Siempre tu hermana,
Kitty

El corazón de Lydia se hinchó de esperanza y, tras leerlo una docena de veces más, lo colocó sobre la almohada de su hermana para que fuera lo primero que viera por la mañana.

Y, querido lector, ¿no es ese un giro de lo más agradable?

FIN

Sobre la autora

Kim creció sabiendo que se alistaría en el ejército. Todos los días agradece la experiencia de haber servido con y para aquellos junto a los que trabajó. Aunque su actual trabajo le permite escribir, es de naturaleza técnica y carece de la emoción, el humor y el ingenio que se encuentran en todo lo que escribe en su tiempo libre.

En sus novelas de *Jane Austen Fan Fiction*, Kim disfruta saltándose las normas, e incluso se podría decir que las rompe. No teme cambiar acontecimientos, personajes o introducir giros interesantes con el fin de producir una historia original, por fantasiosa que sea. De estas historias, Kim espera que sus lectores puedan encontrar momentos de humor o evasión, igual que ella lo ha hecho con sus propias novelas favoritas.

Además de leer y escribir, Kim disfruta jugando a videojuegos de mundo abierto y viendo películas y deportes. Vive con su esposo, un exmarine, y su hija, de la que está inmensamente orgullosa, en Nueva Inglaterra.

Puedes saber más sobre ella en www.kimbellepeaseauthor.com, donde alberga un foro comunitario con su editora/asesora de contenidos Stacey. Visítalo para saber más y ver las novedades.

Otros títulos de Kimbelle Pease

Something New to Observe: A Pride and Prejudice Vagary

The Formation of Just Such a Plan: A Pride and Prejudice Vagary

Twelve Dates with Gentlemen Friends: A Modern Pride and Prejudice Reimagining

A Fortuitous Wager: A Pride and Prejudice Vagary

"Es una verdad universalmente aceptada que todo autor en posesión de una gran novela necesita un traductor"

Sobre la traductora

Cristy nació en México y desde hace unos años vive en Washington junto a su amado esposo, su fiel compañero de aventuras.

Después de estudiar en la Universidad Autónoma de Querétaro y desempeñarse como maestra de inglés por algunos años, decidió incursionar en el área de traducción literaria, inspirada por la novela *"El hombre que amó a Jane Austen"* de Sally Smith O'Rourke.

Es fundadora y directora de la empresa Cris Translates, cuya misión es acercar las grandes obras clásicas y contemporáneas al público hispano y latinoamericano.

Ha tomado cursos y diplomados a nivel maestría sobre traducción por la Universidad de Guanajuato y la Asociación Mexicana de Traductores Literarios (en colaboración con la UNAM).

Algunas de sus traducciones al español más destacadas: *Nefasto* de Nicole Clarkston, *Cuando el sol se duerme* de Alix James, *Pemberley, el dragón del señor Darcy* de Maria Grace y *El descanso del marinero* de Don Jacobson, igual es de mencionar sus antologías navideñas.

Para conocer más sobre sus proyectos, síguela a través de:

cristranslates.com

Facebook: fb.com/Cristranslates

Instagram: @cristranslates89